



NUM. 145

EDICION DE GALA

1° DE ENERO DE 1898

Nuestros clásicos, nuestros oradores, biógrafos é historiadores nos dieron su savia nutritiva como pan bendito cocido al calor de la meditación y de la fe.

La literatura de nuestra América que se levanta cada vez más briosa y fecunda, la de Europa maestra de maestras, ya del Sena, ya del Manzanares que en sus variadas inspiraciones domina las cumbres y penetra en los abismos; esa, ella y ellas han sido evocadas y han ocupado asiento en el certamen de nuestras lucubraciones enamoradas.

Y todo esto ha sido sin dolor, sin obstáculo, pagados con el generoso aplauso de nuestros colegas de la prensa y la complacencia de nuestros lectores.

Con éxito feliz nos ha sido permitido introducir el fotograbado en colores y emitir varias muestras, á la verdad no escasas de mérito, como para obtener una mirada de aprecio del público de Venezuela.

Deseando mantener el estímulo de nuestros literatos y poetas, hemos abierto el certamen en prosa y verso á que han ocurrido no pocos hijos de las Musas venezolanas; y alentados por la justa esperanza de que alcanzasen el más honorable triunfo sus talentos, escogimos adrede dos géneros de composición reputados como los más difíciles en literatura, que son el cuento y el poema corto.

El veredicto fue pronunciado el 1° de diciembre último, y las composiciones premiadas, así como aquellas que los jueces hallaron de mérito, se publican en la edición de hoy.

Nosotros contamos con un premio mayor que el de la gloria literaria, y es el que nos da la convicción de que estos esfuerzos son amor, puro amor á la patria, entusiasmo por las letras y gratitud hacia esa pléyade de cultivadores, más afortunados que los príncipes de la tierra, porque han conquistado paz, amor y gloria á la vez.

Una palabra nos falta que no suprimiremos por ningún motivo aunque pueda traducirse por un rasgo de vanidad nuestra, y son las manifestaciones de simpatía que nos ha tributado la prensa extranjera y las felicitaciones que en correspondencia particular hemos

recibido de personas situadas en sus respectivas residencias en el concepto de escritores distinguidos, severos juzgadores y sensatos ciudadanos.

Dios sabe que nuestras aspiraciones siempre serán más altas que nuestras posibilidades. Sin temor al horrendo castigo de Prometeo, robaríamos el fuego del Cielo para aplicar su virtud inmortal á las obras de EL COJO ILUSTRADO, y al recordar aquellos artistas que divinizaron la región del Atica, soñamos con Homero y Fidias y Apeles; pero nos despierta por doquiera la punta erizada del obstáculo y nos trae de un golpe á la dolorosa realidad. Dios no dio á los griegos un Olimpo sino á condición de que no pudiese repetirse.

Debemos resignarnos á nuestra pequeñez: es también grandeza amar lo grande y procurar alcanzarlo.

Fueron esos días de 1897 época propicia para la conmemoración de grandes hombres y erección de monumentos gloriosos ó simplemente útiles. EL COJO ILUSTRADO se hizo partícipe de las festividades públicas, reproduciendo en sus grabados aquellos actos y figuras más sobresalientes por el mérito artístico ó por su significación patriótica. Ninguno de los hechos destinados á influir en la vida y progreso de la sociedad ha quedado sin repercusión en este periódico, y en cuanto á los hombres, nos ha bastado observarles superiores en alguna carrera para consagrarles un recuerdo honorífico.

Ninguna empresa ha podido crearse con más útiles fines: en lo moral ha fomentado el estímulo y honrado el mérito; en lo material ha mantenido vivo un foco de trabajo y de industria en que los operarios ganan holgadamente y se ilustran en diversos ramos.

EL COJO ILUSTRADO entra en el séptimo año de su existencia y espera con fundamento que cada uno de los que haya de recorrer podrá añadir una nueva muestra de progreso.

Tal es nuestro más firme propósito.

Saludamos á nuestros suscriptores deseándoles la mayor felicidad posible en el año que comienza y reiteramos á nuestros colaboradores las expresiones de gratitud en que abunda nuestro pecho.

Q ¡ vosotros, días idos al abismo infinito del pasado, adiós! Vuestras pálidas auroras, vuestras horas sin sonrisas, adustas como la fatalidad, ceden su puésto á mejores faces. Ya vienen presurosas en carros de luz las nuevas esperanzas que nos ofrece el año de 1898.

Mas no pronunciarán nuestros labios un grito de anatema. Tras el ceño enemigo se oculta el dón de la enseñanza, así como entre las caricias de la prosperidad suele reinar el veneno del engaño.

Al fin pasásteis, censores implacables, y no seréis abuelos sino cuando quede probada la utilidad de vuestra dureza.

Mas para EL COJO ILUSTRADO benditos seáis, oh días de 1897. A favor de esas horas opacas vimos luces de bienandanza y colores olímpicos. En nuestras páginas brilló el talento de la juventud patria, vinieron nuevos justadores al palenque de las letras con pinceles que rivalizan los afamados artistas, con plumas que se humedecieron en los tintes del iris y con inspiraciones que recibieron en el jardín de Armida.



Los infrascritos, constituidos en Jurado por la Dirección de EL COJO ILUSTRADO, con motivo del certamen promovido por ella para celebrar la entrada de dicha Revista en el 7º año de su existencia, procedieron, en la propia oficina de la Empresa, al escrutinio de las composiciones concurrentes á esta Justa literaria; y resultaron, por todo, cien obras poéticas, que son á saber: en verso 33; en prosa, 67.

Y después del estudio que se hizo meditada y concienzudamente de las mencionadas obras, durante varios días, convinieron, por unanimidad, en adjudicar los dos premios respectivos, como sigue:

De verso: al poema intitulado

“IDILIO TRÁGICO”

que principia:

“Con fragmentos de cartas que el olvido”

De prosa: al cuento intitulado

“JUANITO”

que principia:

“La casa, una antigua construcción española”

Y en atención á que el poema que se denomina “LUZ” y el cuento intitulado “FLOR DE LAS SELVAS” fueron distinguidos como de mérito por el Jurado, el Director de la Empresa resolvió galardonar á los autores respectivos con sendas plumas de oro.

Los infrascritos juzgan haber, de esta manera, cumplido debidamente su encargo.

Caracas: 1º de diciembre de 1897.

Marco-Antonio Saluzzo

M. Díaz Rodríguez

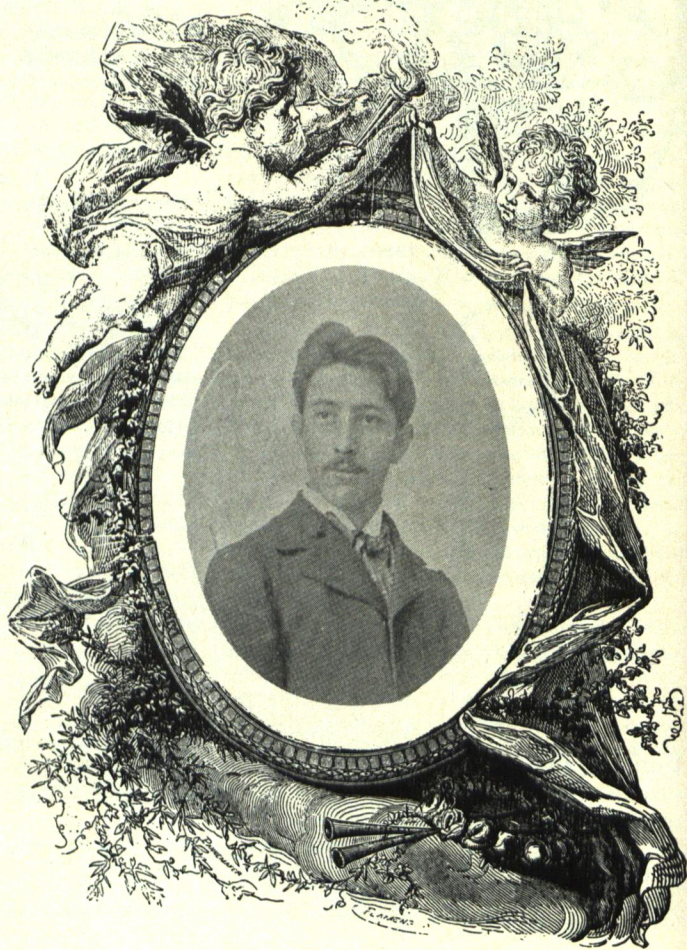
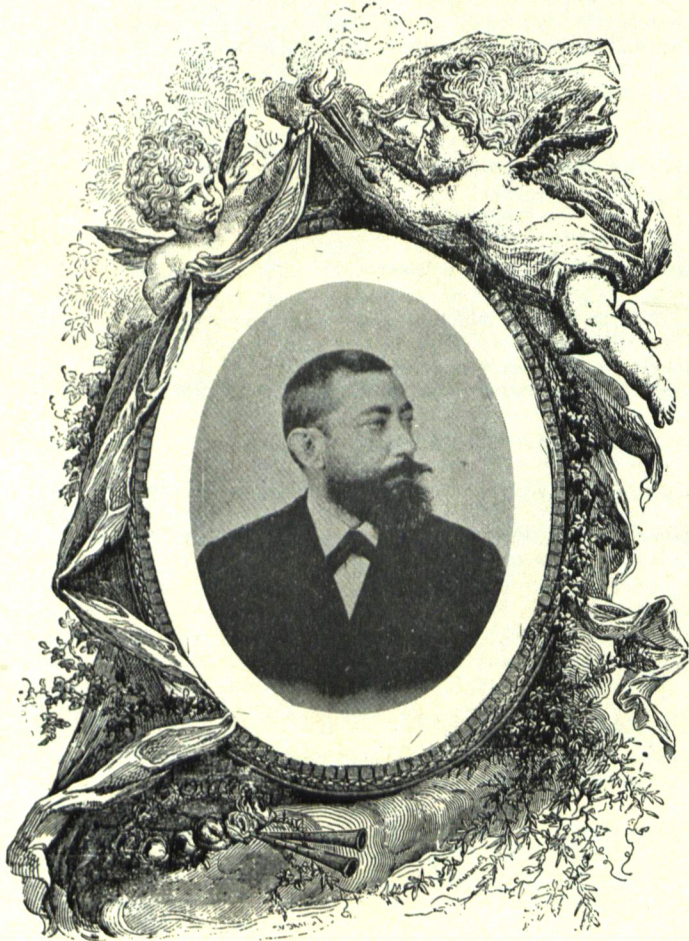
J. M. Herrera Irigoyen

Felipe Tejera

Eloy G. González

A las 8 de la noche del 1º de diciembre de 1897, luégo que fue leído el Veredicto del Jurado ante numeroso concurso de escritores y periodistas, se procedió á romper los sobres que contenían las firmas correspondientes á las composiciones premiadas, y resultaron ser:

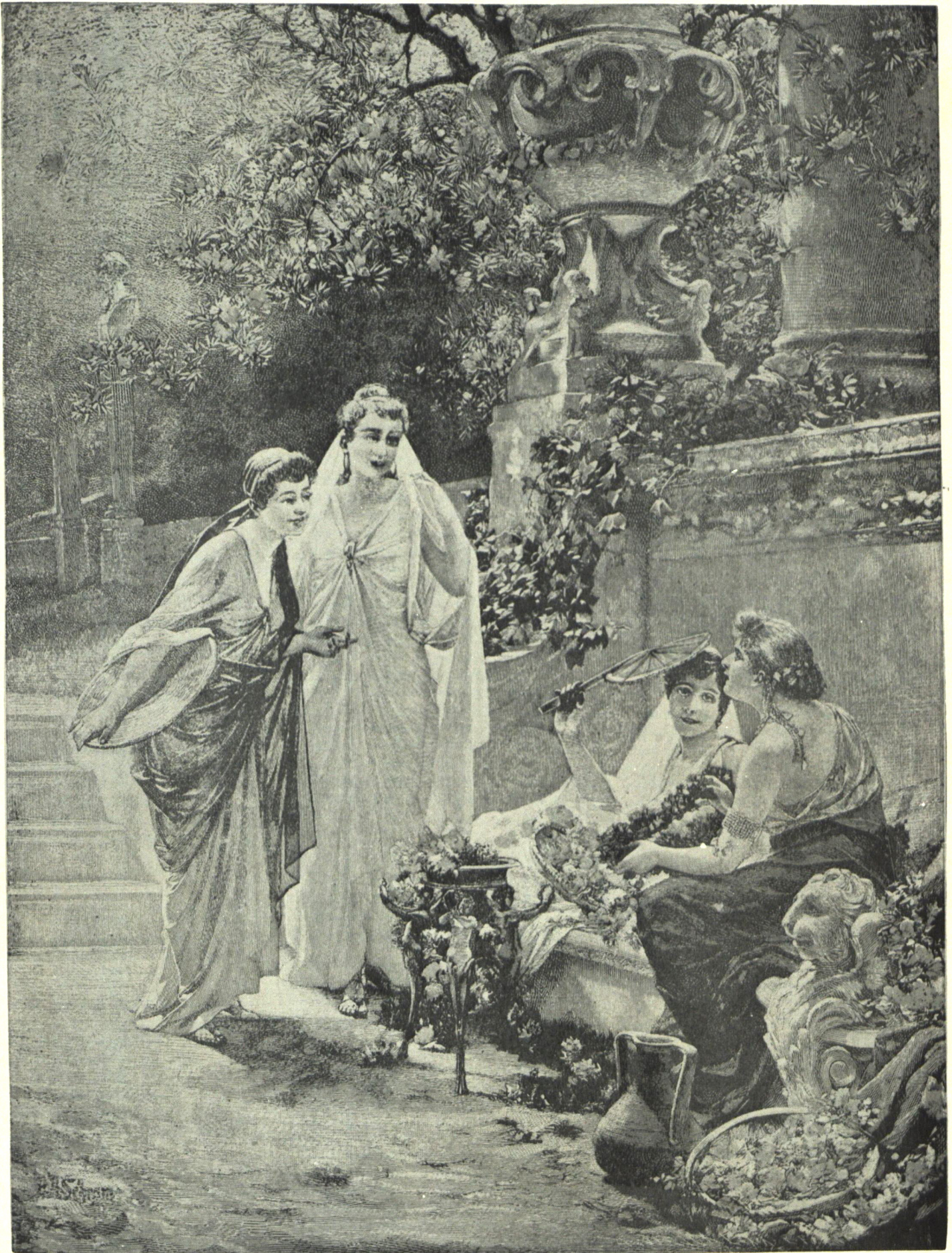
Del “Idilio trágico”: ANDRES A. MATA; del cuento intitulado “Juanito”: RUFINO BLANCO FOMBONA; del poema “Luz”: EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA; y del cuento “Flor de las selvas”: L. M. URBANEJA ACHELPOHL.



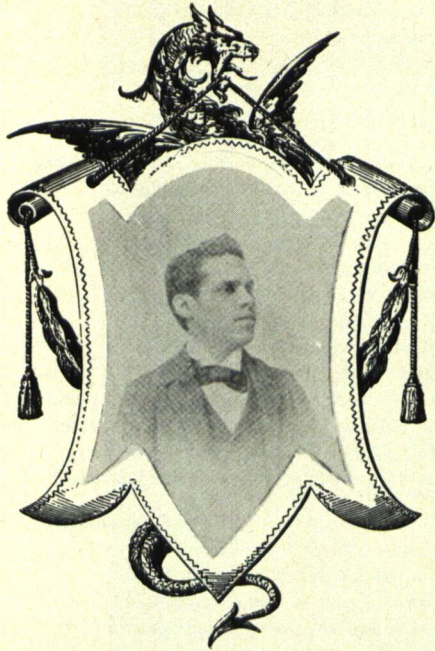
AUTORES LAUREADOS EN EL PRIMER CERTAMEN LITERARIO DE "EL COJO ILUSTRADO"

1 Andrés A. Mata
3 Eugenio Méndez y Mendoza

2 Rufino Blanco Fombona
4 L. M. Urbaneja Achelpohl



LA FIESTA DE LAS FLORES
Cuadro de Schram



CERTAMEN LITERARIO
DE
"EL COJO ILUSTRADO"

1.º DE ENERO DE 1898

PREMIO DE VERSO

IDILIO TRÁGICO

PARÉNTESIS

Con fragmentos de cartas que el olvido no llegó á sepultar, ha construído la musa de los íntimos dolores el idilio inocente de un amor que murió trágicamente, como mueren al fin muchos amores.

PSALMO

— "¡Oh Dante! Tú lo dices: no hay mayor desventura que recordar en tiempos de amargura las épocas felices!

Dichoso el hombre fuera si al conocer del mundo los engaños, retroceder pudiera en el largo camino de los años.
Que entonces viviría la vida de la infancia y por nada en el mundo trocaría la eterna esclavitud de la ignorancia!

II

"En mi clara memoria reconcentro alegrías y dudas y dolores; y recordando mi niñez encuentro luz en el cielo y en la tierra flores.

Que aunque se aleje el tiempo hora tras hora, y á la sonrisa matinal suceda la sombra, de la sombra engendradora, nada hay que al hombre suplantarle pueda su nunca muerto corazón de niño donde emerge la luz de la ternura á cuya claridad, radiante y pura, se contempla á la tierra con carifio y con amor se mira hacia la altura.

III

"Aun me parece ver como blanquea la ermita de la aldea que entre el follaje de la verde loma, á lo lejos semeja una paloma que mecida en las ramas aletea.

La torre esbelta; la delgada aguja que mira hacia la bóveda infinita entre la niebla gris que se arrebujá sobre el húmedo techo de la ermita; los vidrios que, incrustados en el muro, del sol que nace á la fulgente llama evocan las escenas de aquel drama que primero fue idilio en el obscuro establo de Belén, y luégo toma aspecto de epopeya en el Calvario, donde al grito del pueblo victimario el Redentor del Mundo se desploma; la claridad dudosa y sugestiva que se apaga en el fondo de la nave donde parece que el misterio aviva la fe en el alma; la solemne y grave plegaria que en el órgano resuena cuando consagra el sacerdote; el suave aroma del incienso; la serena figura del doliente crucifijo que, en actitud de perdonar, y fijo en la cornisa del altar, semeja, entre la obscuridad que lo circunda, un pálido celaje que se aleja hacia otro cielo que calor difunda; memorias son de inextinguible encanto y á su prestigio alentador acudo, cuando en mis noches de tristeza y llanto, blasfemo y grito, desespero y dudo!

IV

"¡Quién, á la tarde, cuando el sol alumbra el dorso inaccesible de la sierra, se dirige á la ermita y acostumbra, de la nave central en la penumbra, orar contrita, la rodilla en tierra?

Hoy no es la hermosa niña que á su nevada frente de camelia ceñía, como Ofelia, las flores que arrancaba en la campiña.

Preso del sufrimiento, ya no viste sino el obscuro traje que responde al recóndito afán del que está triste, y mientras lucha y al dolor resiste, dentro del alma su dolor esconde!

Hoy es una mujer que en el ocaso de su radiante juventud, el vaso de amargas penas hasta el fin apura, y empujada por íntimos empeños bajo las gradas del altar procura enterrar el cadáver de sus sueños.

V

"Oh juventud radiante que envejeces cuando la aurora triunfa de la noche! Al caer desmayada te pareces al lirio que en la plácida laguna abre á la tarde el perfumado broche y muere al beso que le da la luna!

VI

"No lejos del humilde caserío y bajo arcadas de tupidas frondas, sobre piedras y troncos rompe el río la blanca espuma de sus blancas ondas.

En sus cristales diáfanos retrata, discurriendo sonoro, lo mismo la campánula de plata que la corola del botón de oro. Y espejo de celajes y de nubes, se apropia los fantásticos paisajes de nubes y celajes que en el cielo dibujan los querubens.

VII

"Oh tú, la candorosa compañera de mis mejores años! El olvido no ha logrado borrar de mi memoria aquella breve, perdurable historia que comenzó del río en la ribera....

¡Yo buscaba en los árboles un nido cuando nos vimos por la vez primera!

VIII

"Vibraba la canción de los rumores, del soto en lo interior. La primavera, pisando sobre nubes fulgurantes, volcaba sobre el llano y los alcóres ánforas de perfumes tentadores y cráteras de perlas y brillantes.

La mañana era espléndida: en el cielo, patria de la esperanza y del consuelo, el sol quebraba su carcaj de llamas; y bajo la explosión de los colores entonaban los pardos ruiseñores un cántico nupcial sobre las ramas.

IX

"¡Eva de aquel edén, donde la plánta que produce el ensueño se levanta protegiendo el remanso transparente;

Diana de aquella fuente oculta siempre en la floresta umbría, ni contemplé en el árbol la serpiente ni la fiera jauría hincó en mi pecho su afilado diente!

X

"Después de la mañana de aquel día, nosotros fuimos la feliz pareja que, ya junto á la reja de la alegre alquería, ó camino del monte que desbroza el humilde labriego, cuando trunca las ramas para el fuego de la choza; hablábamos de amores, pero nunca de aquel amor ardiente que en nuestros corazones se escondía, y que al querer hablar enmudecía, y no hablando jamás, era elocuente.

XI

“Oh corazones tiernos donde cabe
y se eterniza la inquietud secreta
que es indiscreta cuanto más discreta
y nada ignora cuanto menos sabe,
permitid que os alabe;
que á la triste indolencia del reposo
se rebelen mis duelos ; y que os pida
aquel desasosiego misterioso
que hizo á mi corazón el más dichoso
en los primeros años de mi vida !

XII

“Despótico y sarcástico el destino,
lo mismo que juntó nuestras dos almas
las separó después.....

En el camino
juntas daban su sombra al peregrino,
acariciadas por el sol, las palmas.

Sopló viento glacial: el viento ronco
que llena de pavor al campesino,
y cúpula y raíz, ramaje y tronco,
dispersó en la comarca el torbellino.

XIII

“Huyendo del conflicto sanguinario
de las guerras civiles
que convierten la patria en escenario
de torpes odios y venganzas viles,
nuestras madres, tan puras como buenas,
buscaron sitio agreste y solitario
donde calmar sus penas.

No dio tregua el dolor ! Y las amargas
noches de soledad fueron más largas
que las noches serenas!

Qué fue de nuestras madres ? Resistieron
como madres al fin, pero lloraron
tanto, que prontamente envejecieron :
como dos almas buenas se durmieron
y en un mundo mejor se despertaron.

XIV

“Ajenos á la trágica tortura
que secreta minaba los cimientos
del palacio ideal que á tu hermosura
fabricaron mis nobles sentimientos,
volaban nuestras horas de ventura
en alas de amorosos pensamientos.

No hay sitio alguno en la callada aldea
que testigo no sea
de aquellas gratas, apacibles horas,
que el firmamento del pasado encienden
y en los abismos de mi pecho esplenden
cual una eterna sucesión de auroras.

Cuando esos sitios y tu nombre evoco
para domar mis ímpetus de loco
y quebrantar mi bárbara agonía,
sólo un recuerdo al corazón aterra :
el recuerdo funesto de la guerra
que separó tu alma de la mía.

XV

“Mientras daban al viento sus pendones
de purpúreo color los batallones
que á defender el valle se aprestaron,
desplegaban banderas amarillas
las compactas guerrillas
que en las verdes colinas acamparon.

Vibró el himno de muerte en las cornetas ;
volaron las legiones al combate ;
y fue lucha de atletas contra atletas
que en impetuoso y sanguinario embate
decidieron al fin las bayonetas.

XVI

“Después de aquella lid pujante y brava
que en el campo sembró males prolijos,
quedó la Patria, como siempre, esclava
de las pasiones torpes de sus hijos !

XVII

“Y el odio cruento que empujó con saña
al humilde bracero á la pelea ;
y transformó en trinchera la cabaña,
y recorrió con incendiaria tea
el llano, la campaña y la montaña ;
que, rudo ante el honor, sordo ante el ruego,
en contubernio vil con el pillaje,
hizo de la mujer único ultraje
y de sus bienes despojó al labriego ;
el odio ebrio de febril venganza
que extremó su crueldad en la matanza,
y sobre los escombros de su imperio
negó todo consuelo á la esperanza
y convirtió el poblado en cementerio ;
alimentando sórdidas pasiones
satisfizo su indómita demencia :
emponzoñó los buenos corazones
y profanó el altar de la conciencia.

XVIII

“Después.....el hondo abismo :
un piélago de sangre sin riberas !
La ingrata soledad del ostracismo ;
y tras noches enteras
de rudo afán en el hogar extraño,
las penas, mis dolientes compañeras,
cantando la canción del desengaño !

XIX

“¿ En dónde estaba Dios cuando la suerte
separó nuestros pechos con su brazo ?
Preferible á tal golpe era el más fuerte :
libertadora del dolor, la muerte
nos hubiera fundido en un abrazo !

XX

“Llamaron á la puerta del proscrito
miseria y orfandad, duelos sin nombre ;
y mientras interroga al infinito
si también la inocencia es un delito,
al niño pronto lo reemplaza el hombre.

El hombre aquí está ya !.....
La caravana
atravesó la noche del desierto,
y al brillar en el cielo la mañana
la caravana descansó en el huerto.

XXI

“Regreso con las ansias imposibles
de beber en la fuente de tus ojos
la lágrima que calme los enojos
de mis dudas horribles !

Te busco en la ciudad y no te miro,
y me responde el eco si te llamo.
Por qué, si como ayer, por tí suspiro,
oculta en el rincón de tu retiro
no atiendes á mi férvido reclamo ?

¿ No hay nidos en los árboles ? ¿ Las flores
no se abren á la lumbre matutina
y perfuman el llano y los alcores ?

¿ La centenaria encina
su sombra niega al viajador ? ¿ El río
no recorre como antes su trayecto
salpicando las hojas de rocío ?.....
Lláname, como ayer, “ídolo mío” ;
abre tu corazón al mismo afecto
que en nuestros pechos encendió una llama
y en nuestras almas derramó un perfume.
¿ Esa llama de amor no se consume !
¿ Ese aroma inmortal siempre embalsama !

Vamos al porvenir ! No me abandones !
Unamos otra vez los eslabones
de la cadena del amor ! Imprime
sobre mi frente el ósculo quemante !
¿ Jamás esperes que la alondra cante !
¿ Escucha siempre al ruiseñor que gime !

Pero no puede ser !.....El bosque humea,
y palpita en los surcos todavía
la roja sangre de tu padre.....

¿ Sea !

Inútil es tu afán, pobre alma mía !
Recoge los puñales de Medea
y tus propios dolores desafia !.....”

E N V Í O

A vos, señora, recoger os ruega
la musa de los íntimos dolores,
el manojo de flores
que ya marchito á vuestras plantas llega.

Y guardadlo en el místico santuario
de vuestra juventud que se derrumba,
que esas flores nacieron en la tumba
de un corazón enfermo y solitario.

Son el tributo póstumo del hombre
que os consagró su alma desde niño,
y que en la intensidad de su cariño
hasta el recuerdo amó de vuestro nombre !

Cuando, al pie del altar, besando el ara
del santo crucifijo de la ermita
os dirijáis contrita
al Dios que nos consuela y nos ampara ;
os pido que roguéis constantemente
por aquella alma pura é inocente,
que ignorando subir por las escalas
que á los tristes alejan de la tierra,
mariposa de amor, quemó sus alas
en el fuego insaciable de la guerra !

ANDRÉS A. MATA.





EN AÑO NUEVO. — (Acuarela de A. H. Schram)



La casa, una antigua construcción española, de muros eminentes, pesadas puertas, ventanas guarnecidas por balaústres de fierro, tenía aspecto monacal; aires como de mansión á cuya sombra paseaban frentes meditabundas cubiertas de niveas tocas; pies descalzos, hechos á correr tras la cruz; almas blancas, cuna y albergue de las melancolías. Pero no; allí no habitaba la santidad sino la industria. Aquella no era casa de oración: de sus techos sólo surgía el himno del trabajo.

El caserón hacía esquina: por la una calle dos grandes puertas daban acceso á un detal de jabones; por la otra una verja, antes dorada, siempre de par en par y cuyos barrotes festoneaba una enredadera de cundeamor, permitía la entrada en la mansión del jabonero.

En el pueblo la casa no se nombraba de otra suerte sino "la jabonería." Su dueño y habitante era un industrial enriquecido que abastecía con su comercio de jabones los pueblos comarcanos.

Una noche, á cosa de las nueve, estaban en la sala de la jabonería dos personas: la una, viejecita de cabello nevado, rostro plácido, manos y piernas rígidas, sobre una silla giratoria y rodante, en un rincón de la pieza, dormitaba. Leía la otra persona á la luz de una lámpara, en el centro del salón. Era un hombre todavía joven, de compleción robusta, tez mate, ojos y barba negros, cabello ensortijado, aspecto burgués. Vestía blusa y pantalones de dril obscuro; los pies, metidos en pantuflos de grana, fulguraban con el oro de los bordados.

Todo en aquel hombre estaba diciendo como era él un rico de provincia. La propia sala

llena de baratijas, adornos del peor gusto, mostraba ser el búcaro de aquella flor silvestre, flor de estambres dorados pero sin aroma.

De pronto la anciana somnolente abrió los ojos, y moviendo la boca un poco torcida de suyo, articuló un sonido extraño é intraducible, mitad grito salvaje de esos que la fantasía escucha en los campos, á media noche, mitad inflexión de humana garganta.

El leyente impresionado preguntó:

—¿Qué tiene, madre? ¿Quiere usted irse á dormir? Y sin esperar respuesta cerró el libro marcando la página cuidadosamente con una tira de papel, se fué á la anciana, puso en la frente de ella un beso, y comenzó á mover la

silla rodante hacia las piezas interiores, mientras exclamaba en voz alta:

—María, ven María: es menester acostar á mamá.

Al cabo de una media hora entraba de nuevo en la sala el hijo de la inválida, esta vez seguido de María, la hermana mayor, la primogénita de la anciana, suerte de providencia doméstica. Ella era el alma del hogar. Cuanto al hogar decía relación estaba ella acostumbrada á resolverlo por sí y ante sí. Dócil á tan blando yugo, el dueño de la casa sólo tenía para ella gratitud, por cuanto la vida de esta buena señora era una continua ofrenda en aras del cariño á los suyos. Ella renunció el amor por el hogar. Ella no había sido esposa por ser hija; y prefirió á ser madre ser hermana.

Luégo de sentarse dijo la señora á su compañero de sala:

—Bien, Juan, esa carta de nuestro querido Juanito es cosa muy extraña. Llamarte á la carrera, sin motivo. El, tan juicioso siempre..... Enfermedad no es. No hubiera podido escribir. Además, el Director.....

Don Juan convenía con su hermana en que algo extraordinario pasaba á Juanito, y se disponía á partir, rumbo á la gran ciudad donde el niño estudiaba.

La carta era lacónica: "Tu visita mensual,—decía—tan querida para mí, por primera vez en un año ha dejado de ser periódica. ¿Por qué, mi adorado papá?"

En este tono de afecto continuaba. En resumen le pedía que fuese á verlo.

Este dulce reclamo del amor filial hizo honda impresión en los sencillos moradores de la jabonería. La queja justísima de Juanito se comentó largamente en las veladas de los buenos provinciales.

Juanito era la adoración de aquel hogar. Hijo único de D. Juan; crecido al calor de aquellos seres, era astro de sus noches, alegría de su alma.

Hasta los quince años tuvo profesores en la propia casa; luégo fue necesario que estudiase las matemáticas, carrera del joven, en un buen colegio. D. Juan echó un nudo á su corazón y Juanito partió para una lejana y bella ciudad, magnífico centro docente.

—Yo tengo mis ideas, había dicho D. Juan á su hermana, cuando el cariño egoísta de la buena señora negaba la conveniencia de aquel viaje: yo tengo mis ideas; mi hijo será lo que yo no he podido ser. Yo no tuve un padre, que si no.....

Y en los ojos de D. Juan se pintaba la tristeza. D. Juan tenía la conciencia de que él era víctima de su primera humilde condición. Espíritu despierto, hombre de natural inteligente, fantasía llena de novelones y dramas imposibles, en medio de su bienestar, de su riqueza, encontraba uno como vacío; vacío que su previsión de padre iba á colmar con el estudio en la existencia de Juanito.

Don Juan nunca fue esposo. A las veces, pensando en su hijo, recordaba cómo había gustado besos exóticos en la boca lindamente roja de la bohemia que dio el ser á Juanito. La amada peregrina, una de esas mujeres en las cuales se mezcla á la hermosura todo el encanto de lo desconocido, llegó hasta el ignorado rincón de aquella provincia, como una ráfaga llena de extraños perfumes; como una brisa que cruzó azules mares, verdes cumbres, y bosques de laureles y de rosas.

D. Juan, entonces mozo de cuatro á cinco lustros, lleno de fuego el corazón, amó á la linda aventurera que llevaba consigo en són de venta rosarios de ámbar, rosas de Jericó, fragmentos de la propia cruz donde fue victimado el Cristo, objetos falsos de su mísera industria ambulante.

D. Juan amó en ella la blanca morbidez de las formas no injuriadas por el continuo andar; el dulcísimo rostro, acanelado por los besos del sol; el negro profundo de la cabellera; los brazos llenos de caracteres intraducibles, corazones flechados, círculos llameantes; todo aquel encanto exótico de una mujer helena por el perfil, española por la mirada, y por naturaleza del amado país de Bohemia.

Juanito fue fruto de aquel amor del criollo á la extranjera; amor alborotado como un torbellino, rápido y devorante como un incendio.

Deshecha del hijo, sin nada pedir ni aceptar nada, una bella noche primaveral prosiguió la aventurera su interrumpido viaje, anhelante de correr por cuantos son pueblos y climas; acaso para gustar en otras latitudes nuevos amores; acaso para concebir otros hijos y sembrarlos, como simiente de dolor, en los surcos por donde va la triste romera.

Entre D. Juan y su hermana hubo un instante de silencio. Los dos pensaban en el querido ausente. La señora se volvió hacia D. Juan. Este se había puesto repentinamente en pie y encendiendo un cigarrillo en el tubo de la lámpara, dijo:

—María, prepara esta noche mi equipaje: mañana parto.

II

Juanito fue desde su entrada en el colegio uno de los mejores estudiantes; los primeros puéstos eran los suyos, tanto en la clase de álgebra como en la de filosofía. De inteligencia clara, alma anhelosa de saber, corazón rebosante de orgullo, carácter serio, espíritu soñador, era retraído, afecto al estudio, gustaba de ese como pugilato de las inteligencias, que entre condiscípulos se lleva á cabo y pone á prueba el vigor intelectual de los contrincantes.

Pronto fue distinguido por los profesores; esto le granjeó la ojeriza de sus camaradas. Además, él de suyo un poquillo rencoroso, guardaba contra varios de sus compañeros, señaladamente contra uno, sentimientos no nada cristianos, antes bien confines con el odio y con la más ponzososa antipatía.

Tuvo esto origen en una escena ocurrida á su ingreso en el plantel; escena dolorosa que nunca olvidaba Juanito, y en la cual había sido desgraciadamente protagonista.

Fue una mañana á cosa de las ocho. El hacía su primera entrada en el amplio salón del colegio. Todos los muchachos estaban reunidos. El Director del instituto presidía.

Provincial tímido, con aire azorado y maneras torpes, Juanito entra en la sala, la cruza silencioso y desconcertado entre dos coros de alumnos, se dirige atolondradamente al Director y sin más preámbulo le tiende la mano. El maestro por hacer una mala pasada al pobre mozo no estrecha la mano de Juanito, y éste queda en el centro del salón, mudo, chasqueado, rojo de vergüenza, en medio de la risa del profesor y la rechifla sangrienta de los alumnos.

Entonces sucedió algo más doloroso para él.

—Siéntese usted, le dijo el Director señalándole un puesto vacío. El obedeció. El asiento destinado á recibirlo era un banco en el cual sólo estaban dos alumnos.

Los muchachos comenzaron á hacer despiadadas observaciones.

—“Tiene nariz de olerlo todo,” exclamó uno á media voz, ni tan alto que escuchase el maestro, ni tan bajo que no produjese hilaridad en el auditorio.

—¡Qué ojos de basilisco!

—Este nació para astrónomo.

—¡Qué pies!

—¡Qué manos!

—Parece un sietemesino.

Entretanto los dos jóvenes que ocupaban el banco junto con Juanito se deslizaron cautelosos hasta un extremo, precisamente la punta opuesta á la que servía de asiento al provincial.

Juanito, ya cambiado el estupor en cólera, se prepara á responder á las injurias cuando los mozos de su lado, á una señal, se ponen de pie. El provincial gravita solo en un extremo del banco, rompe el equilibrio, y rueda bajo el asiento que le cae encima.

Lleno de polvo y de vergüenza, ciego de dolor y de ira, cierra Juanito contra uno de los causantes de su malaventura y le asesta en el rostro tremenda bofetada. El Director interviene; la mofa cede el puesto al asombro; y á partir de la ocurrencia ya saben á qué atenerse con Juanito sus camaradas de colegio.

Sin embargo, las jugarretas menudearon. Se supo que el padre del Juanito era propietario de una jabonería, y ya no llamaron al joven sino “el jabonero.” Por todas las paredes corrían versos alusivos á la industria de D. Juan. Una ocasión en la mesa al comer el pan, Juanito tuvo náuseas. Los muchachos le habían ingeniosamente aderezado la hogaza; la miga no era de harina sino de jabón.

Entre él y sus compañeros hubo siempre algo infranqueable: el carácter de Juanito.

Discurrió un año. Ellos duros con él. El duro con ellos. Intimidación tuvo con muy pocos; odio, sólo para uno. Quien inspiraba en Juanito este invencible sentimiento de repulsión era un mozo alto, delgado, de grandes piernas, ojos zarcos, pelirrubio, lleno de prejuicios de raza á pesar de lo democrático de su figura y de su nombre.

Este era el mismo joven á quien Juanito abofeteó cuando la ocurrencia del banco. Se llamaba Gil Pérez. Los muchachos, jugando con las letras del nombre, lo apodaban *Perejil*.

Perejil y Juanito se abominaban mutua y cordialmente. Una mañana corrió entre los alumnos la nueva de que los dos jóvenes se habían desafiado para el jardín, á las cinco, después de las clases.

Todo el colegio se dispuso á presenciar un espectáculo extraordinario.

Perejil era languaraz, insolente; orgulloso de que antepasados de él habían muerto en defensa de la Patria, decía á menudo:

—Por mis venas corre sangre de héroes.

Taciturno, austero, Juanito inspiraba en sus camaradas un sentimiento indefinible, extraña mezcla de antipatía y respeto.

El tema palpitante eran Perejil y Juanito. A la hora del almuerzo, en los corredores en las habitaciones, por todas partes se entablaban diálogos.

—Hoy le bajan el gallo al jabonero.

—No sabemos, chico; ese Juanito no es tonto. Recuerda su estreno en el colegio.

—Aquello fue una casualidad. Perejil nunca quiso arreglarle cuentas. Pero ya ves; á cada cochino se le llega su San Martín.

En otras conversaciones salía peor librado el pobre Juanito. Una y otra parte le eran adversas. En un grupo decían:

—Es un presuntuoso.

—Y un cobarde.

—Me alegraré de que Perejil lo medió mate.

—Y yo.

—Y yo.

En ese momento ingresó Perejil al círculo muy satisfecho de contar en su favor los sufrimientos de la mayoría.

—Saben ustedes una cosa, dijo; me contentaré con zambullir en el estanque á ese mal nacido. ¡Qué historia la de él, queridos; qué historia! Me la ha referido esta mañana el nuevo cartero. Son del mismo lugar.

Todos interrogaron á Perejil con la mirada y con la voz.

—Cuéntanos, chico, cuéntanos.

Pero Perejil no creyó caballeresco expresar lo que sabía acerca de Juanito.

En un instante corrieron mil versiones: Juanito era esto; Juanito era lo otro.

El día pasaba. Perejil, muy animado y decidido, secretéabase con los vecinos en la clase y lanzaba á todo el mundo miradas de perdón.

Sonaron las cinco. Los muchachos, ya libres, como bandadas de palomas, volaron al jardín.

En el centro de un grupo, orillas del estanque, Perejil se quitó la blusa, se arremangó la camisa, y aludiendo á Juanito que aún no llegaba, dijo:

—Esperemos á ese cobarde.

No esperó mucho. Juanito entró en el jardín. Todas las bocas callaron. Los ojos llameaban; los corazones latían con presura. En presencia de los adversarios el concurso se movió.

Juanito vestía de blanco; el blanco de su ropa contrastaba con el negro profundo de sus ojos, y la obscuridad brillante de la cabellera riza.

Pequeño de estatura, corto de cuello, atlético de complexión, todo en el joven Hércules respiraba energía.

Con una imperturbabilidad desconcertante se dirigió al grupo que rodeaba á su enemigo, y encarándose con Pérez exclamó:

—Perejil, estoy á tus órdenes.

Perejil avanzó nervioso, pálido de coraje, digno de sus abuelos. Instintivamente Juanito cerró las manos; su nariz se infló; de sus ojos profundos brotaron centellas.

Perejil se detuvo. El hielo del pavor lo había tocado de súbito. Pero pensó en su honor, en su nombre, en su prestigio personal, en su orgullo de raza, y altivamente exclamó:

—Jabonero; vengo á decirte que yo no puedo pelear contigo; tú eres hijo de una perdida; tú no tienes madre.....

La última frase no pudo concluir. El puño de Juanito la había apagado en los propios labios de Perejil.

La cólera del jabonero rayaba en delirio. Cayó sobre Perejil; lo abofeteó, lo mordió, lo escupió, lo derribó, y cuando el pobre enemigo exámine se revolcaba en el polvo, la cara tinta en sangre, Juanito se puso en pie y una, dos, tres y más veces, lleno de furia, pateó la boca maldiciente del caído.

Juanito, reprendido con dureza, fue puesto en reclusión. Nada de domingos libres. Nada de horas de asueto. Recreo, no para él. Del cuarto de dormir á la clase, y de la clase al cuarto de dormir. Preso, vigilado cuidadosamente, su encierro duraría hasta *la nueva orden* del Director.

III

“Tú no tienes madre.” Esta frase lo perseguía, lo hostigaba. A su recuerdo, uno como puñado sutilísimo de agujas hincaba con crueldad en los ojos, en la frente, en las mejillas, en todo el rostro del pobre jabonero. Sentía Juan en la nuca un poderoso brazo, invisible, que le doblaba la cerviz, antes tan altiva. Sus rodillas tendían á flaquear; y todo

él, á un influjo extraño y malhechor, era víctima de hondo desconcierto físico.

“Tú no tienes madre.” Juanito sentía necesidad inmediata de un sér tangible á quien poder llamar con ese nombre dulcísimo. Hasta entonces él nunca había echado de menos á su madre. Criado al calor de la excelente Doña María con todas las ternezas de que fuera capaz la madre más apasionada; vástago único de un hombre para su hijo todo amor; jamás tuvo Juanito cómo sentir la ausencia del cariño materno. Caricias, mimos, ternuras, agasajos, fueron la atmósfera de su infancia. El pequeñuelo llenaba el hogar. De su amor vivían los corazones. Sus travesuras eran causa de fiesta. Su capricho era ley.

Por la mente de Juanito pasaba aquella infancia feliz cuya memoria agregaba otra aguja más cruel, más dolorosa, más punzante, á las muchas que herían su rostro. No se perdona el no haber preguntado nunca por su madre. Tenía una necesidad profunda de llanto. Dos noches pasó en una meditación llena de lágrimas.

Pensando en su hogar distante, en su buena tía, en la anciana paralítica, recordó que D. Juan, contra la costumbre, no lo había visitado en todo el mes. Lo enterneció la idea de perder el cariño de su padre. Experimentó una necesidad violenta de ver, de abrazar al autor de sus días. Entonces escribió una carta: carta nerviosa é imposible que hubo de romper. Se puso de nuevo y obstinadamente á la tarea; garrapatéó uno, dos, tres pliegos de papel; pero ninguna de las misivas quedaba á su gusto.

—Lo dejaré para mañana, se dijo.

Al día siguiente á escondidas del Director, y valiéndose de alguno de los pocos amigos que contaba, envió la epístola.

Poco tiempo después D. Juan se presentaba en el colegio. Antes de ver al hijo amado, por medio del Director lo supo todo. Mientras escuchaba la relación de los ojos de D. Juan brotaron chispas; chispas de orgullo por la viril conducta del hijo.

La primera entrevista de Juanito con su padre fue celebrada en el gabinete del Director.

—Papá.

—Hijo mío.

Y cayeron en brazos uno de otro.

Cuando Juanito se alzó tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—Lo sé todo, hijo mío. No te condono, decía D. Juan, muy contento de verse á solas con Juanito. Juanito le hizo conocer la rotunda resolución de abandonar el colegio.

—Lo dejarás, hijo, lo dejarás. Buscaremos otro que sea de tu agrado.

—No, papáito lléveme con usted. No quiero ya ser ingeniero.

Esta salida desconcertó un poco á D. Juan. Tanto como eso no. El tenía sus ideas. Ir á ver la familia y la tierra, santo y bueno; pero para volver.

—Desengáñate, hijo, en esto no te complacezco. Yo tengo mis ideas. Quiero hacer de tí una gran cosa; lo que yo no he podido ser. Si yo hubiera tenido un padre.....

Y D. Juan inundaba á su hijo en una mirada llena de ternura.

Juanito abandonó el colegio; se fué á vivir en el hotel con su padre, lejos del ojo avizor de los profesores, y de la malquerencia de los alumnos. Se fué abominando de Legendre y de la filosofía escolástica; se fué á vivir en plena libertad, bajo el ala sedfida y perfumada del amor paterno.

Los días pasaban; días de una existencia deliberadamente llena de holganza y diversiones. D. Juan deseaba distraer á su hijo, porque la melancolía tejó su nido de tristezas en el alma del joven.



LEDA Y EL CISNE

A las veces Juanito sentía impulsos de interrogar á D. Juan, de gritarle:

—¿Dónde está mi madre?—¿Qué ha hecho usted de mi madre?—¿Por qué no me habla usted de ella; por qué no me dice cómo es, ni donde está?

Pero el respeto lo reducía á desesperante mutismo. Pensaba que D. Juan podía abandonar respondiendo:

—¿No he sido yo para tí padre, madre, todo.....?

Una noche, al regreso del teatro, expresó D. Juan á su hijo el deseo de restituirse al terruño nativo.

—¿No te parece bien, Juanito? Mi pobre hermana está sola con mamá. La anciana necesita cuidados de todos; y María reclama un amparo.

Juanito convenía de buena gana. Entonces D. Juan tocó nuevamente el punto delicado. Al cabo de algún tiempo, cuando por ambas partes se creyese oportuno, Juanito regresaría á un colegio.

—Papá, yo no quiero seguir estudios; yo preferiría vivir con usted, siempre con usted, sin abandonarlo nunca.

Además, añadía el joven, que la abuelita no estaba bien, que.....

Nada, sino que no transigía D. Juan. El tenía sus ideas. Malhumorado por la contrariedad y plantándose en el centro del cuarto, exclamó:

—¿Y bien, qué es lo que tú deseas? A

qué aspiras? Has pensado en tu porvenir?

Juanito, la cabeza baja, no respondía. El otro prosiguió:

—Me empeño en hacerte gente y lo rehusas. Sacrifico en tu obsequio mi ternura de padre, y no me lo agradeces. ¿Qué es lo que tú deseas? Responde, Juan.

Juanito callaba; á media voz dijo:

—Papá.....

—Papá, gritó D. Juan exasperado; tú no me complaces en lo que yo te pido. En cambio, ¿te he negado yo algo? No tienes tú lo que todos tienen? Qué te hace falta, dímelo?

Juanito alzó los ojos; quiso hablar, pero el dolor le echó un nudo al cuello.

D. Juan continuaba: —¿Cuántos, cuántos quisieran lo que á tí te sobra! ¿Qué te hace falta, dímelo?

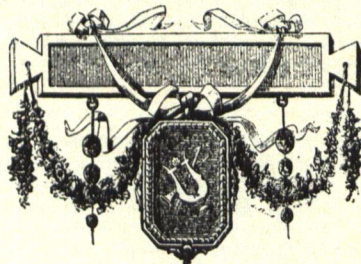
Juanito, también puesto en pie, los ojos húmedos de lágrimas y la voz temblante, repuso:

—Mi madre; me hace falta mi madre.

D. Juan lo esperaba todo menos tal respuesta. Un escopetazo en el rostro lo habría impresionado menos. Cayó en una poltrona sollozando como un niño con las manos. Entonces Juanito, llorando también, se abalanzó á su padre y lo abrazó, lo besó con fresnesí.

Una sombra se había proyectado en aquellas dos almas: la sombra de la bella errante á quien D. Juan amó un tiempo; la sombra de la linda aventurera que mercaba rosarios de ámbar, rosas de Jericó, fragmentos de la propia cruz donde fue suplicado el Cristo; la sombra de la amada bohemia que huyó en una fresca noche primaveral, anhelante de correr por cuantos son pueblos y climas, acaso para gustar en otras latitudes nuevos amores, acaso para concebir otros hijos y sembrarlos —como simiente de dolor—en los surcos por donde va la triste romera.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



EL BOSQUE DE LOS SUEÑOS

(INÉDITO)

(XVII)

Era en la tarde gris. Cruzaba un viento Impregnado de angustias infinitas. Torturaba el Dolor mi pensamiento, Y oscilaban las rojas margaritas En los claros del bosque macilento.

Caminaba sin rumbo... No sabía (Oh! Noche de tus sueños, Esperanza!) Si era aquel el crepúsculo del día, O una pálida aurora que surgía Como velado enigma, en lontananza.

Se alzó un hondo suspiro del ramaje, Como canto agorero y misterioso. Desolado y estéril, el paisaje, Inundó mi alma su estupor salvaje Circundándola un velo nebuloso....

Y cruzaron fatídicas visiones Delante de mis ojos espantados; Y miré los sangrientos corazones Enterrar las difuntas ilusiones En los viejos caminos olvidados....

(XXV)

Encontré un monstruo en mi camino. Al Viento El duro pico de águila salvaje; Las córneas alas de vampiro enorme, Con puntiagudo garfio y ceniciento Color de lo reptílico y deforme.

Alzó la garra poderosa al verme; Batió los flancos escamosos; luégo Llegó hasta el sitio donde estaba inerme, Rígido, anonadado, mudo, ciego, Y me observó un instante... La pupila De su ojo taciturno y soñoliento— En actitud hiératica y tranquila Como si escudriñara el pensamiento— Crecer, crecer, crecer, vi con espanto...

Después, con una extraña mansedumbre, Puso en mi hombro sus zarpas, y á la lumbre De Hécate triste desbordó su llanto.

(XL)

Lago fúnebre y silente, lago de olas taciturnas, Lago mudo, que limitan las montañas á lo lejos,— Los vampiros te visitan, y las visiones nocturnas Siguen, bajo el plenilunio, tus metálicos reflejos.

Lago negro que conozco, lago triste, lago mudo, ¿Quién visita tus riberas en las horas del espanto? ¿Qué demonio, en tu corriente, fué á lavar su rojo escudo? ¿Qué enlutada, en tus orillas, deja oír su dulce canto?

Oh! los buhos te conocen, lago tétrico y sombrío; Te conocen los vampiros bajo el albo plenilunio; Te conocen las quimeras de mi insomne desvarío, Y mis quejas, en las yertas noches pálidas de Junio!

¿Cómo me hablan los silencios de tus márgenes calladas! ¿Cómo los grandes vampiros, al pasar, tocan mi frente! Y las blanquecinas sombras de las muertas olvidadas Van llegando... y á mi lado se deslizan sordamente....

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra. - 1897.



AURORA. — Cuadro de Gabriel Max



CERTAMEN LITERARIO
DE
EL COJO ILUSTRADO

— ♦♦♦ —

Composición en verso, galardonada con pluma de oro

— ♦♦♦ —

LUZ

I

En la margen de un riachuelo
que el pie de la sierra baña,
hay una humilde cabaña
que mira benigno el cielo.
En ella, y del hortezuelo,
viven, Gil—labriego anciano
que ya con trémula mano
pide al surco el pan del día—
y Luz, su nieta, alegría
de aquel albergue serrano.

Seductora la zagala,
no teme que el brillo venza
del oro á su rubia trenza
que undosa al cinto resbala.
De la tórtola no iguala
al de su acento el arrullo,
y temblar de herido orgullo
ve al rosal, que al de la rosa,
prefiere la mariposa
de sus labios el capullo.

Si oro el pelo, la mejilla
nevado lirio parece
que en su corola guarece
rosa que el alba no humilla;
y es de hermosura sencilla
tal prodigio la serrana,
que el sol en salir se afana
ántes con ántes, no sea
que desdeñe á la febea
por otra luz la mañana.

¿Y sus ojos? ¿cosa rara!
tan negros son, que la gente
del contorno, propiamente
con la noche los compara.
Hay doncella que declara
no sentir por ello enojos;
ántes dice en sus antojos,
y lo proclama en la sierra,
que ilumina Luz la Tierra
con la noche de sus ojos.

Su abuelo, que con ternura
la quiere, mira con pena
cómo su blanca azucena
va perdiendo la frescura.
En vano la mente apura,
porque olvida el Labrador

cómo furtivo, traidor,
áspid de dulce veneno,
á deshora muerde el seno
de las flores el amor!

El, que cifra su alegría
de aquella luz en la llama,
“¿qué tienes?”—inquieto exclama—
“¿qué tienes, luz de mi día?”
Mal velando la agonía
ella, con risa de encanto,
nada responde, y en tanto,
su mirada que se inclina,
con el iris ilumina
deshecha lluvia de llanto.

II

La ermita en aquellas faldas
blanca luce entre las frondas,
como la espuma en las ondas,
como perla entre esmeraldas.
Vístenla siempre guirnaldas
de albahaca y clavellina,
que la gente campesina
renueva allí todo el año
por amor al ermitaño
que en la piedad la doctrina.

Anciano cuya existencia
guarda misterio profundo
de cuando fué por el mundo
y era sordo á la conciencia;
hoy es sabio cuya ciencia
no de libros aprendida,
ofrece la apetecida
medicina del dolor,
que la de amar al Señor
es la ciencia de la vida.

III

No sale de la cabaña
hora Luz con la del día,
cual de costumbre tenía
á vagar por la montaña.
En vano de aljófár baña
por ella nardos la aurora,
que sólo al sonar la hora
de la queda en la capilla
vese á Luz que se arrodilla
ante la Virgen y llora.

IV

Casi extinto el incendio del ocaso,
tras el confin, oculto
ya queda el foco ardiente;
y apenas salva resplandor escaso
de pálido arrebol aun no sepulto,
la ricsosa ladera que imponente
corta, marcando de la Tierra el paso,
con angulosa mancha el occidente.

A difundirse empieza
rápida sombra que de oriente avanza,
tras el final vislumbre
que junta de la tarde á la tristeza
lo alegre de una aurora en esperanza.

La faz llorosa y el andar tardío,
por el sendero que á la ermita lleva
cual pálida visión del bosque umbrío
silente baja Luz; la vista eleva:
—signo del ruego que del alma sube!
De pronto, como el astro que aparece
de la tormenta en la rasgada nube,
tras el nublado de llanto que oscurece
de Luz los ojos, á mirar se alcanza
el vívido fulgor de una esperanza.
Y como por el campo, al albor, espárcense
reflejos de oro y rosa que anunció son
del esplendor febeo, el pálido semblante
de la hermosa hora cubre el risueño albor
de calma con que á la noche del dolor
medrosa sucede el dulce amanecer del alma.

No visión pasajera que suscita
su propio anhelo, ante los ojos tiene,
no ensueño del amor: Virgen bendita!
es él..... él mismo..... el cazador que viene!
Aquel que ha tiempo, en su afición constante,
risueño, listo y ágil, vigoroso,
de frente vasta y de mirar brillante,
doncel apuesto, hermoso,
suele aquel monte recorrer ansioso.

Aquel que, ciego, en el afán creciente
de sorprender la caza en la espesura,
nada mira ni escucha, nada siente
de lo ajeno á su fácil aventura.

Luz, inmóvil, suspensa, ya no gime:
palpita en su mirada el alma entera;
y el rudo golpe desigual reprime
del turbulento corazón, y espera.

Lampo de dicha que por breve espacio
alumbra para hacer aun más sombría
la triste noche al corazón rehacio
de la niña infeliz; adiós doliente
del moribundo día
fue tan sólo ese instante de alegría;
que al confin vuelta la espaciosa frente,
sin ver á quien ser vista sólo ansia,
pasó el doncel hermoso indiferente.....!

V

En el sendero que lleva
de la cabaña á la ermita
el paso Luz precipita
y el hondo gemir renueva;
al cielo la vista eleva,
y el aire, cual nunca extraño,
revela cómo del daño
de su vida, con anhelo
corre á buscar el consuelo
de labios del ermitaño.

A la ermita llega y llama
con voz que un eco parece
del rumor con que se mece
sobre el sepulcro la rama.
Al verla el anciano exclama:
“tiene el Señor siempre abierta,
“para quien llora, su puerta;
“entrad, enjugad el llanto:
“de los santos en el Santo
“está la esperanza cierta!”

Murió la luz en la altura;
náda en sombras la capilla;
ante el anciano se humilla
la que lleva el alma pura.
De ave présaga que augura
duelo mayor, el lamento
rompe el aire, en el momento
en que la flor niega el broche
á los besos de la noche
y á las caricias del viento.

VI

Despunta la nueva aurora;
la flor despierta y sonrre,
y el ave al cantar se engríe
sobre la rama en que mora.
¿Quién entonces gime y llora?
¡Pobre anciano!..... de la puerta
de su cabaña desierta
lanza al viento este gemido
que repite dolorido
el eco: ¡Dios santo..... muerta!

Decir excuso, impotente,
cómo el adiós nos oprime
que con un beso se imprime
de un cadáver en la frente;
ni hay palabra que doliente
pueda pintar la agonía
del alma, si en claro día
por sombras de muerte vaga
cuando la vida se apaga
de algún sér que nos quería

VII

En el sendero que lleva
de la cabaña á la ermita,
á rogar á Dios invita
pobre cruz que allí se eleva.
Mano piadosa renueva
sobre la humilde peana,
las flores que la mañana
por estrenar se apresura
para ornar la sepultura
de otra flor, perdida hermana!

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.



CERTAMEN LITERARIO
DE
EL COJO ILUSTRADO

Composición en prosa galardonada con pluma de oro

FLOR DE LAS SELVAS



Oh! bravos y oscuros poetas de mi tierra, cantadores del lugar, salud! Vosotros que de niño habéis nutrido mi ánimo, al s6n de los cuartos, en las claras noches de luna, de todas las ansiedades que se funden en el toscó bloque del nativo ingenio, venid en mi ayuda, pues de la hermosa comarca aguarensis os traigo el negro racimo de un moral de bejuco: una historia de amor! Ojalá os deje en el alma lo que el fruto en la boca: un suave agridulce.

* * *

Aún se hallaban entumecidos los duraznales en flor, y ya Juana-Vicenta se andaba entre los membrillales, en su bella juventud, fresca y lozana como un resalvo. La tierra negra da buen grano, y Juana-Vicenta, era prieta y acanelada como grano de mazorca cariaquita, hacendosa como la hormiga y más traginadora que una erica. Su nombre humilde, y grato como una caricia, no se venía á los labios de las madres, sino para alabarla: "aprended de Juana-Vicenta"—decían á las muchachas perezosas—"nunca se la ve mano sobre mano; prepara el cazabe, lava la ropa y canta como un pajarillo." En verdad, era locuaz como un azulejo, y eso porque en el fondo del alma llevaba un semillero de amor.

En los tupidos membrillales recolectaba el fruto, llenaba los sacos de los más hermosos; al roce de sus manos, las aves sorprendidas en la semiobscuridad del naciente día, echábanse á volar chirriando; y como atolondradas, posábanse siempre delante de ella, lo que no era de su agrado, porque el brusco despertar de los pájaros al sobrecogerla, le robaba el tiempo, del cual no se hallaba muy sobrada, pues con el día, que ya se le echaba encima, según que las cuevas de Chabasquín perdían sus neblinas, Sandalio vendría por la carga.

Ya estaban los sacos hasta la boca, cuando en la vuelta arriba del camino, donde remata la cueva á cuyo respaldo se levanta el rancho, una voz gruesa, sonora como el tronco de una ceiba herido á golpe de hacha, detrás de un "arre burro" comenzó á cantar:

"Anoche á la media noche
á media noche sería,
los gallos que menudeaban
y yo que me despedía"

y luégo..... "ay! sóo, burro del demonio".... Y dos mojinis y uno cano, á la entrada del rancho, se esforzaban en llevarse el tranquero con el pecho.

A voz tan conocida, Juana-Vicenta se atorató. ¿Acaso no se estremecen las rientes flores de pascua, si el negro pegón, pequeñito como un gorgojo, se acerca á ellas lascivo? Aunque simple muchacha del campo no se hallaba des-

provista de presunción: si hubiese estado cerca de su baúl, del fondo y muy de prisa el limpiísimo espejo hubiera sacado á relucir; si en la quebrada, se habría detenido ante algún pozo cristalino, en uno de aquellos en que se están mirando largas horas las remotas estrellas. Y causaban ese anhelo y tal desasosiego en el alma de la cándida muchacha, las llamaradas de unos ojos negros y brillantes que, al través de las brumas y los bejucos, la buscaban codiciosos y rendidos.

Sandalio, desde el tranquero comenzó á llamar:

—Juana-Vicenta, oh! Descorre las varas pá cargá el burro; oh! Vicenticá... Andatée...!

Con lo cual la muchacha vino á abrir; corrió el tranquero y caminando delante de Sandalio, le guió al lugar de la carga. Allí sí que fue todo reír! La diligente niña se dio prisa en ayudar á Sandalio, á Sandalio, más duro de huesos que de corazón un quebra-hacho; y quien en su vigorosa juventud se sentía capaz de arremeter á todo Chabasquín, y talarlo hasta no dejar un solo membrillal en el Aguare, si sólo en sueños lo desease aquella muchacha, que sin mirarle se sonroja!

Sandalio, al tomar la carga, se hacía el desmayado, viendo lo cual la muchacha venía en su ayuda. El muy taimado, por beberse los alientos de la más preciada flor de aquellas lomas, se hubiera estado cargando todo el bendito día. Así, cuando se llegaba á escapar el fruto de los mal cerrados sacos, y ello sucedía con frecuencia, se ponían ambos á recogerlos tan alegres y risueños, como era riente y bulliciosa aquella misma mañana. A ratos se hacían los juiciosos, pero, allí en sus adentros, el estarse serietes, les llenaba de cosquillas, á punto de que por quitámas allá esas pajas, reventaban á reír, sonora y estrepitosamente, así como al caer sobre los conucos estallan alborozados los loros salvajes.

Y así en aquella alborada se vio cargado el viejo burro cano, entre dos buenos muchachos, en cuyas almas comenzaba la desbotonadura del amor, á la vez que en la selva olorosa cuajaban los bermejos botones del rosál de montaña.

Terminada la tarea, echaron á andar los dos detrás de los burros, no atreviéndose ni siquiera á mirarse; ahora pensativos y cabizbajos como enantes alegres y juguetones. En llegando al tranquero, Sandalio pasó con la cabeza gacha, como apesadumbrado, y sin volverse, mientras ella corría las varas, le dijo: "hasta la tarde", pero la muchacha sin saber qué contestarle se le quedó mirando acodada en el tranquero. Allí se hubiese estado aguardándole hasta la tarde, si un grueso suspiro, venido de lejos, detrás de un "arre burro" áspero como un grito de rabia en el que se ahogase algún dolor, estremeciéndola, no hubiera venido á sacarla de su letárgico ensueño; y encendidas las mejillas, cual si fuesen un rojo botón que estallase á las ardientes caricias del sol, se alejó por entre las frondas misteriosas de los árboles.

* * *

Razón tenían las vecinas: Juana-Vicenta no sabía estarse quieta; revoloteaba como una mariposa, y no cesaba de trabajar en todo el día! Si las horas la rendían en sus quehaceres, á lo que ella llamaba hacersele largas las horas, alguna cosa inventaba con qué acortarlas; y era entonces cuando la familia se daba el gustazo de saborear á sus anchas algún criollo manjar. Qué buena y cuán perfecta al salir de sus manos primorosas, era la mazamorra de mazorecas tiernecitas, cuyas apretadas hileras, al pasar por el rayo, se deshacían en blancos hilos de leche! Cómo trascendía despertando la gula el obscuro tequiche, esa mezcla feliz y sabrosa de la harina de las rubias mazorecas cariaquitas, embebida en el zumo del coco jugoso y en la cual el prieto papelón contribuye con su grato dulzor! Nunca, pues, pudo

hallársela remirándose en el brufido espejo, ni charlotteando á las puertas de los ranchos vecinos.

—"Cosa rara"—decía la Tata—cuando el sol iba para la mitad del día—"la muchacha está hoy como sobre candela ó picáa de jején."

Las horas como matutinas pasadas con Sandalio, la tenían como alborotada, y tanto, que la Tata, acabó por gritarle:

—Véte pa casa e tu Taita!

—Pero máma!

—Si te la pasas dándome vueltas y ya me tienes borraha!

—Si voy á hacer.....!

—Qué?

—Chibato!

—¿Pa está gastando?

—Pero si se van á podrir los cocos!

—Hacelo pues, y déjame en paz!

Y la muchacha, viéndose libre del constante aguijón de la Tata, tomó solfcita por el atajo del conuco. Nadie como ella para dar con el fruto más hermoso! Al través del yucal, saltando como una ardilla fué á dar entre los surcos del maizal espigado, y allí á dos pasos, tropezó con la pródiga anyama, desparramada y frondosa, la que, avara de su enorme fruto, lo oculta al favor de las redondas hojas siempre verdes. Dentro de la tupida hojarasca, denunciada por alguna próxima velluda flor amarilla, descubrió una á su gusto, tan pesada de grande que sólo con cuatro de ellas bastaría para cimbrar al viejo burro cano subiéndolo las cuevas del Aguare. De vuelta al rancho la descuartizó, y puso las tajadas á sancochar; después comenzó á pasarlas por el colador: goticas de oro iban cayendo en la calma y tersa superficie del blanco zumo de los cocos, preparado de antemano en una olla, tiznada por los constantes besos de las rojas llamaradas de las chamizas. Ni un alifio olvidó Juana-Vicenta: ni sobra de dulce, ni escasez de anís. Gracias á sus cuidados, en pocas horas el chibato quedó tan de gusto, que, al volver del trabajo los muchachos, alguno por el olor se fué derecho á la cocina, y, la ya vaciada olla, con el dedo dejó limpia de toda raspadura.

* * *

Tordos, capanegras y viuditas recogíanse presurosos á los mogotes, y á la diáfana claridad de los cielos, sobre el lejano azul purísimo, solitaria, se iba alzando la estrella de la tarde, blanca como las nicuas y los gajos florecidos del soberbio urape.

En la cocina, reunida la familia, sirvióse la comida, y en religioso silencio se daba fin á la ración, cuando de pronto, allá, en el tranquero, rebuznando, llegaron los burros de Sandalio. El viejo Pantaleón soltó el plato y le salió al encuentro, y después de correr las varas y de preguntarle por la venta, le invitó á tomar un trago, ofreciéndole á la vez un plato de carotas con cecina.

—Tío! No puedo complacerlo, balbuceó Sandalio.

—Guá! muchacho! No es la primera vez que comes con nosotros.

—Pero, no puedo tío!

—Entonces, el trago.....

—Y chibato—dijo Juana-Vicenta desde la puerta de la cocina.

—Bueno, prima, pá complacete.

—Arrímate pue, Sandalio! gritaba el viejo Pantaleón, mientras la muchacha corría á la cocina en busca de alguna cosa.....

Rojos son los racimos del moral de bejuco antes que el sol con dilatadas caricias los haya sazonado; pero rojas, más rojas todavía las mejillas de Juana-Vicenta, cuando sirvió á Sandalio un plato bien repleto de la oliente golosina..... Al más leve ruído, se llenan de temblores los nerviosos potros; pero temblorosas, mucho más temblorosas aún las manos de Sandalio, al tropezar con las de la fresca y vigorosa

muchacha; por eso fue que de sus dedos trémulos se escapó el criollo manjar, entre el reír escandalosamente franco de la familia. Todo por querer ocultar lo que sabían de viejo los saltones y cuchicheaban los grillos entre las altas hierbas.

* **

A pleno sol, repentinamente, se aglomeraron inmensos nubarrones plomizos en el cielo; de sus fúnebres senos saltaban culebreando líneas de rojos y azules contornos, en medio de la brusca sonoridad de los truenos perdidos en el vasto cielo del trópico. La tierra exhalaba todo el ardor de sus entrañas, apenas humedecida por los gruesos goterones recientes; negros garrapateros guarecíanse presurosos en los más espesos mogotes; por todas partes, misteriosos ruidos, resquebrajaduras de hojas secas bajo los vientres blanquecinos de los grandes matos verdes; crujir de gajos en medio de la bronca ensordecedora de los vientos encauzados en los canchilones de la sierra.

En la quebrada, las mujeres muy de prisa comenzaban á recoger la ropa; y sacando Juana-Vicenta la de sus hermanos, la restregaba sobre una peña, sin dar oídos á las voces alarmadas de las lavanderas. Restregaba sin cesar é introducía la pieza en el agua corriente, y la retorecía al sacarla sobre sí misma y la echaba en el montón de la batea.

Aguas crecidas del Aguaré; ventolinas que venís de lejos, decidme: ¿qué espera Juana-Vicenta en la quebrada, bajo un negro cielo que parece echarse sobre la tierra?

La muchacha sólo mira hacia las bocas del Aguaré; su rostro resplandece de alegría! Alguien viene quebrada arriba..... Es él, Sandalio! Ya está cerca. Trae arrollados los pantalones más arriba de las rodillas y en una mano las alpargatas de colores....

—Juana-Vicenta!

—Sandalio!

Si las temerosas lavanderas no hubiesen abandonado el sitio, habrían tenido hilo bastante para estarse destejiendo, todo el año, la madeja de la murmuración. Tal fue el regocijo de los muchachos al verse el uno junto al otro.

—Anda Vicenta,—decía Sandalio, arrastrando la batea fuera del agua—mira que nos coje la creciente, pues la llovizna arrecia en las cabeceras.

Dábase prisa la muchacha en recoger la ropa, cuando de repente se precipitaron impetuosas las aguas de la quebrada, atropellándolo todo, roncando como un monstro, rompiéndose en borbotones y espumarajos al chocar contra los peñascales. Apenas tuvieron tiempo para ponerse fuera del alcance de las aguas, cuando ya toda la comarca aguareña se había convertido en un solo torrente. Tras de relámpagos y truenos que parecían ir saltando de pre-

cipicio en precipicio, gruesos chaparrones de agua doblegaban los empinados maizales; engendrábanse turbios manantiales donde antes florecía el yuca y la negra caraota, enredada sobre sí misma, se envolvía en guirnaldas de morados pensamientos. Masas de cerro desplomábanse al abismo, entre ruidosos sacudimientos, como si la serranía entera tambaleara sobre sus estribos graníticos.

En el fondo del barranco, los muchachos iban cediendo terreno á las aguas de la quebrada, salidas de madre; sus inmensas olea-

se iba abriendo la flor del alma en Juana-Vicenta, y al anterior desasosiego sucedíase dulcísimo abandono.

* **

Las aguas volvían á su cauce estrecho; por el cielo despejado corrían nubecillas ligeramente grises; los árboles semejabán vestir nuevas hojas de un verdor más tierno; la tierra fresca y oliente, como rejuvenecida, llamaba á la vida. Juana-Vicenta y Sandalio, con rostros en los cuales la felicidad resplandecía, iban camino

del rancho, y detenidos á cada paso por los vecinos, recibían sus saludos con la dulce placidez de las buenas almas. El uno al lado del otro soñaban despiertos, así como sueñan, en su sana juventud, los muchachos del trópico. Cuando Juana-Vicenta oía á Sandalio, lo escuchaba plácidamente, pues sus palabras se le filtraban en el alma, suaves y cariñosas, como cosas de viejo conocidas: todas aquellas voces gratas las había sentido en medio á los rumores de la selva, en alguna tarde diáfana, bajo un cielo gloriosamente azul, en la nube, en el aire, en el gajo florecido, en el tremolar de las espigas que brotan enhiestas en los manchones de silvestres espadillas.

* **

Ya había cerrado la noche, y la familia sentada á la puerta del rancho, á la rojiza luz del candil, escuchaba de boca de Sandalio, cómo Ovejón el de los cortos y merinos cabellos, amarillos como el azufre, se las había para convertirse en negro humillo, ó en chispeante guarataro, ó en haz de seca leña, cuando de cerca le asediaban los comisarios.—A la cárcel—decía Sandalio,—una vez llevaron á Ovejón, y á media noche sintieron ruido los soldados en su calabozo; pero sólo vieron una araña peluda subir por la húmeda pared.

—Jesús!—exclamó la

Tata, santiguándose.

El viejo Pantaleón se rascaba detrás de la oreja, y los muchachos, echándola de valentones, reían de miedo. Juana-Vicenta, desde el quicio de la puerta, oía como enmudecida: para élla no había más que Sandalio en la tierra; oyéndole pasaría toda la vida, adormecida y feliz. ¿Acaso los turpiales, cantando sin cesar en la rama que sostiene el nido, no embelesan á la vistosa compañera?

* **

Aunque Sandalio no se acercaba al rancho de sus tíos, sino cuando algún negocio especial lo llevaba á él, por eso no dejaba de ver á Juana-Vicenta, ni de estarse con élla sus buenos ratos sentados, allá en la quebrada, sobre el tronco carcomido de un viejo sauce, colgándose las piernas hasta las aguas; charlando quieto, remirábanse en el agua corriente, como enamorados de sí mismos, abandonábanse el uno en los brazos del otro, como lirios de una misma cepa á un solo tallo unidos. Se amaban



OPHELIA

das rompíanse sobre el último palmo de tierra cedido, en medio de los gritos lastimeros de Juana-Vicenta y los saltos de jaguar acorralado de Sandalio, arrastrando de breñal en breñal á la muchacha. Perseguidos, amenazados siempre, lograron aislarse en una obscura grieta, tupida de bejucos. Ya en salvo, sonreían ante el recuerdo del peligro pasado y tiritando de frío se buscaban el uno al otro, como dos pichones ateridos, como á los troncos llenos de savia las parásitas perfumadas.

Allí Sandalio trataba de consolar á Juana-Vicenta; y ella, intranquila y llorosa, no deseaba sino estar con los suyos. Pero, ¿la tierra no se estremece al primer chubasco? ¿A las caricias del sol, no cuaja el grano que dormita el sueño de la vida en los senos misteriosos de la coa? ¿No abre á sus besos el brujido estuche de oro muerto donde guarda corales, cundeamor, y no se encienden los rosales y las mejillas morenas á sus soplos de fuego? Pues bien, á las caricias de Sandalio,

como Dios manda, buenamente, como el azulejo á la rama más alta, como el lagarto al sol, como la tierra sedienta á la gotita de agua.

* * *

Una mañanita, cuando se esponjaban todos los botones al sol, y la sana alegría del vivir, comenzando en el trinar de las aves, llegaba hasta el hombre, acariciadora y persuasiva, como diciéndole "toma tus herramientas y vete á la montaña: el guayabo salvaje aguarda tus golpes de hacha" Sandalio, el enamorado Sandalio, se presentó en el rancho de sus tíos, terciada sobre el ancha espalda la carabina y hosco el ceño, bajo el sombrero de amplias alas.

Algo grave debía sucederle, para presentarse tan de mañana cargado de todas sus armas. A sus bruscos "buenos días" el viejo Pantaleón, que asentaba el filo de su machete en una piedra, se lo quedó mirando como perplejo. ¿Qué ha sucedido, Sandalio? exclamó de pronto.

En aquél instante, el viejo evocaba todos los recuerdos de su juventud; se veía en el muchacho: como él, una mañana había trocado la chícera por la carabina, y dejando las lomas perfumadas del Aguaré, se había ido lejos, muy lejos! Siempre lo mismo: la eterna revolución! Como si á la tierra le fuera necesaria ración de sangre cuando se están las cosechas desgajando en las matas. Se daba cuenta cabal de la guerra: robados sus animales; pudriéndose la cosecha en el suelo; sus muchachos huyendo; el rancho saqueado por todos! "Dime, Sandalio, dime" insistió el anciano.

—Ya se lo voy..... mi tío.

Nó, nó! La guerra, sobrino! ¿Crées tú que sacas mucho con eso? Que te maten y te roben los animales! Pa nosotros el chopo y el plan, y pa ellos.....?

El viejo conocía toda la injusta y trágica historia. ¿A caso hoy, el siervo venezolano ignora la faena siniestra de los señores! Por eso hierve y rebosa en su seno la onda prolífica de no tardías reivindicaciones! Todo lo despreciado será enaltecido. Del seno de las madres no saldrá más "el carne de cañón," así como del numen del poeta no surgirán más himnos sino para la tierra amada y las muchachas hermosas.

—Nó, mi tío—replicó Sandalio—lo que tengo que decir es en familia.....

Y toda ella lo rodeó. En los semblantes paseábase el asombro. Con las bocas abiertas aguardaban sus palabras. Juana-Vicenta temblaba de miedo; ella, como su padre, había creído que Sandalio cogiera el monte. No se daba otra cuenta de la guerra, sino que Sandalio se quedaría en una loma, lejos, muy lejos de élla, para siempre, y como contaba su padre que habían quedado muchos, para festejo del insaciable zamuro.

—Tío—por fin dijo Sandalio—¿qué guerra! La única guerra es que unos cuantos vagabundos, junto con el comisario, me fueron á matar, y me han macheteado todo el cafetal!

—Pues da parte á la autoridad!

—Pero si usted lo sabe muy bien, mi tío: el Jefe Civil está tibio conmigo por la esbarrancá del pollino.

—Entonces no hay ná que haceré, sobrino.

—Sí. Eso es: dejáme matá.

Pero, evita, hombre!

—Que evite? Por eso es que estamos así, en este país; porque si el Jefe Civil quiere comprá todo el maíz pá él, y el cafeito también...! Caramba! ni esclavos! Todo el año trabajando pa que él tenga caballo, y si nó, lo sacan á uno en limpio!

—Pero, hijo ¿qué va á hacer uno en estos montes?

—Pues..... No dejáse matá!

—Pues bien, esa es cosa tuya.

—Por eso vengo casa de usted: pá que me preste los muchachos!

—Si estamos sacando yuca!

—Yo lo acompaño después, tío: usted sabe que el trabajo con gusto rinde.....

—Bueno, Sandalio; pero no te vayas á exponer por cuatro matas.....

—No, tío; yo quiero que me acompañen po que si algo sucede le avisen corriendo.....

La familia toda callaba. De nuevo la Tata siguió rayando yuca. Juana-Vicenta respiraba á todas sus anchas; los muchachos, como resignados, iban tras de Sandalio, y el viejo Pantaleón asentaba su machete sin atreverse á mirar á su mujer. Estaba lleno de contento. —¡Caramba! Si no era la guerra! exclamaba sonreído, dándole vueltas á la hoja sobre la piedra.....

* * *

Quando se acercan las cosechas, y en ruidó estalla, en el frondoso guamo, el nidal de los pericos, la culebra tigre se viene presurosa y del nidal se adueña. Pero, al chillar de los recién nacidos, acude la madre diligente, y después de lucha vana, revoloteando sin cesar, desconsolada, la pérdida lamenta del caro albergue de su cría y sus amores. En la risueña juventud, cuando para todo hay un canto en nuestras almas, se llega de improviso el infortunio y amarga el regocijo, así como al alegre nidal de los pericos sorprendió la voraz culebra. La desgracia, de pronto, plegaba sus negras alas sobre la espaciosa frente de Juana-Vicenta. Esta, creyéndose morir, enloquecida de desesperación, clamaba sollozando:—¡Virgen del Carmen! ¡Santo Cielo! ¿qué me hago!..... A la virgen prometía sus pendientes de oro, su cruzcita de plata, flores y humildes velas con que alumbrar y embellecer el altar; todo cuanto puede ofrecer á la divinidad misericordiosa una humilde muchacha del campo, sin más tesoro que el inmenso tesoro de su amor. Desesperábase: el viejo Pantaleón la mataría! La Tata, allí en el monte se lo contaría todo. "Oye—le diría—todo el mundo lo sabe!" Sí, se lo diría muy claro: los muchachos se besaban mientras ellos dormían la siesta.....

Sosteniendo entre ambas manos la ardorosa frente, gemía la pobre niña, como sus hermanas las soy-solas en los tupidos carrizales. No veía, en su honda pesadumbre, otro refugio que Sandalio, así como en las noches de invierno el menudo gusanillo de luz, refulgente como una migaja de oro, es la única claridad que vislumbra el viandante y lo guía sobre la tierra oscura. La desventurada, en cuanto cerró la noche, dejó el rancho, ataviada con el liquiliqui y los pantalones de uno de sus hermanos; amarrado sobre la nuca el de madraz, bajo el sombrero de cogollo de amplias alas, con el machete de rozar en la diestra, cual efectivo peón conuero, de esos que llevan siempre, en los labios, aires nativos.

Larga era la caminata. Chabasquín arriba, se estaba el plantío de Sandalio, en la cuesta más pendiente, por lo que bebía más sol en el verano y mejor se empapaba en el invierno.

Iba tan de prisa Juana-Vicenta, que en la obscuridad de la noche, al pasar por los ranchos vecinos, las mujeres, al ver su sombra manchando el resplandor rojizo del candil, se santiguaban, cual si fuese un alma en pena, y los perros, al salirle al encuentro, se resolvían gruñendo á echarse cerca de sus amos. Atondrada, llevaba en la cabeza tantas cosas que decirle á Sandalio, como cocuyos parpadeaban en la masa borrosa de la sierra. A veces se sentía tentada á retroceder; pero era tanto el miedo á sus padres, que emprendía de nuevo la carrera, perseguida por la inquietante fantasmagoría de su exaltada imaginación. Sobre las lomas, veía la lucanita errante, que

el pueblo llamaba la luz del "Tirano Aguirre"; tras de sí sentía pasos y apretaba el andar, y no era otra cosa que el viento susurrando en los olorosos membrillales. En los troncos, en las sombras, le parecía estarse Ovejón en acecho, y si algún aguaitacamino dejaba en la calma serenidad de la noche flotar su seco grito, se le oprimía el corazón, creyendo háberseles con alguna bruja voladora.

Quando se vió cerca del rancho, emprendió á correr, sin hacer caso de los ladridos de los perros, y al llegar á la puerta comenzó á golpearla con el machete, á la vez que con voz enronquecida llamaba á Sandalio.—"Sandalio: abre. Soy yo!" A tales golpes y voces los de adentro respondían mañosos: "Da tu nombre y te abriremos!"

A tanto llamar, sus hermanos, que aún no habían dejado de acompañar á Sandalio, vinieron á abrir, armados de sus machetes, tambaleándose de miedo; pues creían háberseles con la enemiga gente del comisario. Despacio y con sigilo entreabrieron la puerta, pero de repente, tras un fuerte empujón, se precipitó en el interior Juana-Vicenta, sin cuidarse de la resistencia que le oponían los de adentro, hasta dar con Sandalio, en el extremo de un corredor, á la puerta de su cuarto, quien, ya en guardia, con la carabina acomodada en el hombro y los ojos puestos en la mira, á la agonizante luz del candil, con voz cavernosa en la que se traducía el pánico de que estaba poseído, le preguntó por dos veces consecutivas: ¿quién eres? ¿qué quieres?—Ya lo diré á tí solo, en el oído" respondía la voz ronca de la muchacha. Y ella se abalanzaba al mismo tiempo con los brazos en alto, resuelto y persuasivo el gesto.

Retrocédía Sandalio, y ella, viéndose seguida de cerca, acosada por sus hermanos, se tiró hácia Sandalio, como para echarse al cuello en amorosa caricia; pero el infortunado, dilatada la pupila por el terror, desconociéndola en el traje varonil, le gritó: "¡párate!" y halando del gatillo de la carabina, salió un relámpago, y cayó tendida la pobre niña sobre el pavimento, arrancada para siempre á los goce de la vida, en mitad del apogeo de los amores de su juventud, destrozado el exuberante seno, en cuyas fresas la erica de los campos se hubiera emborrachado de amor.....

—"Me has matado"—exclamó la desventurada, mientras Sandalio, reconociéndola, le preguntaba anhelante: ¿Vives? Respóndeme! ¿Vives, mi vida?..... Pero ¿qué buscas aquí, con ese vestido?.....

—Y me lo preguntas! contestó ella con voz apagada, y prosiguió murmurando entre suspiros de agonía: "Quería, mi hijito..... quería quedarme aquí... contigo... los dos solitos para toda la vida".....

Y la muchacha, así como se mueren dulcemente las nucas besadas por el sol, se moría sonreída y tranquila en los brazos de Sandalio, entregándole su alma enamorada con la última caricia de su boca.....

¡Oh! lomas perfumadas del Aguaré!..... cuestras altas de Chabasquín, donde casi salvaje crece y fructifica el oloroso membrillal, y nunca faltan duraznales en flor! El más hermoso de tus frutos se desprendió de la rama sin que la acusosa hormiga, ni el locuaz azulejo llegasen á descubrir si se hallaba en sazón.....!

L. M. URBANEJA ACHELPOHL.





ABSTRACCIÓN

TENTACIONES



RA el momento en que debía entregarse con todas sus fuerzas á la realización de su más divino sueño de artista. Tenía que poner, muy pronto, manos en la obra, porque ya empezaba á ser mucho el tiempo malgastado en cosas vanas. Es cierto que su reputación la envidiaban amigos y enemigos: grande y pura, la había conquistado con el esfuerzo más generoso de su inteligencia, transformado por la pluma en novelas, cuentos, versos, primorosas flores de arte. Pero versos, cuentos y novelas eran cosa

baladí, desecho despreciable, comparados con la idea entrevista en un instante supremo del espíritu, con la obra excelsa, apenas tímida esbozada, escondida en el cerebro como yacimiento de oro en la tierra profunda.

Esa obra era la única, según él, que podría fijar su reputación en materia dura y perenne, bronce ó mármol. La había ideado en la ocasión de su primer triunfo. Al principio fue una sombra muy vaga; luego, en la sombra empezaron á marcarse líneas y puntos claros. Desde entonces no pasaba un solo día sin que la visión del libro futuro no llenara su mente, una vez por lo menos. Casi sin que la voluntad interviniera, la idea iba creciendo y madurándose poco á poco. Durante las horas de vagar y en el silencio de la meditación, el pensamiento, desocupado en apariencia, trabajaba, reunía materiales, precisaba contornos, repartía colores, hasta no faltar, con los años, sino la circunstancia oportuna para que el artista, con un solo esfuerzo de la atención, arrancase de las propias entrañas la obra palpitante y viva.

Sin duda alguna, el momento había llegado. La plenitud de la inteligencia requería una labor grande y noble. Con treinta años á la espalda, el escritor, impaciente, comenzaba á divisarse, en el porvenir, encorvado por la vejez y olvidado de los hombres.

La circunstancia era, además, propicia: algo maltrecho de salud, estaba obligado á retirarse por algunos meses á la soledad y el silencio de los campos. Y puesto á buscar, halló un rincón apacible y hermoso, así como lo deseaba él, una villa coquetona, entre el follaje medio oculta, cercada de jardín, vestida de enredaderas. Alegre y discreta, parecía llamada á esconder bajo el espeso cortinaje de sus enredaderas en flor, no las tristezas y luchas íntimas del célibe, sino las alegrías del amor sano y feliz, el idilio de los amantes que huyen del mundo para mejor quererse. Y en efecto, al nuevo inquilino dijeron que muchas parejas de recién casados le habían precedido en la villa, de suerte que muchas lunas de miel habían bañado con su luz perezosa y tibia aquellos contornos, y muchas veces, en el jardín, por entre los rosales florecidos, había pasado cantando la blanda música del epitalamio voluptuoso.

El pedazo de jardín que separaba la casa de la carretera estaba sembrado de rosales. A pocos pasos, á la izquierda, se alzaba una casita de aspecto ruinoso, deshabitada. Lejos, á la derecha, se divisaba la iglesia de una aldea. Enfrente, á algunos metros del camino, brillaban los rieles de la vía férrea. El profundo reposo del paisaje era sólo interrumpido por el paso del tren. Cuatro veces al día, pasaba un tren silbando, bufando, dejando caer entre la hierba una que otra chispa, manchando el azul del cielo y el verde-azul de la montaña

con su columna de humo blanquecino, semejante á un largo jirón de niebla. Ningún sitio mejor, por su tranquilidad y silencio, para que todas las bellezas, ocultas en el alma, aparecieran en toda su esplendidez y se transformaran en materia de arte.

Con cierta fruición deliciosa pensaba el artista en el momento en que daría principio á su trabajo, y mientras llegaba ese momento se daba al más absoluto descanso. Toda su actividad se reducía á algunos paseos por los alrededores. Muy de mañana, se iba siguiendo las veredas que limitan ó cruzan los sembrados, siguiendo las cercas llenas de maleza, en el seno de la cual abren las campanulas sus grandes ojos curiosos, empapando su cuerpo en la frescura y fragancia de aquel rincón de tierra besado por los primeros soles de mayo, para traer, de vuelta á casa, una sensación cada vez más intensa de bienestar y alegría.

Insensiblemente la salud recobraba su vigor primitivo, y con la salud volvían antiguos deseos, aspiraciones y sueños olvidados de la primera juventud, de esos que exhalan un suave olor á vino y rosas. Sin que el escritor lo advirtiera su individualidad se modificaba en sus más profundas raíces. Las nuevas energías, nacidas en su organismo regenerado por la vida campestre, eran la causa de esa modificación. Pero esto no se le reveló sino durante su primer esfuerzo intelectual, ó más bien durante la fatiga que siguió al primer esfuerzo.

Una noche, después de recogerse en sí mismo y de encauzar con mucho cuidado y tino sus ideas, empezó á escribir. Al principio, todo fué muy bien, pero al primer tropiezo, á la primera dificultad, se encontró de improviso con la pluma ociosa en la mano derecha, la frente apoyada en la otra mano, y los ojos en la pared como distraídos, ó absortos en la contemplación de cosas muy lejanas y confusas. En realidad, la atención continuaba tan firme como antes, pero con rumbo y objeto distintos. En vez de empeñarse en vencer el obstáculo y continuar la página interrumpida, se abandonaba á la tarea grata y fácil de renovar anteriores reflexiones. Ese día, en la mañana, había empleado algunas horas en registrar todos los escondrijos de la villa, y su curiosidad lo llevó á descubrir, escrito muchas veces en las paredes de una habitación, tal vez en otro tiempo alcoba nupcial, un

nombre de mujer seguido de expresiones amorosas, buenas y dulces. Un amante ingenuo se había complacido en grabar, como en testimonio de su amor obscuro, el nombre de la adorada.

Tal descubrimiento le hizo pensar en los novios que, meses atrás, habitaron la villa, y fingir la existencia que esos novios pudieron llevar, entregados al goce pleno del amor, en aquel sitio casi ignorado de las gentes. Entonces, las palabras, leídas primero con indiferencia, por lo que tenían de vulgares y muy viejas, tomaron para él un sentido mágico. Su fantasía de poeta y de joven reconstruyó mil escenas de transportes apasionados y de arrobos castísimos, vio por donde quiera proyectarse la sombra de abrazos locos ó interminables y levantarse el rosal, todo púrpura, de los besos ardientes.

Por la noche, al quedarse con la pluma ociosa en una mano y los ojos distraídos, como absortos en la contemplación de algo remotísimo, fantaseaba lo mismo que durante el día, imaginaba las caricias, los arrebatos de pasión y los suaves deliquios que habían presenciado seguramente aquellos muros. Evocando una por una las ternezas de los novios, llegó á forjar una visión turbadora, como las visiones de placeres y amor que atormentaban de vez en cuando al solitario de La Tebaida, visiones aun más temibles para el pobre cenobita que la ronda nocturna de las hienas.

Todas las noches siguientes, á la misma hora, se reprodujo esa visión, cada vez con un hechizo nuevo y con igual fuerza de seducción y hermosura. Como esos lugares que la credulidad y el miedo pueblan de aparecidos, así la villa, á ciertas horas, llenábase de sombras y espectros amables, de fantasmas rosados y azules, espíritus errantes de caricias que fueron.

En realidad, el escritor que había llegado maltrecho de salud y ansioso de calma, no era idéntico al que, víctima de tentadores espejismos, esforzabase inútilmente por enlazar dos palabras, tornear una frase ó acabar un período. En el seno del mismo hombre se habían encontrado de repente, uno frente á otro, dos seres distintos, de ideales opuestos: de un lado, el artista orgulloso que habita cumbres; del otro, el hombre vulgar que siente de un modo intenso la vida, de sangre fuerte y pasiones ásperas; de un lado, el artista que no acepta cadenas, lazos ni tiranías, que ve en la mujer tentación y esclavitud, no toma de ella sino lo que puede convertir en frase hermosa ó verso armoniosísimo, ni tiene más querida que la gloria; del otro, el hombre vulgar que se forja gustoso cadenas muy pesadas, lo busca todo en el amor de la mujer y en la mujer cree hallar goces, consuelo y apoyo, como si no fuera frágil caña, según dice *La Imitación*; de un lado, el artista que anda siempre



LA MUSICA

tras lo original, en persecución de la belleza oculta, de la forma rara, y vive en los dolores y alegrías, hondos y nobles, del que crea; del otro, el hombre vulgar que se contenta con placeres fáciles y no aspira sino á hacerse de un puésto en el banquete y á que sea abundante su ración de pan y amor.

Entre esos dos enemigos irreconciliables trabóse una lucha desesperada y sin tregua. Seguramente el segundo habría alcanzado la victoria, fortalecido como estaba por la misma vida de campo que lo había hecho renacer y por la fuerza de la visión turbadora, nacida de los recuerdos de amor que llenaban la villa. Pero el artista previó los resultados de la lucha y, antes que esperarlos, decidió tomar la retirada, ó más bien ponerse en fuga. Los recuerdos de su vida galante comenzaron también á torturarlo, y la tenaz compañía de esos recuerdos contribuyó á convencerlo de que mejor trabajaría por su ideal artístico y más tranquilo y solo podía hallarse en medio á la multitud de las ciudades que en la soledad y el silencio de los campos. Y cierto día, después de haber pasado una noche en la que padeció como nunca, una noche en que el viento remedó hasta la perfección, agitando enredaderas y rosales, quejas de voluptuosidad y música de epitalamios, emprendió camino hacia la ciudad distante, llevando consigo los mil deseos nacentes del hombre rebustecido en una vida sencilla y primitiva, llevando consigo su gran bagaje de ensueños, ilusiones y propósitos irrealizables, y la obra excelsa entrevista en un instante supremo del espíritu, la obra excelsa tímidamente empezada, todavía informe y misteriosa, escondida en el cerebro como yacimiento de oro en la tierra profunda.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

Durante los días que por influjo de los invisibles genios del mundo pasó Tchouang-Tsen, bajo un cielo verde, entre floridos arbustos, sauces y bambúes, tenía la costumbre de pasearse, forjando sueños, por aquellas comarcas donde vivía, sin saber cómo ni por qué.

Una mañana que vagaba á la ventura por las floridas laderas de la montaña de Nam-

aquella en que se ven florecer las plantas á las caricias solares. La igualdad absoluta de las tumbas los consuela ó los desespera según estén inclinados á la serenidad ó á la melancolía. Cuentan, sin embargo, para distraerse con una multitud de dioses rojos y verdes que resucitan muertos y ejercen la magia.

Pero Tchouang-Tsen, que pertenecía á la secta orgullosa de los filósofos, no imploraba consuelos á los dragones de porcelana. Paseando así el pensamiento por las regiones de ultra-tumba, se encontró de pronto con una dama joven, vestida de luto, es decir, con una larga túnica blanca de tela burda y sin costuras. Sentada cerca de una tumba agitaba un abanico blanco, sobre la tierra todavía húmeda que la cubría.

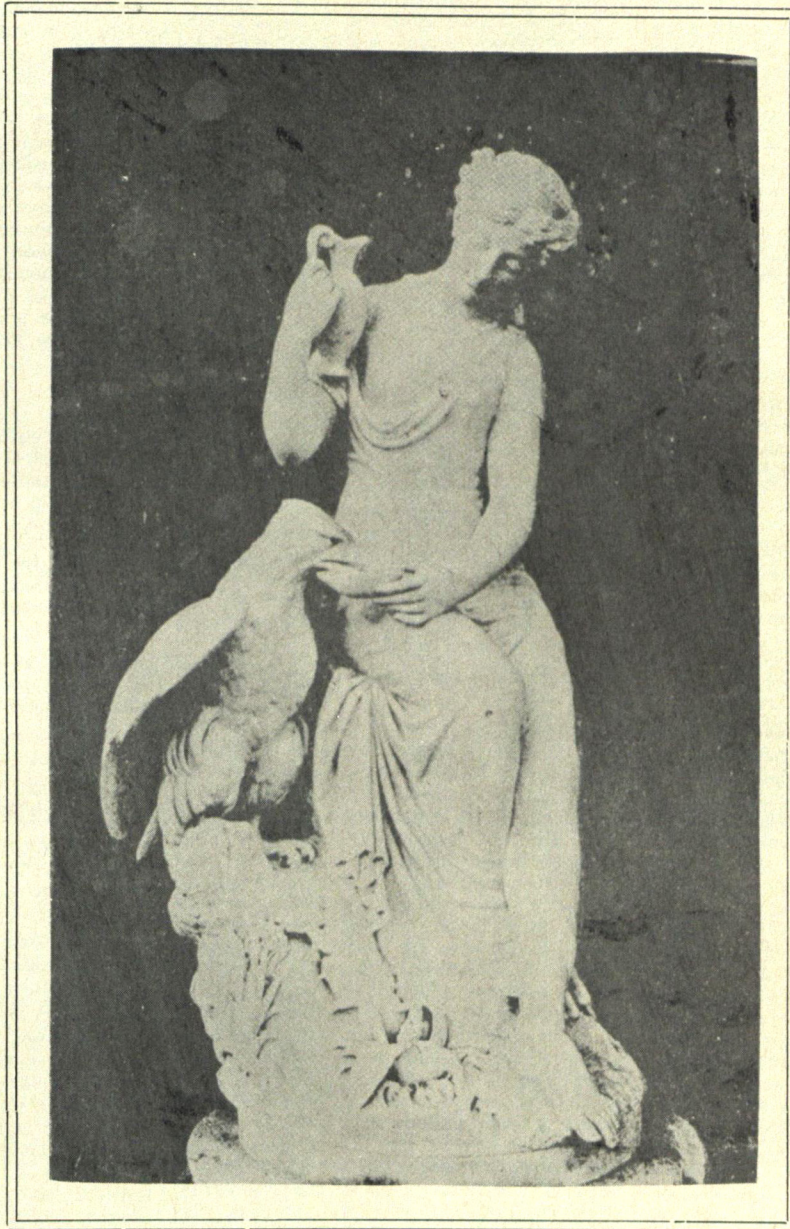
A Tchouang-Tsen le pareció curioso investigar los motivos de aquella extraña actitud y saludando á la dama cortesmente le dijo:

—“Me permitiréis, señora, que os pregunte quién es la persona que reposa en esa tumba y por qué tomáis tanto empeño en soplar sobre la tierra que la cubre? Soy un filósofo que investiga la causa de las cosas, y esta es una que escapa á mi penetración.

La dama seguía agitando su abanico: sonrojándose, y bajando la cabeza murmuró algunas palabras que el Chino no entendió. Y en vano reiteró por varias veces su pregunta; porque la dama parecía no cuidarse de él; diríase que toda su atención y toda su alma estuviesen fijadas en la mano que agitaba el abanico.

Tchouang-Tsen se alejó á su pesar. Aunque sabía que todo en este mundo es vanidad, su carácter lo inclinaba á analizar los móviles de las acciones humanas y particularmente en la mujer; este sér le inspiraba una malévola curiosidad. Proseguía lentamente su paseo volviendo de cuando en cuando la cabeza para ver el abanico que seguía agitándose en el aire como el ala de una enorme mariposa, cuando de pronto, una vieja, cuya presencia había pasado inadvertida, llamóle la atención haciéndole señas de que la siguiera. Signióla hasta la sombra que una tumba más elevada que las demás arrojaba en el suelo, y ella le dijo:

—Os he oído hacer á mi ama una pregunta á la que ella no ha contestado; pero yo satisfaceré vuestra curiosidad con la esperanza de que me daréis en cambio algo con que



HEBE

LA DAMA DEL ABANICO BLANCO

RA Tchouang-Tsen, natural de Soung, un erudito letrado que, había llevado su saber hasta el menosprecio de las cosas percederas; y como buen Chino al fin no creía en nada que fuera eterno. Cifrabá su mayor satisfacción en la conciencia que tenía de no haber incurrido en los errores de los hombres, afanados por adquirir riquezas y honores.

Y bien íntima y profunda debía ser esa satisfacción que lo poseía, porque después de su muerte fue proclamado como hombre feliz, digno de ser envidiado.

Hon se encontró de pronto en medio á un cementerio, donde según los usos del país, yacían los muertos bajo pequeños montoncitos de tierra.

Tchouang-Tsen, á la vista de las innumerables tumbas que se extendían hasta el horizonte, meditó sobre el destino de los hombres:

Ved aquí! se dijo el término donde acaban todos los caminos de la vida.

El que una vez ha tomado sitio en el mundo de los muertos, no vuelve á la luz.

Esta idea no tiene por cierto ninguna novedad pero ella resume y compendia la filosofía de Tchouang-Tsen y la de todos los Chinos. Estos no conocen sino una sola vida,

comprar á los sacerdotes un papel mágico, para prolongar la vida.

Tchouang-Tsen sacó de su bolsa una moneda y la vieja habló en estos términos:

“La dama que habéis visto al lado de la tumba es la señora Lu, viuda de un literato de nombre Tao que después de una larga enfermedad murió hace quince días, y esa tumba es la de su marido.

“Ambos se amaban tiernamente. Agonizante ya, Tao no se conformaba con la idea de abandonarla, y la consideración de que iba á dejarla en el mundo, en la flor de su edad y de su belleza, le era completamente insoporrible. Pero tuvo al fin que resignarse pues era de carácter suave: su alma se sometió voluntariamente á la necesidad.

“La señora Lu, llorando sin cesar á la cabecera del lecho de Tao, al cual no había abandonado durante toda su enfermedad, ponía á los dioses por testigo de que ella no lo sobreviviría, y que así como había compartido su lecho, compartiría también su sepulcro.

“Pero Tao le dijo:

—“No juréis eso.

—“Pero al menos si os sobrevivo, respondió ella, si los Genios me condenan á seguir viendo la luz cuando ya vos no la veréis, sabed que jamás consentiré en ser la mujer de otro, y que así como no tengo sino un alma no tendré sino un esposo.”

—Pero Tao, le dijo:

—“Señora, no juréis eso tampoco.

—“Oh! esposo mío; dejadme jurar al menos que durante cinco años después de vuestra muerte, no consentiré en casarme de nuevo.

—“Pero Tao le dijo:

—“Tampoco juréis eso; prometed solamente permanecer fiel á mi memoria, en tanto no se seque la tierra que cubrirá mi tumba.

—“Y la señora Lu, lo juró solemnemente. El bueno de Tao cerró los ojos para no abrirlos más. La desesperación de la viuda pasó los límites de lo imaginable. Lágrimas ardientes quemaron sus ojos, rasgábase con las uñas la sonrosada piel de sus mejillas. Pero todo pasó y el torrente de aquel dolor inmenso fue disminuyendo poco á poco. Ya al tercer día de la muerte de Tao el dolor de Lu se había hecho más humano. Supo que un joven discípulo de Tao deseaba presentarle el testimonio de la parte que tomaba en su duelo; y ella creyó con razón que no podía eximirse de recibirlo, y lo recibió suspirando. El joven era elegante, de bella figura; hablóle un poco de Tao y mucho de ella; díjole que era encantadora, que él sentía que la amaba; ella se lo dejó decir todo y él prometió volver. Y esperándolo la señora Lu se ha sentado cerca de la tumba de su marido, donde la habéis visto y donde pasa todo el día tratando de secar con el soplo de su abanico la tierra que la cubre.”

Cuando la vieja terminó su relación, el sabio Tchouang-Tsen se dijo:

—La juventud es corta; el aguijón del deseo da alas á los jóvenes. Y después de todo, la señora Lu es una persona honesta que no ha querido violar su juramento.

Hé aquí un ejemplo digno de ofrecer á las mujeres blancas de Europa.

ANATOLE FRANCE.



LA EPOPEYA DE UNA CINGARA



El sol caía á plomo sobre la ancha carretera uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le prestase sombra ó un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra: hé aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y de frescura en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrojos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno, que abrasaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios; y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos á un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios, para extraer el jugo que generosamente le ofrecía. La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la elbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y emmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa; la pobre criatura pudo ser bella, pero de su belleza no queda más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños, que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo á la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios á impulso de internos dolores, y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de cingaras, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De donde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la habían amenazado con golpearla, á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha ante el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La cingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres hijo mío?—murmuró dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed...; me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño.—¡Me muero de sed!...

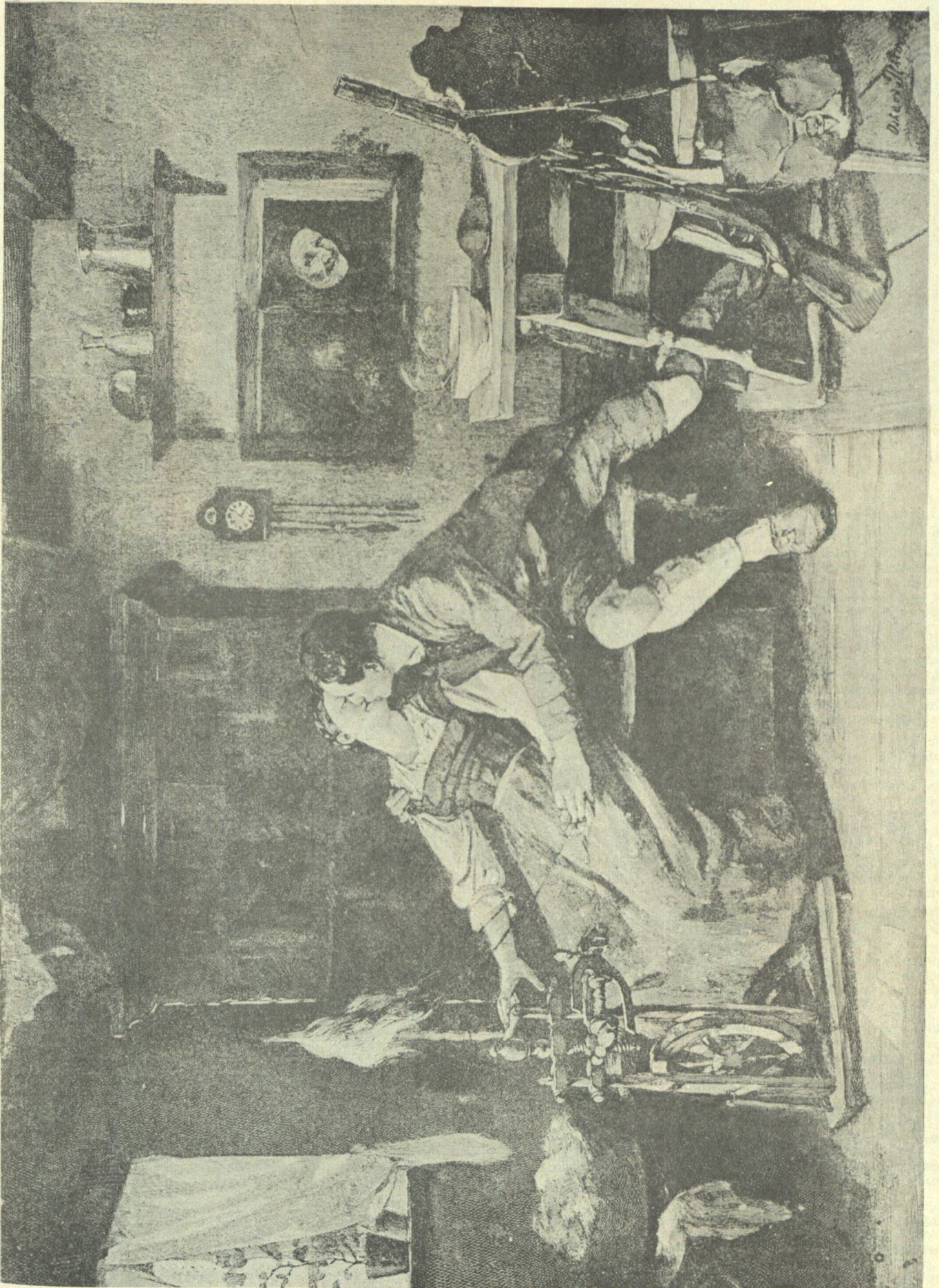
Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió ensollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia; y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; ¡nada!, no encontró nada. Aquella tierra sedienta parecía decir á la cingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: “¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¿Qué se muera de sed como yo!” Y la cingara abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡no puedo darte nada! ¿Dónde voy á encontrar ahora agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto la cingara sonrió, con una sonrisa de esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella



SECRETO AMOR. — O. von Pistor



EUTERPE

puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dio vuelta á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vio con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto, pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido: la cingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron á la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acertó distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huír; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la cingara contemplando á su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso pufetazo sobre el hocico del mastín.

Este dio un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La cingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca, y cayó de espaldas. Los dedos de la cingara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la cingara no hizo caso; dio con el pie al cadáver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abriéndola por los rayos del sol, acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua ¡bebe, hijo mío!

JOAQUÍN DICENTA.

EL BOTÓN DE ROSA

(POR ARMAND SILVESTRE)

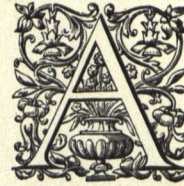
Hace muchos días que miro en mi jardín un botón pálido, cuyos pétalos semejan alitas de pájaro que tiene frío, y que espera el momento de marchitarse como las hojas todas del salvaje rosal en que nació: hojas que caen como lluvia helada sobre él. Desde que le vi, me vi tentado también de arrancarlo para ofrecérselo á la que amo. Después pensé que esa flor moribunda agonizando en la melancolía del Otoño era muy poco digna de su triunfadora belleza. Sin embargo, ese botón pálido, le hubiera dicho mejor que yo, que á sus pies ha de deshojarse mi último pensamiento y que una rosa inmortal florece siempre en el jardín oculto de mis sueños, una rosa cuyas raíces están en el doloroso fondo de mi alma. Y algo íntimamente fraternal llora en mí, al contemplar la desesperada agonía de las flores moribundas, brotadas muy tarde para gozar de la gloria de las esplendideces primaverales y semejantes al amor tardío, que cuenta menos las felicidades verdaderas que el inútil tesoro de los placeres perdidos.



NARRANDO UN CUENTO. — Cuadro de Normand

TEITAN EL SOBERBIO

—
CUENTO DE LO POR VENIR
—



las grandes nacionalidades que respondían á razones estratégicas, á los accidentes geográficos y al origen de raza, siguieron las confederaciones continentales, y á éstas, tras largas y terribles guerras, la unidad política de nuestro planeta, en el cual la rapidez de las comunicaciones y la asombrosa facilidad de los medios de transporte habían producido en el transcurso de muchos siglos la unidad de lenguaje.

Prodigiosos fueron los adelantos obtenidos en el orden material; pero ni las ciencias sociales, ni el arte de gobernar, ni los principios de justicia y equidad, aplicados á la administración pública, progresaron en manera alguna. Habíanse ensayado todas las formas de gobierno, y los pareceres andaban todavía discordes sobre cuál era la mejor; sometidas al terreno experimental las teorías de las diferentes escuelas socialistas, desde el individualismo anárquico hasta el Estado omnipotente, reconstituíase la obra social según los antiguos planos; buscaba la humanidad el perfeccionamiento de sí misma, menospreciando el auxilio de las creencias religiosas, y sucumbía víctima de su propia flaqueza. Leyes, gobiernos, instituciones, organismos políticos y sociales; todo pudo cambiar, transformarse ó reaparecer; pero la naturaleza humana seguía inmutable á través del tiempo.

**

Rayaba el centésimo siglo, y era rey de la Tierra Teítan el Soberbio, (personificación del Estado-Dios), quien tenía á su servicio los inventos más peregrinos y extraordinarios que concibió el genio de la ciencia y perfeccionó la actividad incansable de la industria.

Inmensas redes de alambres telegráficos y telefónicos y de cables subterráneos y submarinos cruzaban en todas direcciones, y el Monarca universal regía al Mundo con un ejército de electricistas, al cual estaba confiado el resorte más poderoso del Gobierno: el espionaje.

Cubiertos los techos y paredes de los edificios y los pavimentos de las calles y caminos de millones de micrófonos, en comunicación con el Ministerio de Policía, los sonidos, por distantes que fuesen, llegaban á él y se imprimían en aparatos *telefonográficos*; mientras que innumerables cámaras oscuras transmitían por medio de *teletiscopios* las imágenes lejanas que reproducía en colores, con fidelidad y exactitud notables, la *telefotografía*.

Hasta en los aereostatos y en los *aereociclos*, vehículos muy comunes, había aparatos dedicados al espionaje, en los cuales quedaban estampadas las vibraciones del aire y de la luz.

Nunca el azote de la tiranía castigó en tan alto grado á la especie humana, ni nunca fue ésta más digna de lástima. Una palabra equívoca, pronunciada acaso en el seno de la intimidad ó involuntariamente proferida en sueños, registrada por los misteriosos confidentes *telefónicos*, bastaba para que los esbirros del Rey, apelando á la electrocución, se convirtiesen en verdugos de un ciudadano.

Enormes minas, cuyos hornillos encerraban materias explosivas, superiores á la dinamita, extendíanse en el subsuelo de las poblaciones, y el tirano, por medio de hilos eléctricos que comunicaban con su palacio, tenía al alcance de la mano la parcial ó general ruina. Merced al terror y al monopolio de la electricidad, era dueño del orbe: las nobles conquistas y portentosos triunfos de las ciencias físicas sobre la materia habíanse convertido en serviles instrumentos de opresión y esclavitud.

Tan inmenso poder, que nunca tuvo mortal alguno, no saciaba, sin embargo, la hidrópica sed de ambición de aquel soberano, sin rivales, ni émulos, ni vasallos rebeldes, ante quien muda se postraba la humanidad entera.

Quería algo más; y fatigado de este pensamiento, abatida la frente, cruzados los brazos, torvo el ceño y despidiendo llamaradas por los ojos, paseábase á grandes trancos por el salón del trono de su palacio de Teitanópolis.

Era la regia estancia de colosales proporciones é incomparable magnificencia: de malaquita el pavimento, de jaspe las paredes y de oro purísimo las columnas. En los adornos de las basas, capiteles, entrefijos, cornisamento y zócalo campeaban, formando artístico conjunto, la esmeralda, el rubí, el diamante y otras piedras preciosas. En las amplias bóvedas, cuyo atrevimiento acusaba la presencia del ligero y resistente aluminio, apuró el arte pictórico los más peregrinos encantos de la ficción.

Vefanse á un lado los juegos olímpicos: caballos á escape, tendido el cuello, erizadas las largas y copiosas crines, abierta la roja nariz, rebelde la boca al freno, arrastraban en medio de nubes de polvo, ligeros carros, sobre los cuales apostos mancebos, con la fusta al aire, sueltas las riendas, los ojos descajados, inclinada la cintura y el ardimiento en el corazón, proclamábanse victoriosos del espacio.

En otra parte se presentaba un circo romano: sobre la arena, bañada por la luz meridiana, aparecían grupos de cristianos arrojados á las fieras; un atleta medio desnudo, descubriendo la exuberante musculatura de sus brazos, la rigidez de sus piernas que oprimían la tierra, y la corpulencia del belludo pecho, desafiaba, con noble y varonil ademán, á un arrogante león que parecía subyugado por la mirada fascinadora de su víctima; una tierna doncella, elevadas al cielo las brillantes pupilas, aguardaba

de hinojos, en místico arrobamiento, la palma del martirio; una matrona que, cubierta de mortales heridas, caía desplomada y convulsa, apretaba al pecho al hijo pequeñuelo, como si intentara, con las últimas gotas de su sangre, prolongarle la vida; un sacerdote de venerables canas

el movimiento de las olas del Océano; torres Eiffel de aluminio de mil metros de altura con basamento aislador, cuyo objeto principal era recoger, aprisionar y acumular la electricidad atmosférica; y colosales espejos ustorios, tan grandes como montañas, los cuales seguían el curso aparente del Sol, y reflejando sus rayos, caldeaban el ambiente durante los rigores del invierno para convertir á éste en apacible primavera.

Pero lo más admirable de aquellas artísticas ficciones era que, merced al ingenioso mecanismo del cinematógrafo, las figuras todas se presentaban á la vista con su natural movimiento: hasta las hojas de los árboles parecían agitadas por el aire.

Teitán el Soberbio, con visibles señales de impaciencia, proseguía á grandes zancadas, su paseo por aquel grandioso y magnífico recinto. De pronto, no pudiendo frenar la cólera, sacudió un látigo eléctrico que tenía en la mano, y brillando al extremo del mismo una centella, se oyó un ruido sordo y prolongado, como de trueno, que retumbó en las espaciosas y dilatadas naves del palacio.

A breve rato abrióse una ventana sobre la cornisa del salón y asomó un anciano, caballero en una aereo-bicicleta, quien bajó pausadamente describiendo una espiral, y apeándose de la máquina, que quedó suspendida en el aire á un palmo del suelo, fué á arrojarle á los pies del Soberano.

— Señor, — dijo con voz sumisa y apagada, — ¿qué manda Vuestra Cósmica Majestad?

— Niketes, — contestó Teitán, sentándose en el trono y dirigiendo una mirada altanera al recién llegado, — te llamé porque no quiero que abuses más tiempo de mi paciencia. Todo cuanto existe en el orbe y en sus recónditas entrañas es mío: la tierra, los mares, y los seres que los pueblan: hasta los fluidos que la inteligencia humana arrancó á los misterios de la Naturaleza y convirtió en dóciles instrumentos de su voluntad, dependen sólo de la mfa. Mi poder es tan grande, que

cuanto existe sobre el mundo que habitamos existe por mi beneplácito. Tengo en mi mano la destrucción del género humano... ¿qué digo? hasta de nuestro planeta, pues bastaría un acto de mi voluntad para que reventase como una granada y, convertido en millares de asteroides, perturbara el ordenado movimiento de los astros. Todos los hombres se postran á mis plantas y me rinden culto; pero ¿de qué me sirve su servil sumisión, averiguar sus acciones y conocer sus palabras, incluso las pronunciadas en el seno del hogar y en sueños, porque las paredes son confidentes míos, si carezo del medio de escudriñar sus pensamientos? ¿De qué me sirve el dominio de las manifestaciones externas si mi acción fiscal no alcanza á la mente? Soy el rey de la materia y quiero serlo

como si el artista, después de presentar la apoteosis de la fuerza animal, se hubiese propuesto hacer la de las fuerzas naturales avasalladas por la ciencia y la industria, admirábanse en otro lugar cuadros gigantescos representando aerostatos que, movidos por poderosas y ligeras máquinas, surcaban el espacio; obras hidráulicas ciclópeas destinadas á utilizar como motor



DANIEL EN LA CUEVA DE LOS LEONES

también del espíritu. No me basta saber lo que los hombres hacen y dicen: quiero inquirir lo que piensan. «Debajo de mi manto al rey mato,» dice un antiguo refrán, y quiero averiguar si tengo vasallos capaces del regicidio en su fuero interno. El castigo ha de alcanzar hasta á la intención cobarde é impotente que se esconde en lo más recóndito del cerebro. ¿Has encontrado por fin el procedimiento de dar completa satisfacción á mi voluntad, ante la cual se estrella lo imposible?

—Señor,—respondió Niketes,—no descanso noche y día: he logrado descubrir el aparato; pero es tan imperfecto aún, que me atrevo á pedir á Vuestra Cósmita Majestad se digne concederme breve plazo para completar mi obra.

—¡Jamás! jamás!—exclamó Teitán montando en cólera.—Si dentro de treinta horas no terminas la máquina á entera satisfacción mía, con este látigo eléctrico, símbolo de mi realeza, te daré la muerte! Vé y trabaja sin levantar mano, que mañana por la noche quiero hacer por mí mismo la prueba de tu nuevo invento.

* * *

Al siguiente día, cerrada ya la noche (y digo noche porque el Sol había traspuesto el horizonte, sustituyéndole enormes focos eléctricos que iluminaban el espacio con la claridad de aquél), recibí Teitán en privada é íntima audiencia á Niketes, su ingeniero de Cámara.

—Señor,—dijo éste, entregando al Rey una especie de casco de aluminio,—en cumplimiento de las celestiales órdenes de Vuestra Cósmita Majestad, tengo la honra de poner en sus divinas manos el fruto de mis desvelos y vigillas, al cual he dado feliz cima y remate, bautizándole con el nombre de *epistemógrafo*.

—¡Qué me place!—exclamó el tirano.—Nombre sonoro y significativo, refractario á la comprensión del vulgo, y tormento de la lengua de la plebe! Prosigue.

—Después de profundos y detenidos estudios descubrí que, así como las vibraciones del aire dejan huella permanente en el papel de estaño del fonógrafo, cuyas rayas reproducen los sonidos, los fenómenos mentales dan lugar en las células del cerebro á vibraciones nerviosas, que quedan grabadas en la parte externa del cráneo. Merced al aparato de mi invención, estas manifestaciones cerebrales externas se transforman en sonidos, y por ellos se puede descubrir, á voluntad del operador, no sólo lo que piensa una persona, sino también lo que pensó en época determinada.

—Voy á hacer la prueba por mí mismo,—dijo Teitán.

Y se puso el casco de aluminio.

—¿Qué pensamientos desea Vuestra Cósmita Majestad que reproduzca el aparato?—preguntó el sabio.

—Los primeros en cuanto tuve uso de razón,—contestó el Monarca.

Niketes oprimió un botoncito que tenía el casco en la parte correspondiente á la cimera, y de una trompeta, parecida á la de los fonógrafos, con que aquél remataba, salió una voz chillona y vibrante diciendo:

«Por qué no matan á mi padre? Yo sería rey.»

Y Teitán, quitándose el casco, quedó largo tiempo pensativo.

De pronto, arrojando el casco al suelo y dándole un latigazo eléctrico que lo hizo trizas, exclamó:

—¡Prefiero ignorar siempre los pensamientos ocultos de mi hijo!

Y volviéndose á Niketes, añadió:

—En premio de tus servicios, vengo en nombrarte *Sabio de Casa y Boca*.

NILÓ MARIA FABRA.



DON JUAN

Es mediada la noche. En el cielo
No hay joyeles de oro y de plata;
Esta noche la sombra desata
Su más tupido velo.
Por el techo eminente un angora
Da esta alegre, gentil serenata:

“Del amor es la mágica hora;
Ven, amada; intranquilas
Mis veladas discurren. Tú sólo,
De brillantes pupilas
Como arenas del rico Pactolo,
Calmarías mis penas, amada;
Abandona el fogón, la enramada
Trepá, al tejado sube;
Que yo mire tu lengua rosada,
Tu piel color de nube.

Ven, es noche de amor; si me quieres
Escucha mis trovas;
Oirás cuentos de lindas mujeres
Adoradas en lindas alcobas:

Al través de una verde persiana
Vi á un doncel que á una dama pedía
No sé qué.—Mas la bella sultana
No lo concedía.

El galán puso mano en el seno
De la bella, y rompida la bata
Vio surgir, de amor lleno,
Dos botones de viva escarlata.
Otro nido: risueña paloma
Al espejo sus carnes admira,
Mientras un mozo entre holandas asoma
Y con líbricos ojos la mira.
Uno, místico, al pie de la cama
Acaricia la cruz que sujeta
Pende al cuello gentil de su dama;
Otro joven, amante y poeta,
Rima un beso en los labios que ama.

Ven conmigo á vagar por el techo:
Del palacio á la humilde buharda
El de oro y el mísero lecho
Cada uno dos cuerpos aguarda;
Ven, deseo tu lomo de raso,
Tu fosfórica vista de estrellas;
Que yo mire, en la sombra, á tu paso
Diminutas y blondas centellas;
Ven, querida, á mi amor como antes,
Yo mire cuál pueblas
Con tu dicha tejados distantes;
Agujeren tus ojos brillantes
Cortinas de tinieblas.

Ven, mi amor, intranquilas
Mis veladas discurren. Tú sólo,
De doradas pupilas
Como arenas del rico Pactolo,
Calmarías mis penas, amada;
Abandona el fogón, la enramada
Trepá, al tejado sube;
Que yo mire tu lengua rosada,
Tu piel color de nube.”

Calló el dulce y amable trovista;
Con sus ojos de ciega la noche
Presenció la amorosa entrevista;
Un suspiro de amor, un reproche,
Un murmullo rodó en el ambiente
Y murió en las tupidas ramadas.....

Y Don Juan por el techo eminente
Ya rasgando la sombra silente
Con agudas y verdes miradas.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

PUESTA DE SOL

Bajo el verde dosel del emparrado
Que protegió la siesta bienhechora,
Los nietos en falange decidora
Conquistán al abuelo idolatrado.

Cuenta el viejo con tono reposado
La historia de una bruja seductora,
Mientras con dulce voz arrulladora
Duermes la madre al Benjamín amado.

Del estanque el espejo cristalino
Reproduce con tono mortecino
De la puesta de sol la luz incierta.

Y se deja escuchar, claro y vibrante,
El himno del trabajo que, triunfante,
Un robusto gañán alza en la huerta.

RAFAEL OCHOA.

Madrid.

SERENATA

Enclaustrado ideal á quien adoro,
De frente de marfil y áurea guedeja,
Sál á la ojiva, á donde va mi queja
Volando en alas del laúd sonoro.

Tú eres mi castellana, y yo el rey moro
Que ronda, trovador, bajo tu reja,
Donde la luna pálida refleja
Su corva luz entre platino y oro.

Aunque á la voz del plectro no respondas,
Descorre la calada celosía
Y déjame que al ver tus trenzas blondas

Admire en medio de la noche el día...
Aun el alba está lejos; no te escondas;
¡No es hora de que sueñes todavía!

MANUEL S. PICHARDO.

LA BUENA ESTRELLA

Aquella noche; y ¡cuán lejana está esa noche!
Cayó una estrella en el arroyo. “¿Te imaginas, me dijo, que yo, sin una razón para ello, he caído del maravilloso azul sobre vuestra obscura tierra?” ¡Qué error el tuyo! Yo sabía muy bien que tú pasarías por la calle en el momento mismo de mi caída; y si tú lo quieres, agitando yo mis rayos como si fuesen las plumas de un ala, te transportaré á las regiones divinas de la paz y de la luz. Allá arriba, muy alto, más alto todavía, las realidades de la vida no existen. Eso que vosotros llamáis lo verdadero, jamás ha entristecido los ojos de los astros claros; pero, en cambio, los sueños son los paseantes habituales de las rutas luminosas.”

—“No vacilo, le respondí á la estrella. Despliega tus alas de llamas, arrebatame, llévame contigo, hermosa ave formada de resplandores!”

Al momento la estrella me llevó hacia el país de la quimera y del ensueño. Y desde entonces no he vuelto más á la tierra!

CATULLE MENDÉS

BALADA EN PROSA

LOS TRES VELOS DE MARÍA-BERTA

El primer velo de María-Berta era de un lino más blanco que la nieve; hecho de hilos tan tenues como los que devanan los husos de la Virgen. Bordado por las manos de María-Berta, estaba primorosamente ornado de una guirnalda; flores de seda tan naturales que las abejas las buscaban.

No se puso sino una vez su velo blanco: el día de la primera comunión.

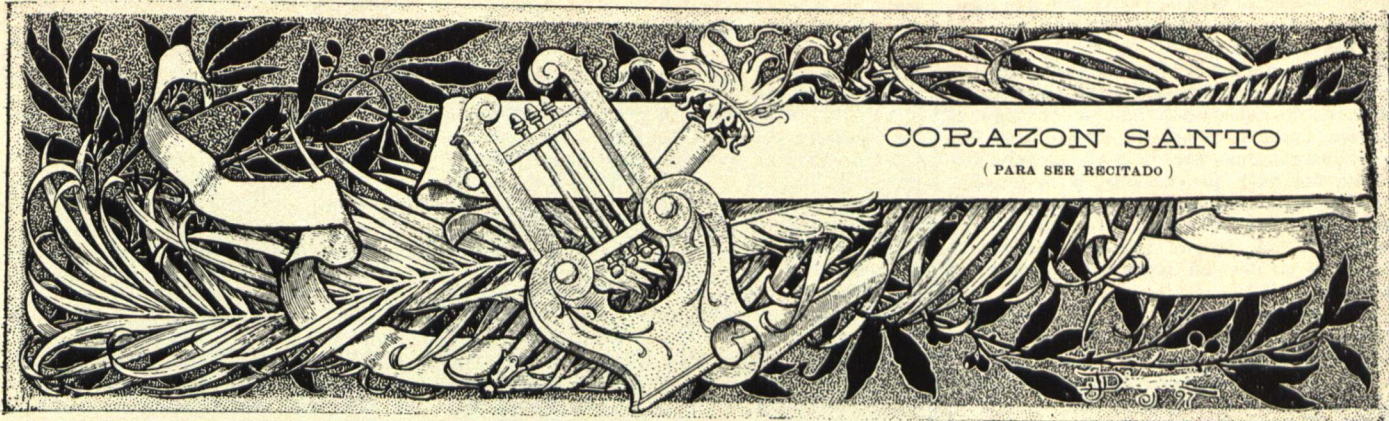
El segundo velo de María-Berta era de lana negra. Lo comenzó á tejer cuando su madre murió; cuando ella quedaba sola en el mundo. Estaba bordado de ramas sombrías, como las del ciprés. María-Berta lo torció con todas sus lágrimas.

Ella no se puso sino una vez el velo negro: el día en que ella se hizo la esposa del Señor, en el Convento del Ave-María.

El tercer velo de María-Berta hecho con un pedazo del azul, bordado de astros, exhalaba los olores del paraíso.

Su ángel guardián se lo dio el día en que ella se fué al cielo.

HENRY MURGER.



CORAZON SANTO

(PARA SER RECITADO)

LODAVIA lo recuerdo y me estremezco. Han pasado tantos años sobre mi frente, tantas tempestades por mi corazón, y me han amargado la vida tantas luchas con la injusticia y el destino, que era de esperarse que el aluvión de las nuevas sensaciones hubiera sepultado en las profundidades de la memoria, para que no reapareciera jamás, el antiguo torcedor que palideció para siempre las alegrías de mi infancia, y marcó mi frente, como sello maldito, con la arruga del remordimiento.

No hay edad para el delito: el niño es responsable; y esta tenacidad del lacerante recuerdo me hace creer que Dios no me ha perdonado todavía.

**

Era el año de 1853. Yo tenía ocho años y era feliz. ¿Cómo no serlo si vivía mi madre, joven, hermosa, sin más objeto en la vida que amar y acariciar á su "pobrecito hijo Alberto" como me llamaba siempre, y dormirme en sus rodillas con un canto melancólico (bendito él!) que brotaba de sus labios tenuemente y con tal expresión de tristeza velada, que parecía venir de profundidades muy hondas, como si su corazón, de donde se exhalaba, se hallase muy lejos; ó como si viniese envuelto en la timidez de la plegaria que desde el antro oscuro de este mundo envía el desvalido mortal á las inaccesibles regiones del infinito.

Era siempre el mismo. Nunca, desde mis primeros años, me había dormido yo bajo las alas arrulladoras de otra melodía. Diríase que en su pobre corazón no había más nota que la de la plegaria, ó que quería amoldar mi espíritu—pienso ya ahora—al sentimiento, al anhelo, á la esperanza que se encerraba en las frases de la melancólica canción.

**

Mi madre trabajaba todo el día mientras yo me entregaba ruidosamente en la casa á los frenéticos juegos de mi edad. Pero mis facultades intelectuales se despertaban ya, y comenzaba á fijar mi atención en varias cosas que antes no interesaban mi pensamiento. Una noche, al acto de dormirme mi madre, interrumpí el acostumbrado canto que principiaba á modular, y le dije:

—¿Qué quiere decir lo que tú cantas? ¿qué corazón es ese?

—¿Por qué me preguntas eso hoy? ¿no te gusta el canto?

—Sí; es muy bonito, pero no lo entiendo, y además...

—¿Qué?

—Que es muy triste, y aunque no lo entiendo, me duermo muchas veces llorando sin que tú lo sepas.

—Entonces no lo repetiré más.

—¿Por qué? si á mí me gusta llorar así.

—¿Qué quieres, pues?

—Lo que quiero es saber porqué es triste, y entender lo que tú dices cantando.

—Es triste, hijo mío, me respondió; porque es la voz de abajo dirigida hacia arriba; porque suenan en él las cadenas de la servidumbre de la vida, agitadas por la esperanza para llamar en su auxilio al libertador de las almas que habita en el infinito.

—Todavía no entiendo, le dije.

—Duérmete, pues.

—No me dices qué corazón es ese?

—El suyo. El de Jesús.

Y me dijo que Jesús quería que le amásemos para ser siempre buenos y felices.

—¿Y cómo se le ama? pregunté.

—Siendo bueno y honrado, amando á todos los hombres, haciendo bien y perdonando á nuestros enemigos.

—¿Quiénes son los enemigos? repuse.

—Los que nos hacen mal. Muchos te lo harán en la vida, Alberto mío; pero tú los perdonarás en nombre de tu madre y del recuerdo de esta noche.

**

Transcurrieron dos años.

Cuando el sacerdote me atrajo á sí y me dijo: "ya no tienes madre, hijo mío, has quedado solo sobre la tierra," me desprendí violentamente de sus brazos y corrí á la alcoba.

Tendida en la cama, vestida de blanco, pálida, muy pálida, con un crucifijo sobre el pecho, apretado entre sus manos rígidas... no vi más...

**

Supé después que de la casa del cura era que me habían llevado á los quince días al Colegio donde me hallaba.

¿Qué tristes los salones de aquella casa! ¿qué soledad tan aterradora! ¿qué desierto de cariño para mi pobre alma entristecida! Noté que los niños que vivían allí, internos como yo, no me querían. Es verdad que estaba débil, enfermo y silencioso; pero más bien por eso debían haberme convidado á sus juegos y consolado con su amistad.

Por el contrario, diríase que hallaban su mayor complacencia en hacerme padecer: ya encontraba una gran piedra bajo mi almohada; ya, cuando estaba durmiendo, me despertaba un proyectil arrojado á mi rostro; otras veces me llenaba los dedos de tinta al tomar la pluma para hacer mi plana; en fin, no había maldad que no idearan para hacerme más infeliz. No podía culpar á ninguno por temor de cometer una injusticia; pero sentía que mi carácter se agriaba, y que experimentaba sublevaciones de espíritu que me llenaban la mente de proyectos infernales que lentamente iban disipándose cuando, asomado á la ventana, oía los cantos religiosos en la iglesia que quedaba vecina al Colegio, y veía entrar y salir con tanta paz á los fieles que asistían á los oficios.

**

Fue una fatalidad que entrase yo una noche á nuestro dormitorio común, horas

antes de retirarnos á dormir, y sorprendiese á uno de los niños vertiendo una jarra de agua fría sobre mi lecho.

—Infame! le grité, ¿conque eres tú quien me persigue? y le dí un golpe en el pecho.

—Cállate, miserable! me respondió, tú no eres digno de vivir con nosotros, porque eres espurio y no tienes padre ni lo has tenido nunca!

Nada pude contestar; quedé estupefacto. Sentí un dolor muy grande en el corazón, se me rompía el pecho de angustia, se llenaron de lágrimas mis ojos y oculté la cara en un rincón, gimiendo y sollozando.

**

Confieso que, entre todos los niños del Colegio, aunque creía tener que sentir de todos, éste me inspiró desde el primer día una aversión profunda, una antipatía insuperable, sentimiento misterioso que es como adivinación sobrenatural que pone la Providencia en nuestro instinto como defensa ó como advertencia salvadora. Flaco, de constitución endeble, hundido de pecho, cejas pobladas y unidas, mirada maligna, gesto sarcástico; no había como sustraerse uno á la repugnancia que inspiraba.

El instinto no se había equivocado.

El dolor de aquel primer momento se convirtió luego en odio desesperado. El rencor hervía en mi pecho como lava de volcán, y llegué á sentir en mi alma el fuego infernal del abroccimiento supremo. ¿De cuántas maneras me vengaba yo en imaginación! Ya ponía bajo su almohada una culebra que le mordiese la boca y los ojos mientras dormía; ya le picaba una vena sin que lo sintiese, para que se desangrara en su lecho y amaneciera exánime; otras veces iba con un tenedor y le reventaba los ojos.... Yo estaba loco.

Guardaba, sin embargo, en mi interior la tempestad que me agitaba, sin dejar traslucir el estado de mi espíritu, y esperaba pacientemente la ocasión de hacer efectiva mi venganza.

Yo había observado que desde esa noche fatal, mi enemigo se había vuelto silencioso y triste, y me miraba con ojos que me parecían compasivos; pero la idea misma de que pudiese tenerme lástima era más bien un nuevo combustible que avivaba las llamas en que yo ardía.

**

Llegó por fin la ansiada hora. No puedo pintar la satisfacción que experimenté cuando, registrando un día mi baúl en solicitud de un objeto que necesitaba, encontré el frasco de un medicamento que, según me dijo el cura, me había recetado el médico para que lo siguiese tomando en el Colegio por escasísimas gotas, pues era un veneno activo con el cual debía tener mucho cuidado.

El destino se hacía mi cómplice. Acaricié el frasco como á un amigo, y leí el rótulo que

decía: Licor de Fowler. Yo no había cumplido con la prescripción facultativa, y ni de ella me acordaba.

La suerte seguía allanándose el camino de mi venganza, al traerme á la memoria el recuerdo de haber visto que mi enemigo, al primer toque de refectorio, sacaba una botella que guardaba bajo la cama, llenaba una copita del licor que contenía, y lo tomaba. Saqué á escondidas la botella y vi que era de vino de quina. Como estaba todavía llena hasta la mitad, juzgué que sería ineficaz la acción de mi licor en tanta cantidad de vino, y esperé.

¡Qué largos me parecían los días de mi expectativa! ¡qué lentamente bajaba el nivel del líquido!

Lució por fin el día en que ya no quedaban para la tarde sino dos dedos de vino. Aproveché el momento en que él se hallaba con los demás niños en clase á la cual yo no asistía por estar más atrasado que ellos, y con

mano firme por la energía del odio derramé el contenido de mi frasco en la botella....

**

Era el primero de junio. La tarde caía, y una lluvia menuda entristecía la atmósfera. Yo respiraba anhelante; la cabeza me ardía y sentía dolor en las sienes como si quisiesen reventar.

Vibró la campana del refectorio, y yo corrí á ocultarme tras del ropero del dormitorio para presenciar mi obra y gozarme en la agonía de mi enemigo.

Llegó... Desde que sentí sus pasos agitó mi cuerpo un estremecimiento frío. Cuando le vi inclinarse para tomar la botella, me golpeé el corazón contra el pecho como si pretendiese ahogarme. Tuve que abrir la boca para poder respirar: la emoción me mataba.

Virtió el licor en la copa.... la llevó á los labios y la retiró.... parecía que vacilaba.

El corazón me cerraba la garganta.... Al fin se decidió y acercó el vaso á la boca.

En ese instante brota en la iglesia vecina un coro de voces infantiles que entonaba el cántico de mi madre:

Corazón santo
Tú reinarás;
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

Dí un grito:

—El perdón! exclamé, sí, sí, madre mía!
El se detuvo espantado. Corrí hacia él, le arrebaté la copa y la arrojé al suelo. Me arrodillé en su presencia desesperado.

—Perdón! perdón! le supliqué bañado en lágrimas.

—Tú eres quien debe perdonarme á mí, Alberto, porque he sido malo contigo!

Nos abrazamos estrechamente sollozando.

—Corazón santo! exclamé, tú me has salvado!

EDUARDO CALCAÑO.

CANTICO DE LA MADRE DE ALBERTO

Co razón santo tú reinarás, tú nuestro canto siempre serás.
Te sus amable, Jesús piadoso dueño amoroso Dios de piedad,
Vengo á tus plantas si tú me dejas, humildes quejas á presentar

¡CÓMO HA DE SER!

(POR M. MORERA Y GALICIA)

Me dices que te mueres porque ha muerto
el ángel de tu amor,
y que ya el mundo es para tí un desierto,
la vida un torcedor;

Que al mirar á través de la que lloras
sin ella el porvenir,
maldices de los días y las horas
que tardes en morir;

Que del mágico edén que el amor crea,
sólo te queda ya
el rincón del osario de tu aldea
en que enterrada está;

Y que allí, ante la fuente de tu duelo,
hallas placer cruel,
con ansias locas de escarbar el suelo
para enterrarte en él.

Ni pides luz al sol, ni al día galas;
y con delirio atroz,
me escribes no sé qué de alma sin alas
de pájaro sin voz.

Para tí el hondo libro de la vida
no tiene más lección,
que el pedazo de tierra removida
que encierra tu ilusión.

¡Esa es la historia eternamente nueva!
pero; cómo ha de ser,

si en plena juventud no hay hijo de Eva
que la sepa leer!

**

Yo sé de alguno,—y á los dioses juro
que es cierto lo que sé,—
que también ha cruzado el antro oscuro
en que tu amor se ve.

Las tardes del otoño, entristecidas,
á la poniente luz,
le vieron sobre tierras removidas
llorar junto á una cruz.

Manchas oscuras de hojarasca yerta,
con débil revolver,
sobre la tierra de la amada muerta
caían sin cesar.

¡Y todo era allí triste!—un alma en duelo,
la hojarasca rúin...
y entre la muerte y el negruzco cielo,
¡la soledad sin fin!...

**

Después, tendió su manto la nevada:
blancura sin igual
que á los rayos del sol brilla irisada
cual polvo sideral.

Y al mirar tan purísima cubierta,
hirióle la ilusión
de que surgía de su amada muerta
la blanca aparición,

Que en un rayo de sol, blanca y alada,
brotando del no sér,
ascendía sin fin, transfigurada
en ángel la mujer;

Porque es cosa vulgar que en todo amante,
aun el más infeliz,
hay algo de aquel fuego con que el Dante
idealizó á Beatriz.

Lo que es que un sér mortal idealizado,
deja de ser mortal...
y en clínica de amor ya está curado
quien ama en lo ideal.

**

Pasó la nieve; y al llegar de Mayo
aquel dulce calor
que cuaja misterioso en cada rayo
una esperanza en flor,

Vio el amante florido el triste osario,
y en torno de la cruz,
cada flor parecía un incensario
de amor hacia la luz.

Y entre flores y aromas y quimeras,
pasando fue ¡ay de mí!
lo que tú pasarás, aunque no quieras,
pues Dios lo quiere así.

**

Las flores que tus manos colocaron
en la adorada sién,
son hijas de las flores que brotaron
en el primer Edén;

Y el ruiseñor que escuchas, ha aprendido
su canto seductor,
del ruiseñor aquél que hizo su nido
junto al primer amor;
¡Y ya ves qué de inviernos han pasado,
qué de centurias van,
sin que haya su belleza abandonado
esta casa de Adán!
Pues así de la vida el breve vuelo
se abate ante el dolor,
sin ver que cada flor que mata el hielo
es germen de otra flor.
De amor nacida y para amar creada,
irá de cruz en cruz
el alma, que es la eterna enamorada
de todo lo que es luz;
Y á cada muerto amor, nuevos amores
su fe despertarán,
y otra vez los divinos ruiseñores
¡sus bodas cantarán!
¿Lo dudas? ¡No lo dudas, que está escrito!...
Pero ¡cómo ha de ser,
si el amor, cuando llora, es un bendito
que no sabe leer!

CRONICAS LIGERAS

ROMPIMIENTOS

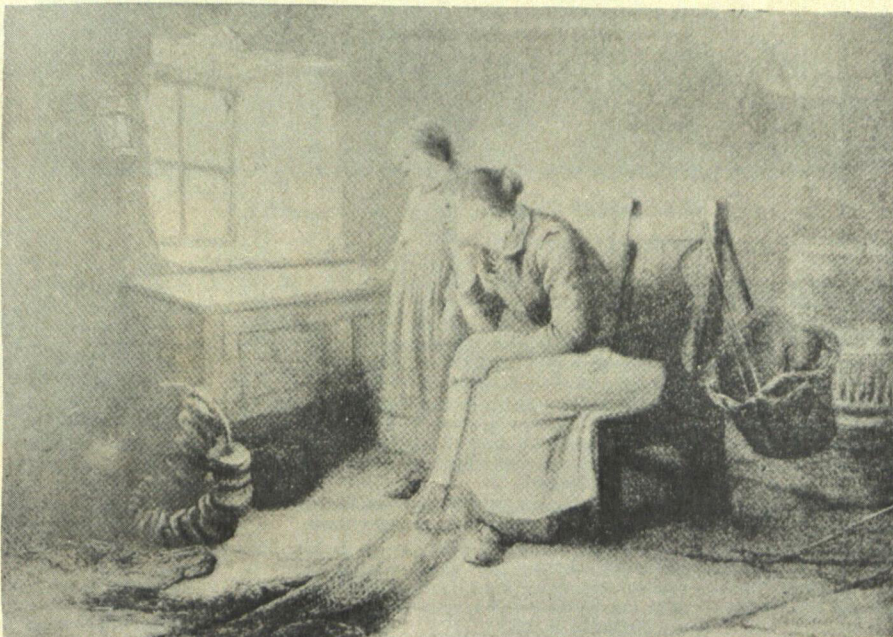
Antesala pobre; pero decente.—Un sofá de junco, sillas y poltronas de lo mismo. En el centro una mesa, y sobre ésta una lámpara de la cual pende, haciendo de pantalla, una bailarina de papel.—Tendida en el sofá, suelta y en desorden la cabellera, desteñido el rostro por el paso de las lágrimas, está una dama joven.—Esparcidos por el suelo malabares y violetas secas, un retrato de mujer, un mechón de pelos, y un paquete de cartas.—A la "cabecera" de la joven, una señora mayor.—Es de día.
—¡Hija de mi alma! ¿Te ha sentado bien la valeriana?
—Nó, mamá. Yo me siento morir.
—Despreocúpate, hija. Esas morideras son de familia. A mí, cuando el pérfido que prece-dió á tu padre me abandonó, me daban seis pa-taletas diarias. ¿Y sabes lo que hacía mi ma-dre? Me metía dentro de la pila.
—¡Qué bruta!
—No, hija. Era una mujer enérgica.
—¡Ay! ay! Ya me va á dar..... Me está dando.
—Huele, hija (acercándole un frasco) huele. El éter es lo mejor....
—¡Ah, canalla! Cómo me ha puesto la mu-chacha!.....
—Huele más, hi-ja..... Pero, ¿qué mo-tivo le habrá da-do?..... Ya vuel-ve..... G r a c i a s á Dios.....
—¿Dónde estoy?
—Con tu madre, hija, con tu madre.... Llora, sí, llora, que el llanto desahoga mucho..... ¡Los pí-caros hombres!..... ¿Qué más querrá él?..... Con aquella nariz de tacón, y aquel empaque.....
—¡Mamá!
—Bueno, hija. No diré más nada. Pero, yo no sé que le encon-traste tú.....
—Recoge esos obje-tos, mamá; y dame ese paquete de cartas.
—¿Para qué? ¿No vas á almorzar?
—¡Almorzar! si yo



REGOCIOS DE UNA MADRE.—Cuadro de Bouguereau

probara un bocado ahora sería indigna de mi dolor.
—¡Bah!
—Tú no sabes lo que es esto mamá.
—¿Yo? ¡Ay, hija! Cuando aquel truhan de Escolástico me..... ¿Vuelves á llorar!
—Este... pen...samiento se lo dí en... el... velorio de..... mi tío Juan.
—Todo fuera carteo y flores hija. Con tal de que no hayas pasado de ahí.
—¿Estás loca, mamá?
—Qué sé yo. Como una también ha sido joven.....
Dichos, y el padre de la joven abandonada, que entra por una de las puertas laterales.
—Gracias á Dios que llegas! ¿Qué te ha di-

cho Rodríguez? ¿qué razones te ha dado? ¿cómo explica su infame conduc-ta? ¿su cruel comportamiento? su.....
—Calma, calma, señora..... Rodrí-guez me ha dicho que ésta (señalando á la desventurada joven) que ésta y que le dijo ó no le dijo, que si le hizo ó no le hizo. Y en fin; que no vuelve más..... ¡Pasar yo por esto!..... ¡Un hombre que peina canas burlado por un mequetre-fe!..... Y la culpa la tienes tú (á su esposa).
—¿Yo?
—Tú, tú. Así son todas las madres. A mí no me gustaba nada el mocito; pero tú te empeñaste en metérselo por los ojos á la muchacha. Como siempre te venía con el regalito por delante: el librito de misa, el rosario de perlas, el paquete de dulces. Y te pasaba la mano, y te daba la razón cuando peleabas conmigo; tú, naturalmente, "Rodríguez á almorzar, Rodríguez á comer; ¿qué desea Rodríguez? ¿se siente mal Rodríguez? Y el señor Rodríguez se ha burlado de los dos.....
.....¡Bribón!
—No le ofendas, papá.
—Calla, hija, calla, que falta lo gor-do..... Lo que eres tú no le has dado á él sino flores (que yo sepa) y ahí las veo en el suelo. Pero á él hay que devolverle..... A ver tú (á la señora) á ver cómo le devuelves el convoy de pla-ta que te regaló un día de tu santo, y la sombrilla aquella que te envió otro día onomástico, y el juego de loza, del cual no queda sino una guisadera des-porbillada, y.....
—Pero es que en estos casos quien devuelve es la novia, nada más.
—La ex-novia. Bueno..... A ver, hija, qué es lo que tenemos que devolver.
—El aro liso, las cartas, el retrato, unos pa-fiuelos con sus iniciales que uso yo, dos reloji-tos de oro, tres sortijas de brillantes, dos pul-seras, un lagartijo de esmeraldas y rubies, un cinturón de metal, un alfiler de cabeza, una peineta.....
—No llores, hija. Adelante.
—Tres abanicos, un portamonedas de oro, un nécessaire, un álbum, un espejo de tres fa-ces, un "boa".....
—Eh?
—Ese es un adorno de mujer.



LA CHOZA DEL PESCADOR.—Cuadro de W. H. Weatherhead

—¿Y las cajas de extracto, y las idem de polvos, y de ja-bón, y de aceite, que han llovido sobre esta casa?
—Pero, hom-b-re (habla la señora) te imaginas que él vaya á reclamar eso?
—No es que lo re-clame, mujer. Es que no hemos debido aceptar.....
—Ya salió el rigo-rista.
—Llámame como quieras; pero.....
—Hombre; como él venía con buenas in-tenciones, y estaba preparándose hacia tiempo para casarse, era natural que le consideráramos como de la familia.
—¿Cómo, eh? Pues tú te explicarás con él, porque lo que soy yo.....
—¡Ay! ay! (la niña) Ya me va á dar!.....

—Los padres á dúo—¡Rufa, valeriana! Rufa, éter! ¡Agua, Rufa!

ESCENA ULTIMA

Cuarto de soltero.—En el centro de éste un joven, en mangas de camisa, lee en voz baja.

—“Cabayero—Le rremito las cartas, el haro, y el retrato de usted que tenía Rosita—Su afeptísima Filomena de Lista.”

—¡Me partieron! Yo que contaba con esa entrada para mi viaje, si es que los acreedores me dejan poner el pie á bordo.

JABINO.

LA HADA DE LOS OJOS VERDES

¡Ay de aquellos que no posean una flor de la hada de los ojos verdes!

I

Era el amanecer de un día de mayo: el mes de las flores, del amor y de las hadas: las tres cosas más espirituales que pueden existir en el mundo; la aurora, como maga invisible, recogía los negros tules en que aparecía envuelto el bosque; los árboles, que en la noche semejaban medroso batallón de gigantes que dormía un sueño agitado, mostrábanse en toda su lozanía cuajados de hojas y de canciones; al pie de uno de estos árboles había un hombre joven vestido de pastor.

Dormía, y su sueño debía ser tan alegre como la aurora de aquel día, por cuanto en su rostro dibujábase una sonrisa. ¿Quién sabe si el amor, el interés ó alguna de esas ocultas ambiciones del espíritu satisficieran éste en la quimérica realidad del sueño?.....

Los rayos del sol naciente vinieron á despertar al joven, el cual, restregándose los ojos, miró en torno suyo, y al verse así, tan sólo, al pie de un árbol, hizo un gesto de asombro.

—¡Todo mentira! balbuceó con acento de amargura.

Y poniéndose en pie, echó á andar por entre el laberinto del bosque; andaba el pastor á paso tardo, la cabeza inclinada al pecho, caídos los brazos: como anda quien se ve bajo el peso de una gran preocupación.

—Sería yo tan feliz! pensaba en voz alta, poco cuidadoso de que los pájaros interrumpiesen sus cantos para escucharle. Si yo poseyera como el amo, una casa, un huerto y un millar de ovejas, podría atreverme á hablar á Marcela, la hija del señor alcalde..... ¡Y sería dichoso, dichosísimo: no me cambiaría por ningún rey ni príncipe, porque el que se case con Marcela puede decir que se casa con la propia felicidad!

Y moviendo tristemente la cabeza continuó:

—¡Pero yo no soy ese!.....¡No podré serlo nunca!..... Soy sólo Pedrín el pastor, y mi vida se ha de pasar apacitando los rebaños de los otros, de los ricos..... ¡Yo siempre seré pobre!

Aquí llegaba Pedrín en sus lamentaciones cuando se detuvo en su marcha, quedóse inmóvil, entre confuso y maravillado, con los ojos muy abiertos.

Motivo sí había para que cualquiera—no un simple pastor—experimentase parecidas turbaciones.

II

Una mujer de peregrina belleza, envuelto su cuerpo en flotante túnica, más nítida que la nieve de los picos de las montañas, coronada su gentil cabeza con una guirnalda y trayendo en la mano una varita de flores, presentóse ante el pastor y con voz suave como eco de dulce risa le dijo:

—¿Por qué te asombras de mi presencia?.....

tos caminos por los que marcha la voluntad hasta encontrar el objeto ó fin que motiva su viaje. Vuestra alma es eterno viajero perdido en el Sahara de la Ilusión; por efecto del espejismo, cree ver oasis, y al cerciorarse de su yerro, si desmaya, muere; si continúa, acaso encuentre un delicioso refugio..... Sé tú perseverante en el camino que te traza tu noble deseo: que jamás se apodere de tí el desaliento..... Y si acaso en algún punto de tu vida lo sintieras, toma esta flor (y la hada arrancó una del ramo que traía en la mano y se la entregó á Pedrín.) Consérvala siempre y vivirás feliz.

Dicho esto, internóse en el bosque, mientras que el pastor—no muy repuesto aún de su asombro—contemplaba afanosamente la flor que le entregara la hada de los ojos verdes.

III

Ya los años han encanecido los cabellos de Pedrín, é indudablemente acertó en su juventud al afirmar que Marcela era la encarnación de la felicidad: tan venturosos han sido los días del matrimonio del pastor y Marcela.

Al conocer esta ventura, comprenderéis cuán rudo fue el empeño del hombre para lograr su fin: tuvo que luchar con su pobreza, con el amor de Marcela y con las vicisitudes inherentes á la vida: ¡venció á todas! Tuvo constancia, no desmayó nunca ni le abatió el infortunio: la vista de la flor de la hada le multiplicaba la energía en la lucha por los ideales de su existencia.

Comprendía Pedrín que era llegada su última hora, y no obstante con sus manos calenturientas apretaba la flor á la cual debía su ventura: la apretaba en la firme creencia de que su virtud ahuyentaría el peligro.

Una noche, la última que el espíritu había de permanecer encerrado en el cuerpo de Pedrín el pastor, exclamó éste con acento que pintaba su angustioso estado de ánimo:

—¡Dios mío, si pudiera yo ver á la hada de los ojos verdes!

Al acabar de pronunciar estas palabras, presentósele la hada tal como él la conoció en el bosque.

Y sentándose al borde del lecho y tomando una de las manos de Pedrín le dijo:

—Es ya hora de que mi hermana la Muerte dé sosiego eterno á tus ambiciones y deseos..... Durante tu vida te he sostenido y alentado en cuanto intentaste realizar..... Ahora esa flor que retienes en tu mano sólo ha de servirte para hacer más feliz tu tránsito al otro mundo.

Pedrín, al oír esto, suspiró, y mirando con ojos extraviados á su interlocutora, repuso:

—Perdona esta curiosidad de última hora: ¿quién eres tú que tanto bien me has hecho en mi peregrinación por este valle de lágrimas?.....

—¡Fíjate bien en mis ojos: ellos te dirán mi nombre!

—¡La Esperanza! exclamó Pedrín apretando convulsivamente entre sus manos las de la hada de los ojos verdes.

ALEJANDRO LARRUBIERA.



ABUELA Y NIETA.—Cuadro de Gebhardt

Y amorosa, fijó sus ojos, que parecían dos esmeraldas heridas por el sol, en el rostro de Pedrín, que al verse así mirado experimentó un consuelo inefable: calmáronse como por encanto las congojas que nublaban su espíritu, y ya sereno, se atrevió á preguntar:

—¿Y quién eres tú, la mujer más hermosa de cuantas he visto en la tierra?.....

—Una hada, á la cual el fatalismo quiso enterrar en una caja terrorífica; mis hermanos son el Sol y la Muerte.

Y al ver que sus palabras arrancaban un estremecimiento al pastor, hubo de advertirle:

—Pero no temas: el Sol, que es la luz, ahuyenta las sombras que produce el dolor, y la Muerte es para el pesar, el consuelo eterno. He oído tus quejas y quiero que las deseches. ¿Tienes confianza en mí?.....

—¡La tengo! afirmó con viveza Pedrín.

—Pues entonces, escucha: todos los deseos de los hombres, todas sus ansiedades son otros tan-

ULTIMO RUEGO

—
 Á LA COMPAÑERA DE MI VIDA
 —

Cuando la Muerte con benigna mano,
 A mi espíritu dé la paz que ansía,
 No pongas en mi tumba, Esposa mía,
 Señal ninguna del orgullo humano.

El Árbol pon, insignia del cristiano,
 A cuya sombra augusta me acogía
 Siempre que en torno de mi sien rugía,
 León hambriento, el Tentador tirano.

Tu cariñosa mano, providente,
 Sobre la tierra esparza frescas flores:
 —Las flores con que orné tu casta frente.

Haz de mi tumba altar de tus amores;
 Y puesto en Dios tu corazón ferviente
 A mi memoria ofrenda tus dolores.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

1897.

DOS TUMBAS

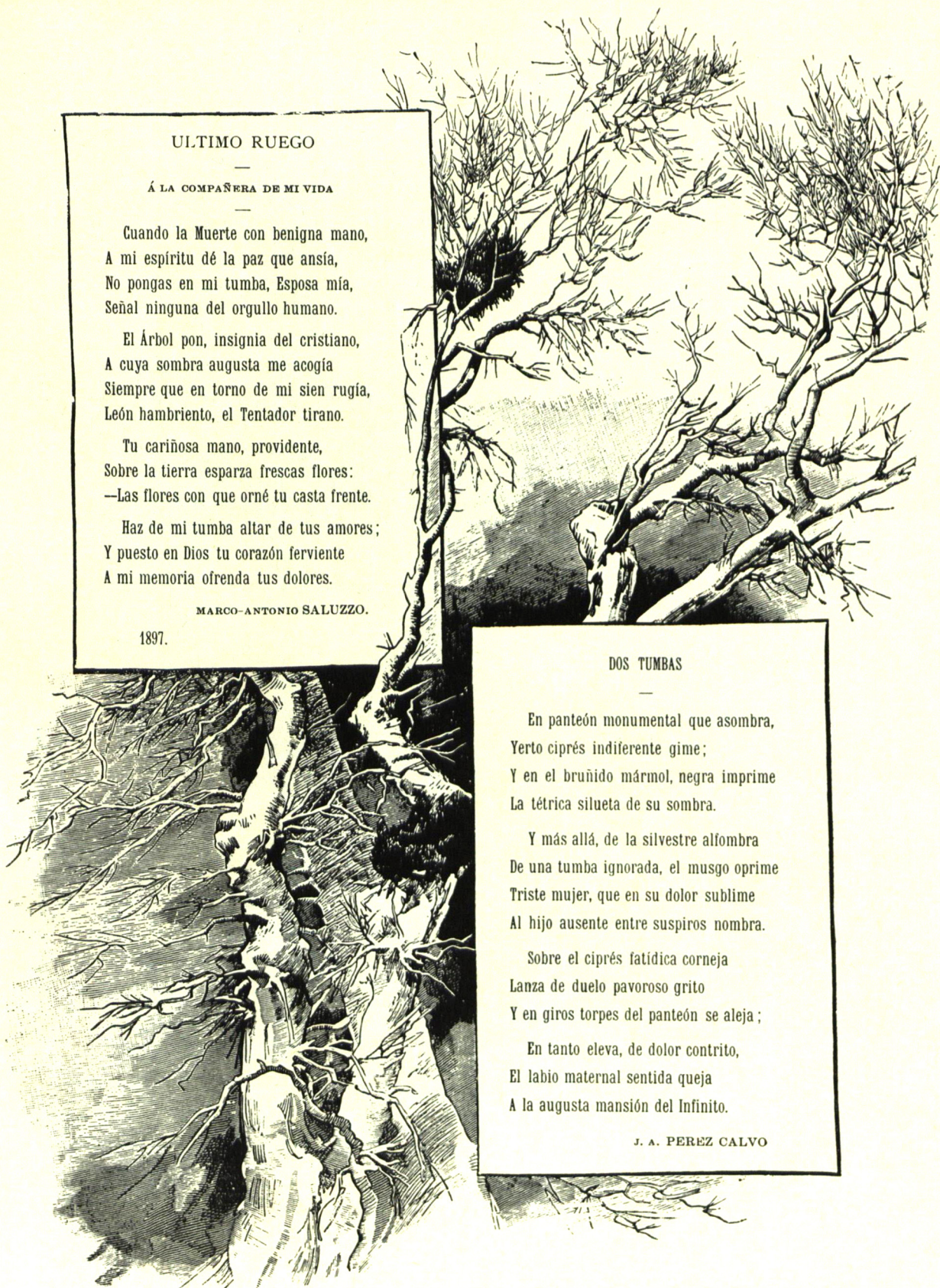
—
 En panteón monumental que asombra,
 Yerto ciprés indiferente gime;
 Y en el bruñido mármol, negra imprime
 La tétrica silueta de su sombra.

Y más allá, de la silvestre alfombra
 De una tumba ignorada, el musgo oprime
 Triste mujer, que en su dolor sublime
 Al hijo ausente entre suspiros nombra.

Sobre el ciprés fatídica corneja
 Lanza de duelo pavoroso grito
 Y en giros torpes del panteón se aleja;

En tanto eleva, de dolor contrito,
 El labio maternal sentida queja
 A la augusta mansión del Infinito.

J. A. PEREZ CALVO



DICHA

Menos duró que el hálito que envía
El alba pura en su fugaz carrera,
Y fuese á la infinita primavera
En que es eterna y santa la alegría.

Mas yo la canto en la floresta umbría,
Para decir al sauce que me espera,
El místico descanso de la esfera
Donde gloriosa la hallaré algún día.

Lejos está de miseros engaños;
Libre del delusorio devaneo
Con que el mundo sin fe mancharla quiso.

Y en horizontes á la tierra extraños,
Cuando la evocan mis tristezas creo
En la luz y el amor del Paraíso.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.



LUZ VESPERTINA

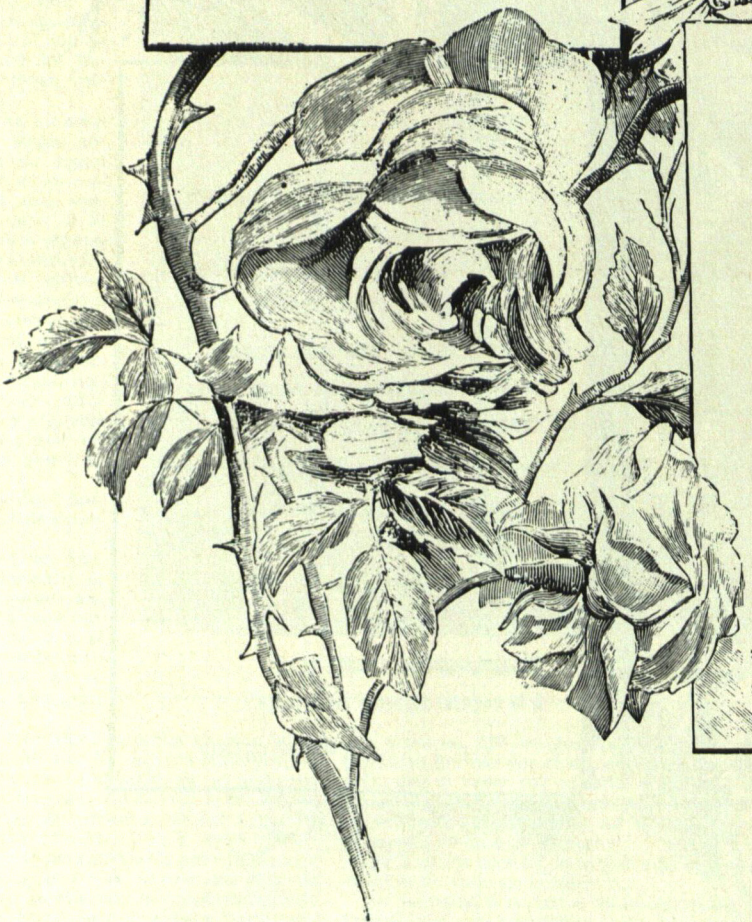
Llega la tarde en sosegado vuelo,
Y en la campiña sin rumor y sola
Los árboles frondosos tornasola
Con la indecisa púrpura del cielo.

Y mientras luce del ocaso el velo,
Y brilla de las nubes la aureola,
Y el pálido horizonte se arrebola,—
En serena quietud respira el suelo.

Adormecen sus pétalos las flores;
El céfiro voluble los encantos
De enamoradas trovas les refiere.....

Pero caen los últimos fulgores,
Y se van fugitivos esos cantos
En la amarilla luz de un sol que muere.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.



A MI HIJA MARGARITA

Encanto de mis ojos, prenda mía,
inefable ilusión de mi existencia,
seráfica beldad cuya inocencia
vierte en mi corazón paz y alegría:

tus ojos son mi ciega idolatría,
y en su vívida luz arde la esencia
de este sagrado amor que en mi conciencia
es la gloria del sol del mediodía.

Eres la miel que endulza mis dolores,
el ideal que enciende mis anhelos,
la síntesis de todos mis amores;

y en medio de mis hondos desconsuelos
me parecen tus ojos soñadores
las dos radiantes puertas de los cielos.

GONZALO PICON - FEBRES.

NUBIL

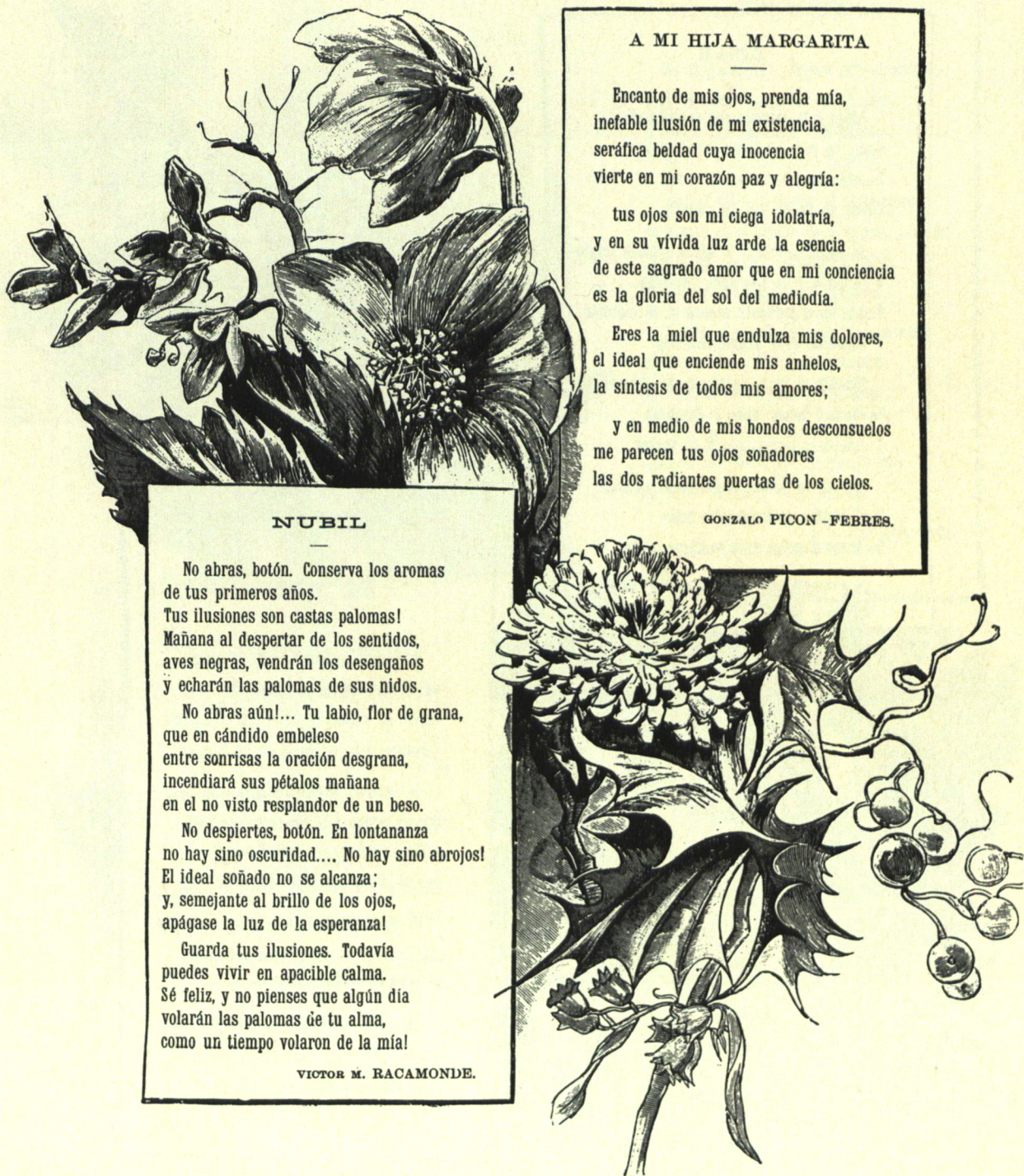
No abras, botón. Conserva los aromas
de tus primeros años.
Tus ilusiones son castas palomas!
Mañana al despertar de los sentidos,
aves negras, vendrán los desengaños
y echarán las palomas de sus nidos.

No abras aún!... Tu labio, flor de grana,
que en cándido embeleso
entre sonrisas la oración desgrana,
incendiará sus pétalos mañana
en el no visto resplandor de un beso.

No despiertes, botón. En lontananza
no hay sino oscuridad... No hay sino abrojos!
El ideal soñado no se alcanza;
y, semejante al brillo de los ojos,
apágase la luz de la esperanza!

Guarda tus ilusiones. Todavía
puedes vivir en apacible calma.
Sé feliz, y no pienses que algún día
volarán las palomas de tu alma,
como un tiempo volaron de la mía!

VICTOR M. RACAMONDE.



CÉSAR

Llega á la margen del sagrado río
César en alas de inmortal victoria:
Ilumina su frente luz de gloria,
Turba su pecho sed de poderío.

Le habla el deber, le adula orgullo impío
Y de Mario y de Sila hace memoria;
Piensa en el porvenir, piensa en la historia
Y vacilante está, mudo, sombrío.

Triunfa al fin la ambición; la ley arrostra;
Se lanza á Roma; sube al Capitolio
Y atónita la tierra ante él se postra.

Mas no le basta; esclavizarla quiere,
Y al escalar el imperante solio
De Bruto al golpe ante Pompeyo muere.

HERRACLIO MARTIN DE LA GUARDIA.

EL POETA

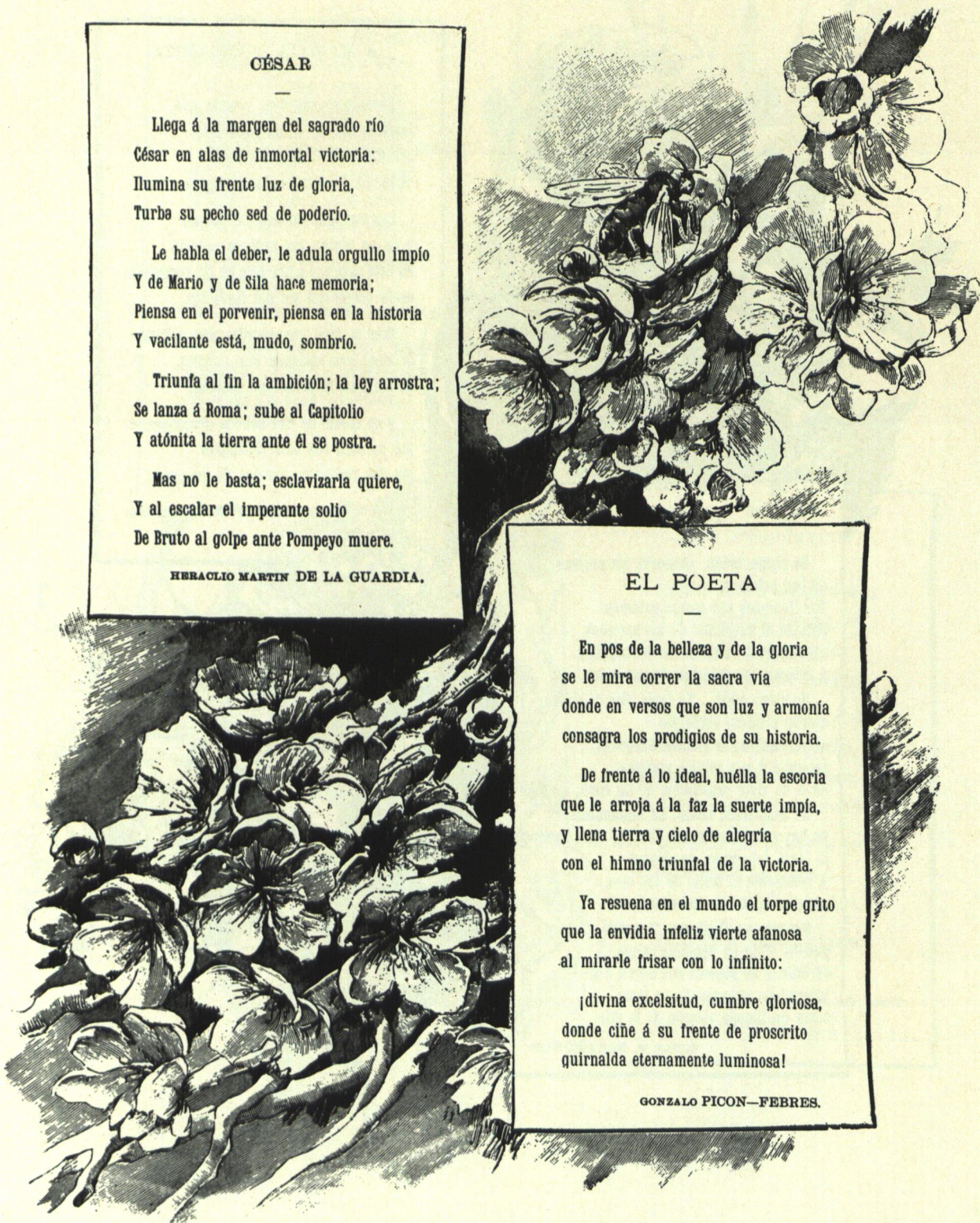
En pos de la belleza y de la gloria
se le mira correr la sacra vía
donde en versos que son luz y armonía
consagra los prodigios de su historia.

De frente á lo ideal, huélla la escoria
que le arroja á la faz la suerte impía,
y llena tierra y cielo de alegría
con el himno triunfal de la victoria.

Ya resuena en el mundo el torpe grito
que la envidia infeliz vierte afanosa
al mirarle frisar con lo infinito:

¡divina excelsitud, cumbre gloriosa,
donde ciñe á su frente de proscrito
quirnalda eternamente luminosa!

GONZALO PICON—FEBRES.





¡OH BARDO!

En el principio: ¡Amor! dijo el Eterno,
Y el universo parpadeó en el caos.
Y dijo á las pasiones: ¡Despertaos!
Y de los celos concitó el infierno.

Amó el sol á la tierra: el brote tierno
Se hinchó en el árbol.—En el prado: ¡Amaos!
Dijo á las flores, y odorantes vahos
Vencieron los rigores del invierno.

Y amó el ave al espacio transparente;
El cóndor á la luz que lo avasalla;
Los tembladores juncos á la fuente:

¡Y la voz del Eterno sólo calla,
Cuando del bardo la marchita frente
Se rinde del amor en la batalla!

J. A. PEREZ CALVO.

DICHA ENVIDIADA

¡Cuánto amor en las tórtolas que miras
formar en su nidal grato murmullo!
¡Cómo en el dulce idioma del arrullo
simulan notas de armoniosas liras!

Y lloras al mirarlas, y suspiras,
porque tu fe, campánula en capullo,
la marchitó en sus garras el orgullo
de un corazón, engendro de mentiras!

Bien haces en llorar de envidia y pena
ante ese nido que la dicha llena!
Allí reina el amor sin una nube;

Calienta el lecho y el polluelo cuaja;
no reconoce la perfidia baja
y es puro como el ala de un querube!

L. TORRES ABANDERO.



ENSUEÑO

Á ANGEL C. RIVAS.

Brisas! rimad vuestro mejor preludio...
 Véspero moribundo ya se aleja!...
 ¡Voy á cruzar el mar de mis ensueños
 en la galera de Jásón, profética!

Quebrante el remo las dormidas aguas
 y la honda herida se desgrane en perlas;
 al porvenir! al porvenir! boguemos!
 y la galera, como un cisne, vuela.

De pie en la popa del bajel sagrado
 me hundí en el seno de las frías nieblas;
 no habían aún en el confin brumoso
 abierto sus pupilas las estrellas...

Rasgan la oscuridad aves gigantes
 que dan al aire misteriosas quejas,
 y en las tranquilas lontananzas fingen
 macabras danzas, con sus alas negras.

De pronto un grito aterrador, vibrante,
 resonó en el espacio... ¡acaso era
 la voz apocalíptica del tiempo
 despertando los hombres y las épocas!

Lleno de angustia me enfrenté al abismo,
 y mi oración, cual ave mensajera,
 rica de fe despezó las alas
 y se perdió en el seno de las nieblas...

Lúego en mi alma, del dragón custodio,
 del quimérico bruto de la Grecia
 claváronse los dientes implacables,
 y del confin de la celeste esfera,
 por la mágica puerta de un lucero
 hacia la barca se avanzó Medea!...

Cesó el preludio de las blandas brisas
 en el insomnio de la noche eterna,
 y una legión de vaporosas nubes
 ciñó á mi frente colosal diadema.

Sobre el convulso seno de las aguas
 grabó la luna su fulgente huella,
 y prosiguió la misteriosa nave
 en pos de ignotas y lejanas tierras.

R. MARCANO RODRIGUEZ.

1897.

EL AÑO NUEVO

POR

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA

Te acercas ya, consuelo de los tristes
Que en el tropel cayeron de la vida ;
Pues á sus ojos el poder revistes
Del daño reparar de la caída.

Y todos en tí esperan : verte sueñan
Dispensador de dones y mudanzas ;
Y en la ilusión de su ansiedad se empeñan
En fijar en tu amor sus esperanzas.

Y aunque burladas siempre, cada año,
Alegres oropéndolas, renacen
Pues muertas al dolor del desengaño
En soñar en la dicha se complacen.

E ingratos son con el que muere acaso
Los que con tanto gozo te saludan.
Se olvida el sol que descendió al ocaso
Y con los tiempos los afectos mudan :

¡ Y cuántos en sus horas realizaron
Sus locas esperanzas de ventura !
¡ Cuántos amantes labios se juntaron !
¡ Cuántos sueños de gloria y de ternura !

Mas, como el bien y el mal son ilusiones,
Chispas de luz ó nubes pasajeras,
A las que dan relieve las pasiones
Perdiendo al fin sus formas verdaderas ;

Y es corto el bien y pronto desaparece
En las amargas olas de la vida ;
Triste el bien ya pasado nos parece,
Y la ruindad del corazón lo olvida.

Y así es que puede al término del viaje
Arribar el mortal sin desaliento ;
Verdad imaginándose el miraje
Que se forja su propio pensamiento.

Y yo mismo, que miro la frontera,
Límite de la vida, ya cercana,
Una voz oigo que me dice :—Espera,
Un sol más bello alumbrará mañana.

Y aunque sé, que inmutable, indiferente
El pedirle favores es en vano,
Y siempre igual, el mismo eternamente
Vio las angustias del dolor humano.

Al mirarte llegar, siento que inquieto
Palpita el corazón, y me imagino
Que me hablan con misterio y en secreto
Mensajeros alados del destino.

Y puede ser verdad : hay en la vida
Algo que el hombre descifrar no puede ;
Oculta fuerza, ley desconocida
A cuyo vario influjo todo cede.

Y aunque verdad no fuera, es bién supremo
El sueño que da vida á la esperanza ;
Que es como el sol, que en el momento extremo
En que la sombra es más, sus rayos lanza.

Pronto así ven ; si falta á tus amores
Contra la adversa suerte poderío,
Siempre tendrá la primavera flores
Y frutos sazonados el estío.

Y ojalá pueda yo, cuando al poniente
Baje tu último sol, feliz, altivo,
Alzar al cielo la nevada frente
Ante las dichas del hogar nativo !

Y ojalá que pudiera bendecirte,
A la dulce emoción trémulo el labio,
Al ver libre la patria al despedirte
De propio duelo y de extranjero agravio !

Oh, si posible fuera que brillaran
Los pueblos que olvidaron honra y gloria,
Y con virtud heroica conquistaran
Otra vez los aplausos de la historia !

Con qué júbilo entonces alzaría
Mi postrimer cantar, y al dulce asilo
Del olvido y las sombras bajaría
Sin tristes sueños á dormir tranquilo !

Y aunque dudando estoy, el alma espera
De lejos ver la tierra prometida,
Pues ; cuál el premio de la lucha fuera
Si á ella no va la humanidad caída ?.....

VERSOS DE HOGAR

No descorras el velo de la cuna;
Aun es temprano... Duerme;
Y temo, por mi dicha y mi fortuna,
Que penetre una ráfaga importuna
Y esa gélida ráfaga lo enferme.

Blandamente respira;
Y su aliento semeja
La vibración lejana de una lira
Que en la infinita soledad se queja
Y en la infinita soledad expira.

Tras el diáfano velo
Le contemplo dormido,
Y pienso que es el ángel del consuelo
Que á nuestro humilde hogar ha descendido
Para llenarlo con la luz del cielo.

No descorras el velo de la cuna;
Aun es temprano... Duerme;
Y temo, por mi dicha y mi fortuna,
Que penetre una ráfaga importuna
Y esa gélida ráfaga lo enferme.

ANDRÉS A. MATA.

DEL SIGLO XVIII

La linda, amorosa,
La joven duquesa,
De cutis de rosa
Y boca de fresa;

Con la sierva linda
De menudo paso,
Y boca de guinda,
Y cutis de raso;

Ante uno de rosa
Feliz tocador,
Compara amorosa
Sus senos en flor.

Escuchan un breve
Y lánguido paso
Que va al tocador;
Se abrochan el leve
Corpiño de raso,
Y llenas de amor;

Muerden, la duquesa
Y la sierva linda:
La esclava, la fresa;
La noble, la guinda,

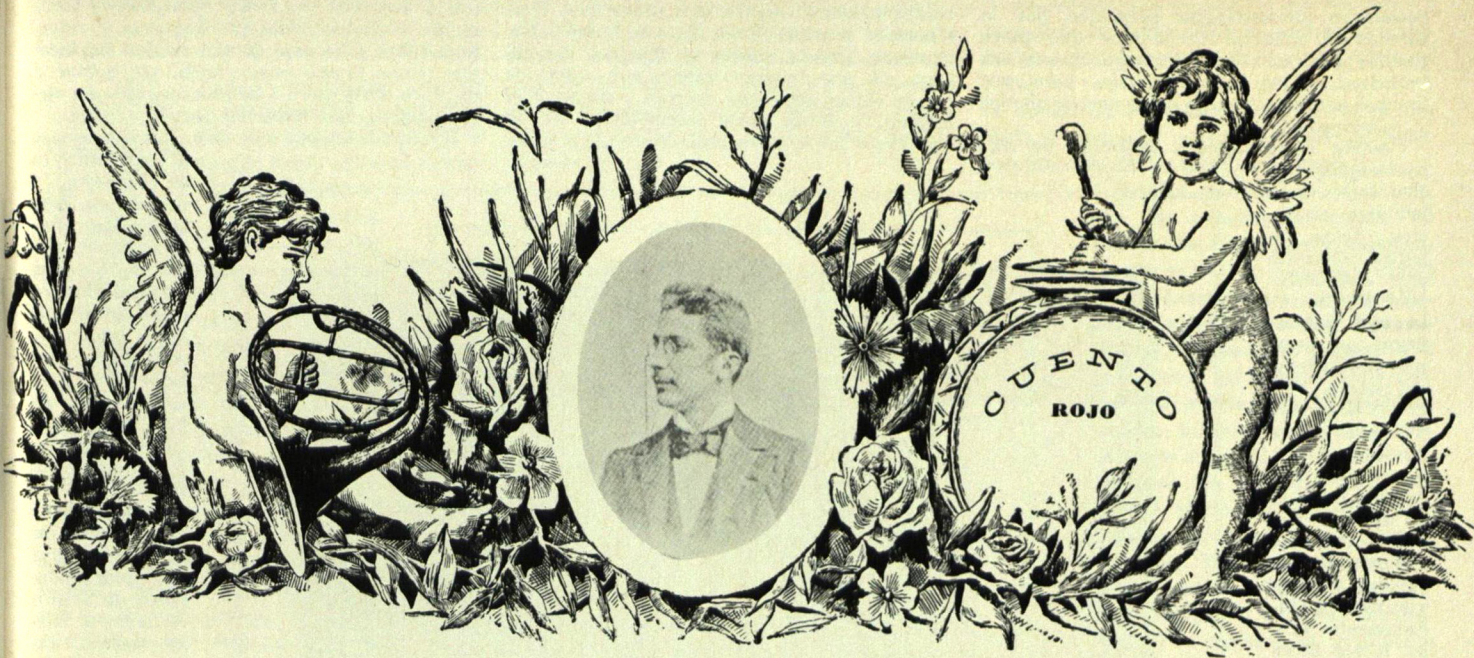
RUFINO BLANCO FOMBONA





EN EL POZO

Cromofotogrado de El Cojo.



F TALIANO, y último descendiente de una de las más ilustres familias milanesas, parecía como si hasta él se hubieran venido acumulando todas las perfecciones de su linaje y de la raza. Su familia no terminaba, como sucede con otras de igual brillo y renombre, volviendo á la nulidad triste y obscura de donde en época lejana salió, sino dando uno de esos productos altamente organizados, en los que se puede ver y palpar la honda labor de la herencia. Con el oro á montones recogido dentro de viejas arcas señoriales, Renzi había heredado un oro mejor, aun con más pena recogido en la red complicada y sutil de los nervios. Cada uno de éstos representaba en él los combates, las torturas, las alegrías y el trabajo de muchas generaciones deseadas de subir, y subir siempre, hasta las cumbres más altas. El esfuerzo constante por ascender, la nunca satisfecha ansia de lo mejor, aguja y perfecciona el nervio, convirtiéndolo, al cabo, en rico manojó de finezas dispuesto á vibrar sabiamente. Matices de sensaciones é ideas, que son para los otros hombres lenguaje incomprensible, eran para Renzi cosa ordinaria. La sombra de un color felizmente conservada en algún lienzo vetusto, el alma todavía errante de flores que vivieron hace muchas primaveras, y el rastro de un sonido, bastaban á despertar en Renzi el vago y sordo estremecimiento de mil cuerdas vibradoras.

Su innata impresionabilidad sin duda había crecido bajo la influencia del medio en que vivía: las costumbres de su clase, y la tierra, el aire y el cielo del país de Italia, del país en donde brotan música las piedras, florece el mármol, y por catedrales y museos palpita, con vida intensa y perdurable, ingertada en el seno de la humanidad vulgar, otra humanidad más noble, toda semidioses y héroes, toda belleza y color, salida, como á un conjuro mágico, de pinceles milagrosos.

Con su extremada sensibilidad, y su espíritu en exceso cultivado, fácil le hubiera sido penetrar en los dominios del arte y no salir nunca de ellos, á no ser sus condiciones de rango y fortuna, mucho más favorables á la holganza y al ocio contemplativo y estéril que al trabajo fecundo. Sus refinamientos y cultura, ayudados de la holganza, no le sirvieron sino para favorecer al principio, y más tarde acompañar, el desarrollo de una simiente peligrosa, nacida en muchas almas jóvenes al despertar, los primeros deseos. Entonces, y tal vez á consecuencia de lecturas románticas, muy frecuentes en los albores de la juventud, existe una tendencia, bastante general, á convertir en objeto del amor al

amor mismo, no á una mujer determinada. Luégo, la naturaleza, por sí sola, modifica y destruye esa tendencia; pero, cuando no sucede así, la tendencia persiste y se cambia en perversión incurable.

Renzi hizo del amor un arte. Amó por amar, y como en todo, buscó en el amor la media tinta inapreciable para el vulgo. Hizo del amor un arte, y como todo artista forjóse un ideal, ideal supremo y el más hermoso, porque jamás llega á vaciarse en un molde. Uno de esos pintores modernos que pretenden, con pocas pinceladas, pintar almas ó momentos de almas, representaría ese ideal de Renzi en una figura fantástica de contornos indecisos, como las que fluye la niebla sobre lagos y mares, del seno de la cual surgieran dos manos diáfanas, tendidas, con gesto desesperante, á coger las rosas de una voluptuosidad y un amor extraterrenos, suerte de rosas místicas, de fragancia muy sobria, casi invisibles de transparentes y pálidas, capaces de crecer tan sólo en la atmósfera de fibieza y luz, casta y suave, que envuelve las creaciones de Leonardo.

La fortuna parecía haberse puesto al servicio de sus locos fantaseos de amor. Sus amigos, al menos, le atribuían un sinnúmero de conquistas, y poco á poco fueron creando alrededor de su nombre una leyenda prestigiosa. En efecto, sobre algunas mujeres ejercía una seducción invencible, tal vez por el misterio de que rodeaba su existencia y por lo que tenían de enigmático sus modales y la expresión de su rostro. Sus ojos estaban siempre como sumergidos en la onda callada de un ensueño, en tanto que sus labios hacían un pliegue indeciso, difícil de saber si amable ó irónico. Fuera de su presencia, muy gallarda, sus atractivos no eran notables, pero así, dudosos como eran, atraían á algunas mujeres, transformándolas en juguetes ó esclavas dóciles. Y ninguna pudo alabarse de haber encadenado, con sus gracias y coquetuerías, aquella naturaleza de soñador enfermo. Casi todas probaban, luégo de vencidas, la amargura de la decepción y se echaban atrás, temerosas, como al contacto de algo frío y seco. En realidad, Renzi no ponía mucha pasión en sus amores, sino más bien un cálculo depravado de sibarita. Preparaba, con mucho tiempo y calma, un néctar delicioso, una de esas bebidas, de sabor intenso, que á la vez abrasan y refrescan las fauces. Procedía con estudiada lentitud, á fin de avivar sus propios deseos y conseguir, al satisfacerlos, mayor goce. Pero, llegada la hora, apenas tomaba un sorbo del néctar con tantas dificultades preparado, y después de pala-

dearlo con inefable delicia, cuerpo y alma en fiesta, abandonaba la copa, llena todavía, para tender los labios, de nuevo sitibundos, á otra copa y otro vino.

Hacía como quien remata una obra y emprende sin tardanza otra, no preocupándose más de la primera. Abandonaba antes de ser abandonado, y con esa precaución lograba no conocer la náusea repugnante, ni el hastío de los que engullen hasta la hartura.

Para sus adentros, vanagloriábase de no tocar nunca sino las copas que por sí solas buscaran sus labios, de no tender sus brazos sino á las caricias que espontáneamente brotaran, como flores, en la mujer querida, y espontáneamente le enviasen todo su perfume, como un incienso. Despreciaba el amor que hace veces de mercader y cambia sus caricias, como vulgares monedas, por otras monedas, y reparte sus joyas según la fortuna y el nombre. Jamás quiso transigir con ese mercado maldito, ni aceptó los gajes de un amor hipócrita. Supercherías de amor? Eso nunca. Al sospechar el engaño, retrocedía, deshaciendo la obra. La gloria, el triunfo de su arte era arrancar á las almas amor verdadero, haciéndolo salir, aun de las más duras, como de la roca el agua fresca, al golpe de la vara mosaica.

Y para eso contaba con su caudal de refinamientos, dirigidos y empleados por una inteligencia clara y penetrante. Ningún alma de mujer caía en sus manos que no rompiera al fin en vibraciones. Toda alma femenil era como un instrumento armonioso que él, conocedor, estudiaba durante un buen espacio, tanteándolo, ensayándolo, hasta exprimirle música. Y unas le daban notas profundas, como notas de órgano, que son abismos de tristeza, otras le daban sonos claros y alegres, como risas de cristales. Después, era cuestión de calma y destreza dominar en absoluto, haciéndolo obedecer al menor capricho, el espíritu alado y sonoro del instrumento. Y tanta era ya su experiencia, y tal confianza tenía en sí mismo, que siempre estaba seguro de la victoria. De aquí su perplejidad cuando, una vez, cayó en sus manos un instrumento desconocido, al que no sabía arrebatar sonos, como si se tratara de una especie de flauta rústica, de cuyo íntimo secreto melodioso nunca hubiera sabido sino algún pastor artista, sepultado hace largo tiempo en una loma de Arcadia.

La causa de su perplejidad fue Irma, una mujer de circo llegada á Milán con la compañía de acróbatas de que formaba parte. Muy pronto, la fama de su hermosura corrió de boca en boca, realizada, como siempre

sucede en circunstancias parecidas, por la aureola de misterio encantador que posee todo lo exótico. Venía de muy lejos, y era bellísima. ¿Qué más necesitaba para que muchos hombres cayeran á sus pies de hinojos y la adoraran?

Crecida entre saltos y cabriolas de saltimbanquis, hecha á los más brutales ejercicios, Irma no había conocido otra enseñanza, más ley ni voluntad que la fusta, no siempre justiciera, del patrón. Vista con desprecio y maltratada durante sus primeros años, dejó de serlo hacia el fin de su pubertad, en el mismo instante en que empezó á entreabrírse, espléndidamente lozana, la flor de su belleza.

El vapuleo convirtiéndose en agasajo, el menosprecio en homenaje respetuoso, y no le permitieron, en lo adelante, ningún ejercicio de los que requieren grandes esfuerzos. Desde el jefe hasta el último caballero, todos comenzaron á respe-

tarla, y aun á temerla, no porque la hermosura de Irma encendiese en ellos ningún sentimiento noble, sino porque esa hermosura llamaba al circo mayor número de espectadores que todas las habilidades juntas de los otros. La vileza de su vida continuaba siendo la misma, pero, en vez de manifestarse en golpes rudos y gritos ásperos, se disfrazaba de amor. Su trabajo fue suavizándose poco á poco, y se redujo, por fin, á revelar á la muchedumbre deslumbrada, en la casi desnudez de los trajes bien ceñidos, el precioso é inefable secreto de sus líneas. Y desde entonces iba de ciudad en ciudad, de feria en feria, virtiendo el filtro de ansiedades infinitas en pechos jóvenes, sembrando el germen de locuras extrañas en cabezas de ancianos, prostituyéndose á todas las miradas y á todos los deseos, sin conservar otra virtud que la de mantenerse calculadora y fría en medio á los incendios que provocaba el canto sensual de sus formas.

Con la fama de su hermosura corría la de su frialdad. Decíase de ella que era estatua sin alma, á cuya perfección no faltaba ni la fría serenidad de la belleza antigua, ó que era flor, lozana y fresca, pero falta de aroma, como las camelias que se crían en la costa de Liguria.

Todo eso, á la vez, excitó la curiosidad sin límites de Renzi y lo indujo á buscar á Irma y á ponerla sitio, como á una fortaleza. La aventura, en los comienzos, marchó como por camino llano, sin ninguna clase de estorbos. Irma cedió fácil y pasivamente, sin voluntad ni deseo, como á la fuerza de una costumbre. A instancias de Renzi, fué á habitar la casa que éste poseía cerca de Porta Venezia, casa en la que nunca penetraron sino pocos amigos, llena de obras de arte y curiosidades de toda especie, como templo hecho al placer con todas las excelencias de un lujo sabio. Entre los dos establecieron, á poco, relaciones que el vulgo habría en-

contrado, cuando menos, muy peregrinas. Diariamente pasaban juntos algunas horas y diariamente, por la noche, se alejaban uno de otro, sin que hubiera saltado aún entre los dos la chispa que funde cuerpos y almas. Con método, y de un modo insensible, á fin de que Irma no lo advirtiera, Renzi fue ponién-

ron á los pies de Irma, semejantes á flores recién cortadas, ricas en fragancia y color, esparcidas á los pies de una deidad implacable. Irma lo oyó como quien oye hablar á un loco inofensivo: benévolutamente, sin decir palabra, sin hacer un gesto.

Exaltándose cada vez más, Renzi comenzó á reprocharla su dureza, á echarla en cara su frialdad, preguntándola, por último, si estaba hecha de bronce ó de nieve. E Irma entonces, respondió, pero imbécilmente, encogiéndose de hombros. La villanía de la respuesta sublevó á Renzi; desde lo más hondo de su pecho vino el insulto á empañar sus labios desdeñosos de aristócrata; y al mismo tiempo, sin darse cuenta de lo que hacía, como en un instante de locura, golpeó rabioso, con un extremo anudado de su servilleta, la boca de Irma. Uno de los labios, cogido entre los dientes y el nudo de la servilleta, se partió, salpicando de rubies la blancura inmaculada del



do en práctica todo lo que sabía de su arte perverso: desde la influencia del perfume, inflamador de naturalezas primitivas, hasta el poder de la música más ideal que, sólo en naturalezas hijas de una cultura extrema, enternece y abre los corazones.

Pero arte, delicadezas y argucias, de nada valieron: fatalmente se estrellaban contra una impasibilidad de mármol. En balde Renzi espío durante mucho tiempo aquellos ojos oscuros: nunca le hablaron de amor; en balde estuvo espionando los menores movimientos de aquel cuerpo de estatua: jamás el deseo rompió la armonía de sus curvas.

Lo que en Irma engendró la conducta de Renzi fue una sorpresa muy grande, en la que vivió largos días. Según sus pobres ideas morales de criatura de circo, Renzi tenía indiscutible derecho sobre su hermosura y sus gracias. Sin embargo, él no se le acercaba sino muy respetuosamente, para alejarse luego sin que se hubiera permitido la menor libertad. Ni sombra de semejanza entre él y sus primeros amantes. De éstos, los unos habían llegado á ella movidos de pasión brutal, pronto apagada, en tanto que los otros únicamente quisieron mostrarla, vestida de seda y pedrerías, á la multitud, tal como se exhibe un objeto raro, satisfaciendo así la misma vanidad estulta que satisface el lugareño enriquecido, cuando muestra los dedos centelleantes de joyas.

Y mientras que la sorpresa de Irma iba en aumento, se despertaban en Renzi una impaciencia y un desasosiego, de él hasta entonces ignorados. Una noche, su inquietud creció de improviso. Cenaban, de regreso del teatro, en un saloncito de la fonda más frecuentada por ellos. Renzi, tal vez bajo la influencia de la música oída en el teatro, rebosaba en ternura, y su ternura se desbordó como un torrente de frases bellas y palabras cariñosas y dulces que, una por una, caye-

mantel.

Irma, al recibir el golpe, se alzó muy pálida y, como dispuesta á devolver injuria por injuria, se abalanzó sobre Renzi con ímpetu irresistible. El, puesto de pies, la esperó, inmóvil, mudo, tan asombrado de lo que él mismo acababa de hacer, que parecía haberse convertido en piedra. Pero ella, después de vacilar un segundo, enlazó con furia el cuello de Renzi, á la vez que brillaron sus ojos, más profundos y más negros, como llenos de voluptuosidad salvaje, y de sus labios heridos partió un beso, como del surco la alondra, cantando.

Había sido necesario romper el pomo lleno de esencia y herméticamente cerrado, á fin de que la esencia partiese, embalsamando los aires.

Un sátiro que, arriba, en el fresco pintado en el cielo del saloncito, asomábase por entre unos rosales, en actitud de acechar á dos niñas desnudas, debió de reír con la más sarcástica de sus muecas, al ser testigo de aquella trágica escena humana, evocadora de otras escenas que él presenció en días remotos, cuando la mujer no sacrificaba aún al amor, sino bajo la fuerza del puño y la infamia del látigo.

Y después de saborear su triunfo, como legítimo, durante algunas horas, Renzi cayó en la cuenta de su engaño. Pensó, lleno de tristeza y de amargura, en todas las mujeres sobre las cuales había encontrado la corteza tosca y ruin de la mujer primitiva; se vio lejos, más lejos que nunca de su ideal; se vio de nuevo con las manos tendidas, en un gesto más que nunca desesperante, á coger las rosas de una voluptuosidad y un amor extraterrenos, suerte de rosas místicas, de fragancia muy sobria, casi invisibles de transparentes y pálidas, capaces de crecer tan sólo en la atmósfera de tibieza y luz, casta y suave, que envuelve las creaciones de Leonardo.

ASCENSION

MAR la naturaleza, sentirla y comprenderla, identificar con ella nuestro espíritu y sujetar á sus elocuentes enseñanzas nuestra voluntad, es la mejor filosofía y hasta una religión digna del hombre. Los progresos morales y físicos de la humanidad, son tan-

to más efectivos cuanto mayor es la extensión y la difusión del conocimiento de las leyes naturales.

Cualesquiera que sean los errores en que incurriera Rousseau, su filosofía será siempre simpática á todas las almas instintivamente buenas; sobre todo á los jóvenes y á las mujeres, por que Rousseau es el filósofo del sentimiento. El pueblo francés, influido, por el sentimentalismo racional de este filósofo ama con pasión la naturaleza, hasta el punto de constituir en él una virtud que indudablemente le ha salvado en las grandes crisis sociales.

París, sobre todo, refleja esta disposición de ánimo en grado eminente. Un pueblo que consagra las fiestas yendo al campo, invadiendo los jardines y paseos, un pueblo en que hasta en la buhardilla del pobre jornalero tiene flores y pájaros, es capaz de hacer, en todos sentidos, lo que no hará nunca el que *descansa* respirando la mefítica atmósfera de la taberna y del café, buscando impresiones en los azares del juego, ó gritando hasta enronquecer en la plaza de toros.

El amor á la naturaleza es fuente de todo bien y medio eficaz de toda enseñanza. Sólo fomentando este amor por medio de los halagos de la fantasía y los recursos del Arte, se ha conseguido infiltrar en los pueblos el espíritu religioso y disciplinarlos bajo los preceptos de un dogma.

Considero nimias, cuando no absurdas, las declamaciones de nuestros moralistas ascéticos contra el paganismo de la antigua Grecia, apoyadas en que ese paganismo era la religión de la naturaleza. ¿Acaso el pueblo es capaz hoy, lo ha sido nunca, de comprender otro culto que el del sentimiento? Puede acaso comprender la santidad del bien, del derecho, de la justicia fuera del simbolismo ó de la forma material que ha creado y sostiene, con más ó menos intensidad racional, la idolatría? Quédense las ideologías para los que viven la vida del pensamiento; los que á esas elevadas cumbres no alcanzan, necesitan luz, espacio, armonía, imágenes visibles y tangibles, la naturaleza en fin, con toda la voluptuosidad de sus fervientes amores.

La Edad-Media odiaba á la Naturaleza; por esto hubo entonces la noche del raciocinio en las colectividades. Aquellos monjes macerados, aquellos guerreros implacables,

aquellos siervos humildísimos y hasta sus sabios formalistas, habíanse educado en la soledad del espíritu, divorciados enteramente de la naturaleza por la rigidez del dogma cristiano, nunca peor comprendido que en aquella época.

mejoraría la humanidad si pudieran manifestarse y desarrollarse libre, naturalmente todas las vocaciones; si la posición social, si la educación descuidada no vinieran á menudo á contrariar y aun á detener el poderoso impulso de las facultades innatas!

Precisa estudiar las pasiones, aun las consideradas malas, no combatirlas sistemática y ciegamente. Si en vez de declamar contra las pasiones hubieran nuestros éticos estudiado al hombre *en su naturaleza*, huyendo de dogmatismos y ficciones, puramente abstractas, que nos apartan de la realidad, ¡cuánto hubiera progresado moralmente el mundo! Comunmente hablando de las pasiones tomamos el efecto por la causa. Las pasiones en sí, no son ni buenas ni malas. Pasión humana, es una fuerza natural, innata que aviva y espolea á nuestras facultades. Una inclinación vivamente sentida, si se ve contrariada se desborda á la manera de río caudaloso cuando halla un dique.

Las pasiones, por el solo hecho de existir, tienen un fin determinado que contribuye á la armonía universal. Cuando las sociedades se desenvuelven libremente en su elemento natural, las pasiones producirán tantos beneficios, como hoy desastres ocasionan.

Y en los arduos problemas, de la organización y gobierno de los pueblos, en las relaciones internacionales para realizar el derecho, en las cuestiones sobre la

producción, distribución y consumo de la riqueza, ved como se simplifica el método para buscar la solución, ved como se *naturalizan* el procedimiento y los fines. La ciencia y la literatura en todas sus manifestaciones; aparecen cada día más con carácter experimental y positivo: el arte ya sólo vive y prospera en la reproducción de lo verdadero, sentido ó imaginado; la industria, se ha amparado de la mecánica y es ya principalmente una actividad apropiándose el variado é inmenso poder de las leyes naturales.

Amar, sentir la naturaleza, sujetarnos á sus infalibles preceptos, racionalizar nuestros actos, es el único consuelo positivo para las almas sumidas en las tristezas de la duda. Los sistemas sociales, las religiones, las filosofías pasan por la escena del mundo con los hombres y como los hombres. Sólo resta inmutable la fatalidad natural, neutralizada por la razón humana que mantiene el interés del espectáculo: la razón, única luz espiritual que alumbrá al mundo, constante, imperecedera, inmortal.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid.



COQUETERIA

Observad: todas las racionales aspiraciones hacia el bienestar moral y físico del individuo ó de la humanidad, se determinan por medio de ésta que pudiéramos llamar reivindicación continua de los sagrados fueros de la naturaleza. Nace el hombre, y la higiene y la medicina acuden hoy en su auxilio con procedimientos bien distintos de los que la preocupación tradicional venía desde siglos empleando. La faja y las envolturas engorrosas ya no martirizan á los tiernos infantes, y la completa libertad de movimiento es lo primero que se exige para favorecer el desarrollo físico del niño. Es esto una verdadera reacción hacia la naturaleza. La luz, el aire, el espacio, el movimiento, el ruido, la expansión, primero; la gimnasia, la caza y la equitación después, completan esta educación física.

En el estudio del libre desarrollo y adecuado empleo de las distintas manifestaciones de las facultades naturales del hombre, funda la moderna ciencia social sus más halagüeñas esperanzas para realizar la armonía entre los intereses individuales y colectivos. Sabido es que el hombre desde muy niño manifiesta tendencias y deseos que le caracterizan y forman su individualidad. Revélase en unos, espíritu reflexivo y práctico; en otros imprevisión y atolondramiento. Unos sobresalen en las artes liberales, otros en las mecánicas. ¡Cuánto progresaría, cuánto



EN EL ALBUM
DE
TUÍTA HERNÁIZ DE LAS CASAS.

Si ya la vida, como erial desierto,
No brota palmas ni aromadas flores;
Si del sol á los últimos fulgores
No se divisa el suspirado puerto;

Si el ave azul de la esperanza, al huerto
No volvió con sus cántigas de amores;
Si nos hieren recónditos dolores,
Y el ideal asesinado ha muerto;

Si en la senda, con llanto señalada,
No columbra la vista fatigada
Para yacer en paz sombroso abrigo,

Aunque el placer de nuestros brazos huya,
¡Feliz quien halle un alma cual la tuya!
¡Feliz quien halle un corazón amigo!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

1897.

CARAS Y CARACTERES

EXPRESAMENTE PARA "EL COJO ILUSTRADO"



A creencia general respecto á fisonomías es de que una cara demasiado seria corresponde siempre á un carácter áspero, insociable y avinagrado; lo cual es un error mil veces comprobado por caras que de puro serias rayan en feás, y cuyos propietarios las usan por no tener otras, pues si en las manos de ellos estuviera el poderlo remediar, de buena gana llevarían de continuo caras de esas que llaman de pascenas, en armonía con su natural festivo y ocurrente.

En otro error incurrir también las gentes tratándose de esta cuestión de humanas fachadas, y es cuando suponen que una persona habitualmente chistosa y jovial ha de ser por fuerza incapaz de pensar, y mucho menos de obrar con seriedad; creencia ésta tan arraigada en el vulgo, que ciertas estúpidas criaturas logran pasar por discretas y hasta por sabias con sólo evitar toda chanza en el dicho y toda traza de jocosidad en el gesto.

Un hombre hemos conocido, á quien en el caprichoso reparto de caras que á veces con notoria injusticia hace Natura entre los humanos, tocóle una extremadamente grave, más que grave, pues tocaba ya en la región de lo feo; y tanto, que ha venido siendo el tormento de pintores y escultores al tratar de idealizarla en telas y en bronce y mármoles. Y no obstante, el ilustre dueño de aquella cara vertía la gracia á torrentes, y tenía siempre, aún en los más solemnes trances de su vida, rasgos de espiritualidad é ingenio felicísimos.

Y este mismo hombre, que con su natural jovialidad desmentía la vulgar creencia de que la cara es reflejo del carácter, era también ejemplo vivo de que un espíritu riente puede ser á la vez un espíritu transcendental.

Sin que sea necesario mentarlo, ya el lector ha adivinado que nos referimos á Abraham Lincoln, quien como es bien sabido, fue un alma bellísima abrigada en un físico de lo más desairado que pudiera imaginarse. De fisonomía grave, hasta aquel superlativo grado de esta cualidad del aspecto en que se confunde y hermana con la fealdad, llenó la crónica de su gloriosa magistratura con agudezas inolvidables, verdaderas joyas de espíritu.

Festivo y donoso hasta los más peligrosos extremos del epigrama, supo escalar la inmortalidad con resoluciones insólitas que dieron la medida de lo amplio de su pensamiento, de lo sublime de su sentir, y de las dotes todas de su grande alma.

Como muestra del sutilísimo ingenio de Lincoln para salir airoso de las escabrosas situaciones que suele crear la femenina curiosidad, trataremos de recordar un peliagudísimo caso, haciendo para narrarlo, un esfuerzo de habilidad retórica, de esos en que como en los ejercicios de prestidigitación, ha de sacarse la suerte con limpieza y arte, sin romper los vidrios ni dejarse ver la maña.

Hallábase la guerra entre el Norte y el Sur en el período más hermoso que puede ofrecer la discordia entre hermanos. Los campos se cubrían de muertos; los hospitales se repleaban de heridos y mutilados. La diosa roja estaba radiante. Pronto tendría el medio millón de cadáveres que había impuesto de tributo á las dos mitades de este gran pueblo, embriagadas por el odio. Lincoln visitaba frecuentemente los hospitales en donde gemían despedazados los valientes á quienes la muerte no había querido del todo. Allí llevaba el grande hombre su palabra llena de virilidad y su ardiente fe, inspirada en la idea del triunfo para la causa y de nacionales é históricas recompensas para sus defensores; y casi siempre le acompañaban en aquellas visitas algunas distinguidas damas de Washington, movidas por su piedad y patriotismo.

En una ocasión, cierta joven, curiosa como su madre Eva, se dirigía de inválido en inválido para inquirir minuciosos pormenores sobre las batallas y sobre dónde y cómo habían sido heridos ellos.

A un sargento que vestido del camisolón de ordenanza se paseaba con dificultad y visible pena por la sala del hospital apoyándose en un rudo bastón, se le acercó la curiosa beldad, y le endilgó la pregunta de costumbre:

—En dónde le hirieron á usted, bravo militar?

El sargento, haciendo un esfuerzo para cuadrarse en señal de respeto, le contestó con triste gravedad:

—En la batalla de Antiétam, señorita:

La dama hizo un mohín de impaciencia, y replicó, dando mayor énfasis á sus palabras:

—Lo que quiero saber es en qué lugar fue usted herido.

—Perdóneme usted, señorita; pero ya he dicho que fue en la batalla de Antiétam. Eramos unos cien mil hombres y nos mandaba el general Mac-Clellan en persona, contestó con aplomo el veterano.

—Pero hombre, no sea usted terco; insistió ya un tanto amostazada la *miss*. Diga de una vez en qué sitio recibió usted la herida.

—Ah! señorita; en el sitio más peligroso del combate; en la pequeña colina cargando contra la artillería enemiga, conducidos por el bravo general Porter;... dijo el sargento buscando con la vista azorada, un medio para escapar de la terrible metralla de preguntas que le descargaba aquella linda boca, ya contraída por el gesto de la curiosidad no satisfecha.

La dama, á su vez, buscaba también con los ojos un refuerzo para reducir al contumaz sargento, y por fortuna para ambos este refuerzo se apareció. Era nada menos que el mismo Mr. Lincoln, que por allí se dirigía á la sala vecina.

—Mr. Lincoln, le dijo la joven, vea usted qué estúpido es este militar. Le pregunto en qué parte del cuerpo le han herido, y me sale á todas manos con que fue en la batalla de Antiétam.

Lincoln miró al soldado, y todo lo comprendió en sus ojos casi suplicantes.

—Señorita, dijo Lincoln á la dama, como preparándose á ser galante; las balas del Sur

son muy crueles con nosotros, los hombres del Norte; pero no parece que fueran así para con las mujeres. Contétese usted con saber que si usted hubiese estado en el lugar de este desdichado sargento, la bala que á él le hirió la habría respetado á usted, pasando sin hacerla el menor daño.

La dama quedó encantada con aquello que ella tomó por una delicada galantería de Mr. Lincoln, y no volvió á importunar al inválido de Antiétam.

Pocos Presidentes han sido tan acosados por los solicitantes de empleos, como lo fue Mr. Lincoln. Gangas de la popularidad, son estas exigencias. Pero su chispeante ingenio le sugería á Lincoln salidas dichosas para los casos más pertinaces.

Un acérrimo partidario suyo, que durante la campaña presidencial había prestado en su favor esforzados servicios, nada menos que distribuyendo retratos del candidato entre los sufragantes, se imaginó que con ello había hecho lo bastante para merecer del Presidente electo una misión diplomática cualquiera, y se fijó en la de España, seguramente por el hecho de que un tío suyo estuvo una vez á punto de hacer un viaje á Madrid.

Nuestro sujeto abordó en varias coyunturas el asunto; pero Mr. Lincoln no soltaba la plenipotencia. Tampoco el pretendiente daba su brazo á torcer. Aquello parecía un duelo á quien por fastidio se rindiese primero.

Cierto día, cuando menos lo esperaba el solicitante, le recibió Mr. Lincoln con estas palabras:

—¿Sabe usted el castellano, mi querido Mr. Fulano?

El candidato vio el cielo abierto, y contestó con todo el aplomo de su voluntad.

—No lo sé, señor Presidente; pero lo puedo aprender en seis meses.

—Muy bien; le replicó Mr. Lincoln, al parecer muy complacido. Cuando haya usted aprendido el castellano, venga á verme, que le interesa.

A los seis meses justos, reapareció el individuo en la Casa Blanca.

—Ya sé el castellano, dijo á Mr. Lincoln; y esperó con toda seguridad, que el Presidente se sacaría del bolsillo la credencial, que suponía ya extendida, y entregándosela le diría:—Ahora mismo se va usted para España, señor Ministro.

Pero Mr. Lincoln no dijo tal cosa; sino que se fué á su biblioteca, sacó de uno de los tramos un libro empastado á la española y dándole al solicitante, acompañó la entrega con estas palabras:

—Hace tiempo, amigo mío, que me han regalado este precioso libro, el más entretenido y sublime que se haya escrito jamás en todo el mundo; pero como es la edición original y yo no sé el castellano, deseaba regalarlo á una persona de mi estimación que pudiese leerlo. Usted se ha prestado á aprender el idioma de Cervantes para complacerme. Yo le correspondo ese esfuerzo obsequioso dándole este tesoro.

El libro era el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

En otra ocasión el compromiso en que se vio Mr. Lincoln fue diez veces más grande, pues se habían juntado diez pretendientes, y así en cuerpo se fueron á la Casa Blanca, y una vez recibidos por el Presidente, le expusieron el objeto de su visita, que no era otro que el de solicitar un empleo para cada uno de ellos, aduciendo, por supuesto, como razones para el merecimiento, el haber sido antiguos camaradas de Mr. Lincoln cuando éste ni soñaba, siquiera, allá en sus mocedades, y en sus rústicos trabajos, en llegar á ser lo que en esos momentos era. En una palabra, aquellos buenos y campechanos amigos, venían á recordarle que lo habían conocido ciruelo, y á exigirle que los desciruelase á ellos.

—Amigos y conterráneos míos, les dijo Mr. Lincoln, siento en el alma no tener á la mano esos diez empleillos que de tan lejos habéis venido á buscar, pues á tenerlos, nada me daría mayor gusto que el poner ahora mismo á cada uno de vosotros en posesión de la respectiva prebenda. Pero á falta de diez buenos empleos, os obsequiaré con una linda historietta, ya ustedes saben que el contar historias es mi fuerte.

Los diez rurales se picaron cada uno un ojo de los veinte con que se querían comer á Mr. Lincoln, y en sus labios se estereotipó la sonrisa cortesana con que les convenía fingir su complacencia durante toda la tirada del cuentecillo prometido.

—Pues, señores, comenzó á narrar Mr. Lincoln; había en un país del Asia, un rey muy poderoso. Este rey tenía en su palacio á un filósofo, un gran sabio, á quien consultaba todo cuanto se le ocurría hacer, así en lo oficial como en lo privado, debido á lo cual, dicen que aquel reino era el mejor gobernado de toda la tierra.

Cierta día, antojósele al rey que había de ir á cazar, no sé si ciervos ó patos ó gazapos, pues el historiador de este caso se olvidó de decir qué era lo que Su Majestad se proponía matar en aquel día; mas yo infiero que debieron ser patos, por que la estación no era para otra cosa.

Como de costumbre, el monarca hizo llamar á su sabio; y antes de ponerse en camino con su tren, le preguntó si llovería ó no llovería. En el caso de que el filósofo dijera que sí, el rey y su comitiva se proveerían al punto de paraguas y de mantas; pero si el filósofo respondía que no, se marchaban los reales cazadores sin esos estorbosos avíos.

El sabio consultó unas tabletas, picó primero un ojo y después el otro ojo al sol, se rascó la oreja, y al cabo de un buen rato de meditar y de volver á guñar los ojos al sol, dijo, inclinándose la cabeza ante el monarca.

—No lloverá ni gota.

Oído lo cual, se puso el rey, seguido de su comitiva, en camino del lago; y esto de ser lago el sitio á donde se dirigían, me confirma en la idea de que se trataba de patos.

Cosa de media hora de marcha llevaban, cuando toparon con un labriego, que caballero en su borrico, se detuvo y les dijo:

—Parece que vais de caza?

—De caza vamos, respondió el montero mayor. ¿Y á tí qué te importa, so nadie?

—A mí ni un comino, pero á vosotros mucho; porque dentro de poco diluviaré.

A no haber intervenido el rey, muelen á palos al pobre labriego los nobles cortesanos, indignados de oír que alguien sobre la faz de la tierra, osase decir que llovería, cuando el sabio de palacio había asegurado que no caería gota en aquel día.

—En marcha! ordenó el rey, y todos obedecieron, dejando vivo y taloneando á su burro al pobre labriego.

Mas á poco, entúrbíase el sol, se ennegrece el cielo y allá va agua, como si la pidieran cocheros en sequía.

—¡Que vaya uno y me traiga al momento á ese hombre del borrico, exclamó el rey, calado hasta los huesos y refugiándose de prisa bajo de un árbol.

Corrió un criado, á todo galope de su caballo, y no tardó en regresar trayendo de rebiate al jumento y sobre el jumento al palurdo, que por más señas iba más muerto que vivo, pues se le había enterado de que era el rey quien le reclamaba de aquella tan violenta y ruda manera.

—Señores, dijo el monarca, al ver aparecer al prisionero; puesto que mi filósofo se equivocó como un imbécil, yo le destituyo ahora mismo, y en su lugar nombro Consejero real y Sabio del reino á este hombre, que adivinó

que debía llover. No le perdonaré jamás á aquel falso sabio, el haberme hecho coger este maldito catarro.

Y en efecto, Su Sacra Real Majestad estornudaba que era un contento, y tiritaba hecho una viva sopa.

Al regresar á palacio, por orden del rey fue despojado de su túnica y manto bordados en oro el filósofo, y se vistió con sus suntuosas ropas al sabio nuevo, el hombre del borrico.

Mesóse los cabellos el filósofo, se embadurnó la cabeza con ceniza, y llorando la lágrima viva, de dolor y de vergüenza, pidió por única gracia de su amo y señor, le explicase como era que aquel labriego, que no se había quemado como él las pestañas estudiando la ciencia, había podido saber que iba á llover aquel día.

—Hombre, es verdad; exclamó el rey. No se me había ocurrido preguntarlo.

—¿Cómo supiste tú, dijo luego dirigiéndose al labriego; cómo pudiste averiguar que nos iba á caer encima aquel chaparrón?

El pobre hombre, reverentemente postrado en cuatro piés, contestó sencillamente:

—Muy fácilmente, Majestad. Yo observé que mi burro paraba las orejas, y me dije: agua tendremos.

—De suerte que no fuiste tú sino tu borrico el que venció en saber á mi filósofo? prorrumpió el rey asombrado. Pues que quiten ahora mismo la toga de oro á este bergante, y se la pongan á su borrico, á quien nombro desde luego, filósofo real y gran Consultor del reino.

—Y aquí termina la historietta, dijo Mr. Lincoln, dirigiéndose á los diez pretendientes; quienes creyeron oportuno soltar la carcajada, y la soltaron.

—¿No creen ustedes, amigos míos, prosiguió Mr. Lincoln; no creen ustedes que el rey hizo muy mal en dar el empleo al borrico? Pues yo les aseguro que fue una cosa muy mal pensada y muy funesta; porque de entonces acá, no hay borrico que no pretenda un empleo.

N. BOLET PERAZA.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

Grisés y verdes—Cuerpos y faldas—Fantasías de la estación—Los abrigos—Sombreros nuevos—Guañtes y sortijas—Dijes en boga—El thé de las cinco—Ecos de París—El Madrid aristocrático—Tristezas de la época—Un rey y una bailarina—Novelerías á granel—Temperamento de raza.

No acostumbradas esplendídecas de color, caracterizan en los actuales días la moda invernal europea, y de ellas trataremos de dar sucinta idea á nuestras amadas lectoras de EL COJO, abarcando con extrema fidelidad un conjunto á todas luces artístico, simpático y risueño. La interminable escala de los grises y los verdes, se ampara, con preferencia á otro color, de todas las manifestaciones de la moda, apartándose para calle y paseo los tonos menos claros, pero huyendo de los más sombríos, y alcanzando acertado empleo, para baile y reunión, aquellos matices verdaderamente deslumbradores, que convierten á la mujer en una flor animada, es decir, en lo más bello y seductor de la creación.

Los cuerpos-abluzados, flojos por delante y por detrás, á los que sujeta un elegante cinturón, no alcanzan todo el éxito que se supusiera en un principio, y se comprende, teniendo en cuenta que sólo pueden adoptarlos las damas extremadamente delgadas. Además, favorecen poquísimos; así que los registramos en esta crónica, á título de fantasía, poco práctica y sobremanera fugitiva. No sucede lo propio con los adornos de las fan-

das, recibidos al principio con prevención y ahora aceptados por todo el mundo elegante. Bien es cierto, que como las faldas reducen infinitamente su vuelo, y los adornos se colocan con arte y originalidad, á lo largo de las costuras y agrupados en las caderas, el conjunto que ofrecen dista mucho de ser pesado y feo, como antes se temiera.

El capítulo de adornos, puede asegurarse que jamás fue tan bello como ahora. En infinitos casos se combina el terciopelo con el encaje, y del contraste que ofrecen ambos, resulta una armonía por todo extremo artística y rica. Son en gran número los vestidos y cuerpos sueltos, que se adornan con esa simpática combinación, y no cabe negar que favorece mucho á la suave belleza femenina. Las mangas se estrechan cada día más, y en cuanto termine el invierno, no quedará ni rastro de aquellas, enormemente voluminosas, que caracterizaron las corrientes del gusto á principios del año pasado.

Mas, como todavía, siquiera sea reducida, se usa hombrera, no pueden generalizarse los abrigos entallados. Modelos de *paletots* largos, cubriendo por completo el traje, se ven pocos, y aun esos, en su gran mayoría, van sin entallar, montados sobre canesúe, y cayendo en pliegues á lo largo de la figura. Claro está, la hechura no es graciosa, y sin duda por eso, las damas de mejor gusto, sin distinción de países, recurren á la esclavina, en variedad de tamaños y de formas. Todavía no justifica el frío el uso de las pieles, pero en las más impacientes hemos visto grandes cuellos de marta sibelina y terciopelo negro, que son, sin ningún género de duda, suntuosos y de reconocida fantasía.

Es cosa resuelta, que se imponen los sombreros de copa algo estrecha y alta, con ala plana y redonda, predominando esa hechura lo mismo en cascos de terciopelo que de castor. Los adornos se colocan al frente, formando artístico penacho á un lado, y sus variantes, radican en flores de vivos tonos, combinadas con plumas matizadas y aun negras. De todas maneras, exceptuando el sombrero todo negro, que sirve para mucho vestir, es indudable que las fantasías que colocan las damas en su cabeza este invierno, afectan un conjunto animado y risueño, al que no estábamos acostumbrados en épocas de frío. Abominamos de la lobreguez, acaso porque los adornos no guarden armonía con la marcha poco halagüeña de los sucesos. No se prescinde de las tocas, tan cómodas y socorridas para los trajes de mañana, y en muchas de ellas se forma la copa con tejidos ligeros y brillantes de seda, rizados á máquina ó plegados con menudos pliegues, que acreditan la mayor de las fantasías.

Y como la moda parece inclinarse á la manera de vestir típica del siglo pasado, á juzgar por las corrientes que tienen su origen en París y en Viena, empieza á iniciarse una verdadera cruzada contra los guantes, siendo ya muchas las damas que en bailes y funciones lucen mitones de encaje blanco, algunos de los cuales se prolongan, si la manga es corta hasta el codo. De esta manera se consigue que vuelvan á cobrar importancia las sortijas, de algún tiempo á esta parte en extremo postergadas. Este invierno, pues, se lucirán por ser del más irreplicable buen gusto, profusión de sortijas de pedrería, en las cuales ofrecen los plateros más notables de Europa, remedos habilitados de todos los gustos y de todas las épocas.

Al par de las sortijas, se ponen en circulación los dijes para pulseras y cadenas de reloj. De éstos se evidencia una variedad tan grande, que á duras penas puede ser descrita; consignaremos tan sólo, á título de in-

formación del momento, que predominan las lagartijas de esmalte, las ranas, los nidos de pajarillos y las estrellas de todos tamaños y luces. Cabe asegurar que el arte de joyería, un tanto decaído, por lo caro que resultan sus objetos, se dispone á entrar en plena actividad, desarrollando en dijes y sortijas los infinitos recursos de que dispone la fantasía moderna.

Parece fuera de toda duda, que en los círculos aristocráticos europeos, el *the* de las cinco que se ofrecía á los amigos íntimos, será sustituido por un exquisito, claro y espumoso chocolate. Las elegantes de París, son las que han introducido esta innovación en las costumbres aristocráticas, bajo el pretexto de que el *the* altera mucho el sistema nervioso y que en cambio el chocolate es más nutritivo y sano. No discutamos los caprichos de la moda, acaso tengan razón los partidarios del sabroso soconusco, pero permitásenos recordar, que por desgracia casi siempre —menos en esta ocasión— resultan antagónicos la comodidad y la salud con el capricho y la moda.

Abumadoras lluvias, caracterizan el aspecto de las horas en la villa y corte, desde que el otoño iniciara sus melancolías, y en vano los veraneantes que regresan y los teatros, abriga propósitos laudables de animar la vida madrileña. El público acude perezoso á los coliseos, antes favorecidos con su predilección; son escasos los abonos en el *Español* y la *Princesa*, y en cuanto á los salones aristocráticos, excepción hecha del moderno palacio de los duques de Denia, que se abriera días pasados para una fiesta artística de carácter cristiano, los demás permanecen cerrados, solitarios, como si no se atrevieran sus ilustres dueños á organizar diversiones, cuando la madre patria atraviesa la época más luctuosa de su moderna historia.

La Exposición de Industrias Nacionales, establecida en el Palacio de Bellas Artes, tampoco se ve favorecida por gran concurrencia; el tiempo no convida; la mortecina luz otoñal, no lleva á los corazones los descos de expansión, que caracterizan á otras temporadas del año; y aun hubo que suspender el primer día de carreras, porque el mal estado del Hipódromo, á consecuencia de la humedad, no se mostraba propicio á las competencias de los nobles corceles, que habían de disputarse los premios. Nunca como este año armonizaron tanto las tristezas del *Día de Difuntos* con el estado moral del vecindario. Aunque lluvioso y frío, en aquel día de piadosa recordación no faltó gente en los cementerios, ni coronas, ni flores, ni luces. La tumba del señor Cánovas del Castillo se cubrió de flores y de dedicatorias, suficientes á acreditar la consideración cariñosa que merece á todos el ilustre muerto. En primer término, figuraba una her-

mosa corona de violetas enviada por la Reina Regente.

El Rey de Siam, primero, nuestro huésped durante breves días y Carolina Otero después, la famosa bailarina española que de tanto prestigio goza entre los franceses, han ocupado la tornadiza atención de la parte más frívola de nuestro público, si bien

sonrisa de los días, el rayo de luz que alegra los corazones. Madrid está triste, cierto, pero no desmintiendo su carácter y tendencias, que le convirtieran de antiguo en una de las capitales más simpáticas de Europa; hoy que nubes de tristeza envuelven el porvenir de la patria, realiza esfuerzos verdaderamente inauditos para sacudir esa enorme pesadumbre, que nos aplana á todos, ahogando en germen todo conato de alegría.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

LOS CABELLOS BLANCOS

HENRY DE FORGE

I

¿Quieres, pues, saber esta triste historia de mi vida? me dijo mi tía Luisa aquella noche.

Estábamos solos los dos; en la chimenea ardía un fuego claro.

Mi madre, en viaje á la sazón, me había dejado al cuidado de su hermana; dulce y encantadora mujer, que me amaba de todo corazón y me mimaba mucho de niño. Ella que nunca quiso casarse vivía aparte en una soledad voluntaria. Su carácter era extraño con no sé qué de melancólico, muy atrayente.

Debió haber sido muy bella; lo era todavía bajo su corona de cabellos blancos, que según contaban, ceñían la frente de ella desde la juventud.

Yo no ignoraba que su belleza fue notable en París, y que, como decía mi madre, se pidió su mano muchas veces. Ella había siempre rehusado el matrimonio.

Fue la llama dulce y agradable del hogar en esta fría noche de octubre? Fue una larga conversación que tuvimos sobre cosas serias? Fue una ráfaga de recuerdos que acababa de orear su corazón?—No sé. Mi tía Luisa se puso á hablar, lentamente.

II

¿Me preguntas por qué tan joven se emblanquecieron mis cabellos? Lo cierto es que ha sido una nieve precoz; más precoz de lo que tú puedas figurarte. A los veinte años ya era yo una anciana, por la cabeza.—Escucha y retén en la memoria lo que voy á decirte, tú que me hablas á menudo de amor.

Esto tiene origen en una historia de amor. Ya verás.

Has visto en el álbum de la familia el retrato de un primo nuestro, muerto hace mucho tiempo,—un marino, Pedro Villemeur.

Era un hombre inteligentísimo; oficial desde muy joven, navegaba á bordo de un barco de guerra nacional. Amable y bueno, un poco soñador además, cada vez que arribaba era acogido en nuestra casa con el más vivo placer. No lo conocí cuando niño, porque fue educado en Inglaterra.



LAS CIGARRAS. — Cuadro de Arnaldo Ferragutti

es verdad que el monarca antes citado, de cuyas crueldades y salvajes hábitos nos enterarían publicaciones extranjeras, no logró despertar simpatías entre las damas madrileñas. Muchos lamentaban, que á un bárbaro, vestido á la europea, las naciones más cultas de nuestro mundo trataran de igual á igual. En cuanto á la Otero, sus trajes, sus joyas, su hermosura, despertaron vivísima curiosidad, cosa que en verdad no debe extrañarnos; lo que deslumbra los ojos, impresiona particularmente en los pueblos meridionales, siempre ávidos de variedad y de nuevos horizontes. La novelaría se impone y triunfa, no tanto por lo que en sí significa, como por la distracción que proporciona. Son tantos los problemas serios, en que abunda la vida, que los pueblos á ratos quieren sustraerse á ellos, buscando en lo frívolo, en lo insustancial, la fugitiva

Había casi de repente aparecido en mi vida como un brillante y encantador viajero que interesaba con sus relatos mi curiosidad de niña. Era muy próximo pariente para que yo me enamorase de él. Posaba en nuestra casa siempre que venía de sus viajes. Acostumbrada á verlo á mi alrededor, días, semanas enteras, no es extraño que esto contribuyera á que yo lo considerase como un hermano.

Correcto siempre con sus primas—tu madre y yo—casi lo tildábamos de frío. Algo persistía en él de aquella rigidez inglesa que rodeaba su juventud.

Con todo, durante una larga estada que hizo con nosotros en el campo, noté en él una actitud singular con respecto á mí, una especie de turbación, silenciosa, pero evidente. Yo tenía diez y nueve años. Las muchachas no se engañan nunca en estas cosas. Coquetas como todas las de mi edad, yo deseaba que él me galantease. También como todas las muchachas, yo estaba contenta y lisonjeada á pesar de su silencio. El era de mi agrado, sin embargo, y yo aceptaba su silencioso amor con no sé qué de ligereza y de burlesco.

Encontraba muy divertido el ser amada. A la verdad yo era poco sentimental.

Yo lo dejaba adormirme en silencio, prestándole á este jugar con la pasión,—cosa que me parecía encantadora,—y enloqueciendo al desgraciado por una especie de coquetería muda y sonriente.

Me adoraba con locura, era la verdad. Un día me llamó y me lo dijo, sencillamente, en voz grave. Sus palabras me emocionaron. Tomé su mano entre las mías y la estreché fuertemente.

Bien pronto debía él partir para un viaje de seis meses, y cuando vino á decirme adiós, dulcemente, sin hablar, me dio un beso, un beso profundo. El primero.

Los marinos olvidan, se decía siempre al recordar de mí, durante las conversaciones.

En mí entró la creencia de que los marinos olvidaban. Después de la partida de Pedro, permanecí soñadora. Algo había cambiado en mí. Luégo, al poco tiempo, nuestro padre nos presentó en sociedad, á tu madre y á mí.

No conocíamos aún el gran mundo, y fue para nosotras dos un goce nuevo, encantador y profundo. Bastante bellas, como éramos, en todas partes se nos admiraba.

Tu madre se casó inmediatamente, y yo tuve bien pronto una multitud de brillantes adoradores.

Yo era feliz haciéndome adorar. Me dejaba mecer por todas las bellas locuras que se me decían. Olvidé completamente á Pedro y me preparaba á desposarme con el señor de X..., amable gentil hombre que había encontrado en varios salones.

De repente, el oficial marino regresó de un

jo en todos, yo había vuelto á entrar en mi cuarto para recogerme, llena de dolor.

Alguna cosa extraordinaria, terrible, hostigaba mi espíritu, una especie de fantasma del miedo y del remordimiento.

Toda la escena del adiós de Pedro, seis meses antes, se me aparecía en sus menores detalles, y el beso,—el único beso que él me había dado,—no dejaba un instante mi pensamiento ni mi recuerdo. Las horas pasadas antes cerca de él, me parecían ahora deliciosas, con una impresión poética y dulce. Era casi un sueño y al cabo de este sueño volvía la pesadilla de tan súbita muerte. Me parecía que yo era culpable, que era yo quien había dado muerte á este buen niño grande que estaba durmiendo bien cerca de mí su último sueño. Me decía que era menester llegar cerca del cadáver, pedir su piedad y confesar mi crimen...

Me miré al espejo: estaba blanca como el lino.

No pude más; á pesar de la hora avanzada de la noche, me volví á vestir y llegué hasta el lecho donde yacía el pobre muerto.

Tu madre lo estaba velando.

—Oh, eres tú? me dijo como espantada viéndome entrar.

—Sí, le dije yo; es que desearía permanecer un momento sola aquí.

Tu madre me miró. Su mirada me hizo daño. Me pareció que ella se penetraba de lo que yo quería hacer. Acaso ella supiese algo, le habrían dicho, adivinaría.....

Ella me respondió simplemente:

—Os dejo; podéis rezar.

Me heló aquel inesperado tratamiento que me daba mi hermana.

Nos dejó solos. Allí estábamos el muerto y yo juntos uno de otro, cara á cara; yo temblorosa, casi suplicante; él, sin movimiento, las manos juntas, no teniendo sobre el paño blanco del sudario sino algunas violetas esparcidas.

Yo lo miraba. El semblante lleno de calma, muy blanco, espantosamente pálido. Estaba muy bello. Por sus labios vagaba como una sonrisa triste que llenaba de horror.

La sonrisa hablaba; la última expresión de su cara reflejaba su último pensamiento; este pensamiento debió de ser amargo, doloroso.

Me acerqué al cadáver y miré sus labios, sus pálidos y fríos labios: eran los mismos que me besaron una bella noche de primavera, los que me habían dado el primer beso.

La idea de aquel beso de enamorado se fijó en mí, como una obsesión, á la vez dulce y torturante. Y pensaba que yo le debía á aquel



TESORO DE UNA MADRE—(por Richard Nitsch)

largo viaje por los mares de China—la expedición de 1860—en la cual se había distinguido brillantemente. Volvía con el mismo aire de correcta frialdad que tuvo antes conmigo. Y fue casi indiferente como supo él, por boca de mi padre, el proyecto de casarme con el señor X.....

El pasó algún tiempo con nosotros en el campo, cazando, distrayéndose. Aunque muy galante siempre, no me habló nunca de nada. ¿Me habría olvidado?

Al cabo de tres días se le encontró extendido en un canapé, muriéndose. Los médicos, llamados á la carrera, dijeron que se había contagiado de un mal extraño en sus viajes de oriente. Al cabo de una hora moría, sin poder hablar.

III

Me acordaré siempre, continuó mi tía después de un silencio, de la noche siguiente al triste suceso. Después del enloquecimiento natural que la muerte súbita de un deudo produ-

muerto alguna cosa, que yo tenía una deuda sagrada con quien me amó tanto.

Al mismo tiempo mi corazón temblaba con un temblor desconocido. Me parecía que era á Pedro al único que había yo amado; y el mundo, con sus bailes y sus fiestas, me causaba en ese instante profundo horror.

—Perdón, Pedro, murmuré.

Y lentamente me acerqué al lecho: quería devolver al pobre Pedro, ya muerto, el beso de amor que me dio en vida.

Aquello era espantoso; pero tuve el valor de no desfallecer. Y dulcemente, como para no hacerle mal, sobre sus labios yertos posé mis labios.....

Al día siguiente amanecí con los cabellos blancos.

LA FE DE LAS MUJERES

DOLORA

Cierto monte, por su altura,
no dejaba ver el mar
desde la casa del cura
de un lugar.

Para ampliar el horizonte
con un cuento baladí
transportó el cura aquel monte.
¿Cómo? Así.

A la que una piedra—dijo—
lleve de aquel monte, Dios
le dará á algunas un hijo
y á otras dos.

Con fe, rubias y morenas,
fueron al monte á buscar
más hijos piedras, que arenas
tiene el mar!

Hubo mujer diligente
que se llevó de una vez,
no una piedra solamente,
sino diez!

Despuntando grano á grano
de piedras el monte aquel,
lo pusieron con el llano
á un nivel.

Perdió aquel monte su altura
y al fin vino á resultar
que desde casa del cura
se vio el mar!

Como cree con las entrañas,
toda mujer cuando cree
transporta hasta las montañas
con la fe.

R. DE CAMPOAMOR.

Vieja arcilla



o habéis experimentado nunca á la evocación de algo que llenó de perfumes y cantos un momento de vuestra vida, la duda de que, al sentirlo hondamente, al penetrar su misterio, al

ser comprendido su encanto y violada su aureola poética, huyese, dejándoos en el alma el frío de una decepción?

Tal me acontece con el recuerdo de una historia del corazón que sorprendí en el alma senil de un mendigo.

Dábame por entonces á la rara manía de vagar al acaso por la ciudad, buscando los barrios apartados y desiertos y la calma de los parques silenciosos. A menudo me llevaba mis pinceles y dibujaba tendido en la hierba, pálidas acuarelas ó borrosos perfiles de mujeres, y la mayor parte de las veces, en la indolencia de mi sangre de artista, dejábame llevar por la suave corriente de sueños frágiles y vanos; la caída de una hoja, el canto perdido de algún pájaro, el ¡ay! quejumbroso de una rama, mecían mi espíritu en una onda de languidez y de tristeza infinitas....

Fue en uno de esos días de estériles ensueños que le conocí; era alto, anguloso, muy pálido. Su barba y sus cabellos grises eran espesos y desordenados, y sus pupilas, de un azul muerto, muy grandes; parecían vivir en un sueño deleitoso del cual no quise despertar.

Yo le veía pasar á mi lado todas las tardes, á la hora del crepúsculo, indiferente y desdichoso, abstraído en su sueño, sin curarse del importuno que lo expiaba, é ir á refugiarse á una desmedrada y mezquina covacha situada en el fondo de la alameda. Y no podría explicar lo que movió en mi espíritu una profunda simpatía hacia aquel extraño sér. Tal vez el suave azul de sus ojos, quizás el gesto frío y resignado de sus labios mustios ó la idea de su anónima vida, la cual se deslizaba como un sueño plácido, velado para el mundo.

Un deseo de conocer sus íntimos secretos, de hacerme dueño de su vida, se apoderó de mí, y expiando todos sus actos comencé una larga recorrida por la ciudad. Tras mi desconocido fui por mercados y plazas, y en las puertas de tabernas y catedrales sólo pude sorprender, para satisfacción de mi curiosidad implacable, el mismo gesto humilde y el mismo ademán suplicante de cualquier mendigo vulgar. Así se sucedieron varios días y nada alteró jamás su uniforme género de vida.

Frecuentemente nos sucede con todos aquellos que viven ajustando su conducta al concepto que de la vida tienen, espíritus rectos y austeros, incapaces de arrancar los lirios y las rosas, si ellos crecen en un sendero que no es el suyo, que sentimos por ellos admiración y envidia. Yo sentía admiración y envidia por aquel viejo mendigo, y más aún, en aquella época de mi vida llena de vacilaciones y de dudas, de incertidumbres y desalientos. Mi ideal hubiera sido su vida, dulce y sin ruido, sin sed de triunfos ni ansias ideales; vida uniforme como el curso de las aguas y apacible y serena como el crecimiento de los árboles.

Pero mi deseo cambiósese bruscamente al verme revelada su tortura.

Esto sucedió á la entrada del otoño. Las primeras nieblas grises y las primeras ráfagas heladas azotaban el parque. Acacias y olmos se desvestían rápidamente, y sus hojas se arremolinaban en los senderos, confusos y tristes. Y en una de esas tardes en que, á la vez que se deshojan los árboles y danzan las nieblas, hay en nuestros corazones quejas y lamentos para penas no sentidas, para dolores ignorados, tardes en que hay en

nuestros espíritus el dolor de muchos adioses y la tristeza de muchas agonías, acerquémeme á la covacha del mendigo, deseoso de consolar mis íntimos sufrimientos, en la contemplación de su actitud impasible de frío observador de la existencia.

Ya cerca de su habitación y mientras sorprendía alguna rendija indiscreta que me permitiese insinuar la mirada sin ser visto, hirió mis oídos el rumor de sollozos y lamentos. Pero fue mayor mi turbación al conocer el extraño ídolo ante el cual se ofrendaban suspiros y lágrimas.

Sentado al borde de la cama, hundidas las manos en las demacradas mejillas, contemplaba con sus pálidas pupilas de azul muerto, una rubia cabellera de mujer que, extendida sobre sus piernas, lanzaba en la penumbra suaves tonos de oro.

Jamás llegué á imaginar que aquel mendigo impasible, aquel sér indiferente, tocoo y rudo pedazo de mármol á quien creía ajeno á hieles y espinas del mundo, experimentase la honda tortura de adorar en secreto, en el aislamiento de su vida, con su pobre y menguada alma senil, un reflejo rubio de mujer, una pálida sombra de belleza!

Cuántas veces, al término de su dura peregrinación diaria, lo sorprendería el alba con las pupilas apagadas, con los labios marchitos por el insomnio, y el rostro laxo y exangüe, en muda contemplación, en éxtasis doloroso ante aquel adorable recuerdo, acariciándolo con sus dedos llenos de crisantemos voluptuosos, dirigiéndole frases ardorosas y tiernas, como á una indiferente y fría querida, con el más casto, con el más puro recogimiento de enamorado....

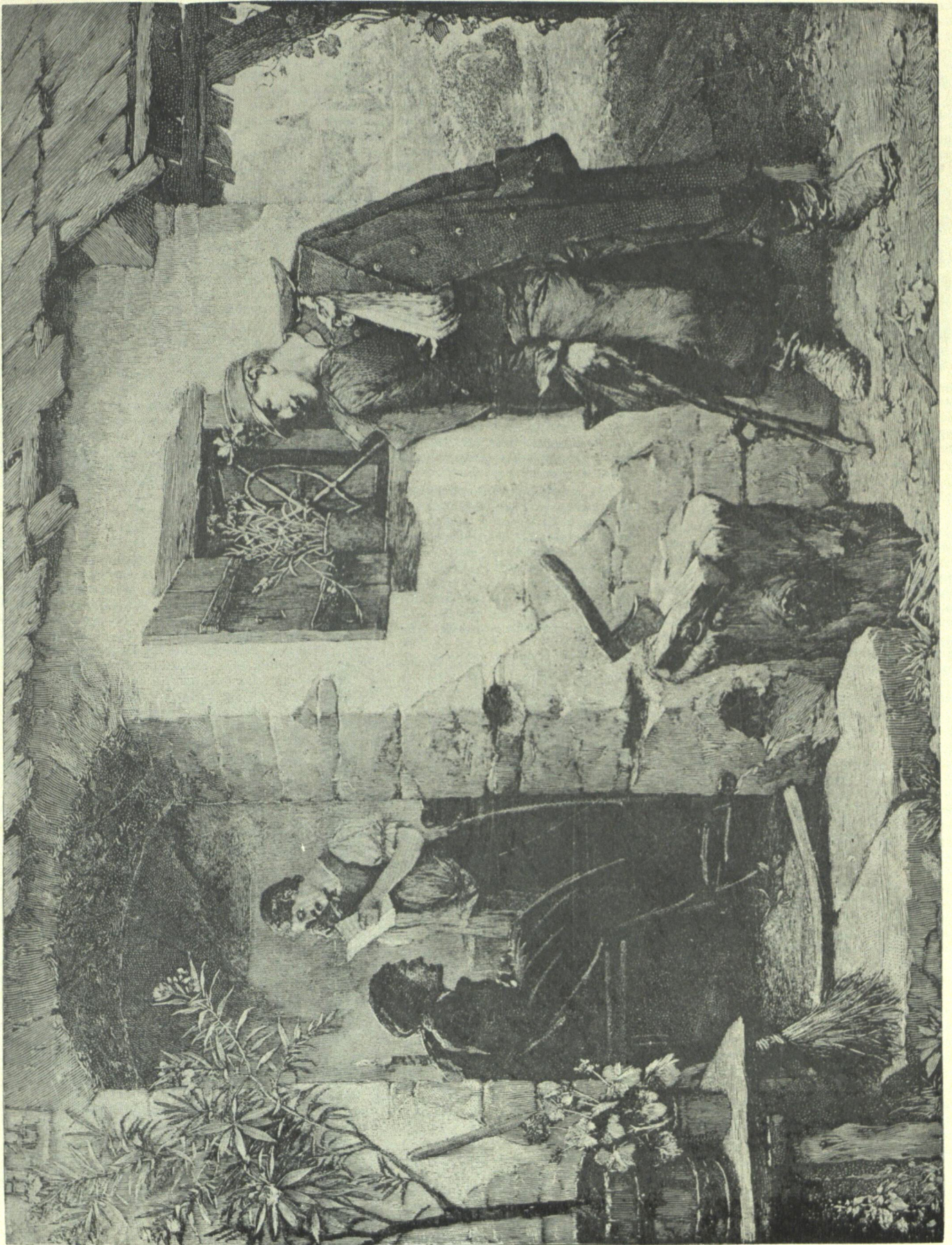
¿Qué historia, qué poema, qué idilio melancólico ó drama sombrío ocultaría el fondo de aquella cabellera, en cuya onda rubia y luminosa sepultábase lágrimas y besos, frases y suspiros?....

Yo podría escribir con esta historia un bello cuento triste ó un drama melancólico, pero del ritmo y del color de las frases se deslizarían lágrimas hipócritas, volarían cenizas de una cruel impostura. Contentámeme aspirar el vago perfume que despide,—perfume de lágrimas secretas—así como en épocas lejanas me complacía en dibujar, acostado en el musgo de los parques desiertos, pálidas y frías acuarelas, desdeñando conocer la urdimbre misteriosa de esa vida anónima, y consolándome la idea de crearlo un voluptuoso avaro de su yo, que iría á la tumba como había vivido, montón de arcilla miserable, llevándose todo el tesoro de una vida quizás rica en matices raros y perfumes nuevos, y hundiendo en el mudo polvo del sepulcro, negras flores trágicas y blancas aves idílicas cuyos aromas y cantos vivieron ocultos en el mundo....

A. FERNANDEZ GARCÍA.

Caracas: 1898.



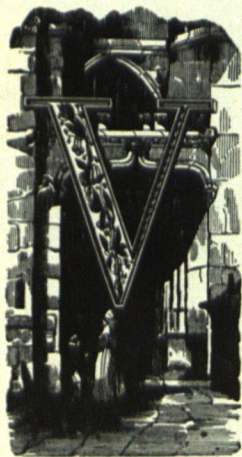


DE VUELTA AL HOGAR.—Por F. Payer

ANOTACIONES

BAJO-RELIEVES POR JEOPOLDO DIAZ

Buenos Aires:—1895.



VIVIMOS tan apartados unos de otros en esta América, que más bien parecen las barreras ficticias levantadas por las instituciones políticas de las nuevas Repúblicas obra necesaria de la disparidad de lenguas, razas y costumbres de sus habitantes.

Es tal la falta de relaciones entre estos pueblos, que pasan ignoradas las cosas más triviales relacionadas con ellos. Muy sabido

tenemos lo que atañe á naciones colocadas al otro lado del mar; y muy de tarde en tarde, sin duda al favor de algún aduanero negligente, logran llegar hasta nosotros vagos rumores de la vida americana.

Por lo que hace á la actividad pensadora, apenas si conocemos tal cual nombre de escritor.

El americano da á luz sus obras por mero placer, llevado de una necesidad de su espíritu y contando de antemano con que la edición entera ha de permanecer en su patria. Son estos pueblos mercados excelentes para los libros extranjeros y, muy al contrario de lo que debiera suceder, el producto literario americano no encuentra relativa demanda sino en el estrecho círculo donde fue elaborado. Nuestras librerías tienen de continuo un buen surtido de obras ultramarinas, mas de libros americanos no se sabe: ni los hay, ni se sabe en qué país pueden ser habidos.

En los corrillos literarios, entre las gentes de pluma, déjanse sonar de cuando en cuando ciertos nombres cuya existencia sospechamos por alguna producción suya inserta en la prensa periódica. Y es sólo por una casualidad siempre anhelada como interceptamos un volumen deseado con verdadero ardor desde hace mucho tiempo, y como llegamos á descubrir, para luego ofrecerlo á la general admiración, un nombre de artista ó de pensador.

Muy semejante es por cierto esta labor á la del aficionado á viejas lecturas que, en una inmensa biblioteca descubre al azar, muy cubierto de polvo y maltratado por los años, un pergamino de alto valor, obra inestimable de algún ingenio raro, ignorado la víspera por todos.

Así, en esa ignorancia, hija exclusiva de nuestro censurable abandono, vivimos largo tiempo con un artista magno, habitador de las márgenes del Plata. De ese artista, de Leopoldo Díaz, sólo habíamos visto ocasionalmente un número insignificante de poesías sueltas que, si bien prendieron en nuestra alma la chispa diamantina de la admiración, despertaron también en nosotros el deseo de leer todo lo suyo á intento de formarnos de él idea más cabal y distinta. Algo así como la curiosidad que se apodera de uno á quien solamente le mostrasen una porción insignificante, pero bella, de un mármol perfecto.

I

La admiración concienzuda por las formas bellas no nació en el hombre luego de haber abandonado los estratos de la animalidad; sino más tarde, cuando á los rigores é inquietu-

des de la lucha, sucedió un período de relativa tranquilidad, cuando más limpia su vista y más despierta su inteligencia vio y sintió mejor y comprendió la necesidad de estudiar y someter las leyes de la naturaleza.

Fue en los momentos de calma y bienestar, estando ya convertida la tribu vecina en amiga ó en esclava, cuando el hombre oyó con deleite la música salvaje de los arroyos ó las aves, contempló la pureza, las coloraciones diversas de los cielos, los cambiantes de la luz y sorprendió las formas del humano cuerpo, libre hasta entonces de vestiduras impórtunas. Con estos elementos fue elevando su alma hasta las regiones impalpables de lo bello y de lo ideal; concibió entes perfectos, superiores á él, y artifices de todas las maravillas de la tierra y de las aguas; materia dúctil y suave, el hombre conservó impreso en sus oídos el encanto de los ritmos y en sus retinas la magia de los colores. Así, por grados muy lentos, en medio á la salvaje pompa de las cosas, nació el arte, y con el arte desarrolláronse multitud de energías ocultas hasta entonces en el hombre, y destinadas, al correr de los años, á procurar mayor encanto á la vida y por ende á perfeccionar la naturaleza creadora del sér.

Hay uno entre los pueblos antiguos, cuyo nombre, heraldo de triunfos, dechado de perfección modelo de artes y fuente cristalina de todas las filosofías, llega aún hasta nosotros como las notas vigorosas y metálicas de los marciales himnos.

Ese pueblo, por las influencias del terreno que habitó, por las condiciones especiales de la raza y hasta por el género de vida adoptado, comprendió las necesidades del espíritu, mejor que pueblo alguno, y al darles forma comunicóles tal brillo y esplendor, que á la distancia de tanto siglo transcurrido, nuestra alma moderna no alcanza á concebir nada más grandioso, nada más cercano á la perfección, como la impercedera obra artística de los helenos.

El espectáculo del suelo sembrado de preciosos mármoles, el panorama de sus montañas, la vista constante de una mar tranquila y siempre azul, la diafanidad del aire, al través del cual se distingue el contorno y las líneas precisas de los objetos distantes, y la bondad del clima, fueron entre otras causas factores valiosos que presidieron el desarrollo artístico de los griegos.

Ejercitada más luego su alma en el baile y la música de sus coros y su cuerpo desnudo en las luchas de las palestras, aquella raza feliz que supo de las alegrías del vivir, imprimió á su arte el carácter de vigor, claridad y belleza que continuamente se le ofrecía á la vista.

Armoniosamente perfeccionóse entre ellos el alma y el cuerpo, y la grandeza del uno no llegó á conseguirse nunca merced á la destrucción ó empobrecimiento del otro. Así, su arte es la representación más alta de aquella vida dichosa y regalada, de los cuerpos embellecidos por el ejercicio continuado de todos los órganos, de las carnaciones frescas, de la luz increada de su atmósfera y de sus mármoles, de su alma sana y vivaz.

La sensación artística fue para ellos motivo de alegría y encanto de la vida. Fue para ellos lo bello una necesidad imperiosa de sus modos de ser, y su fantasía, serena como su cielo, dio vida al mármol brillante y terso de sus canteras, recogió en la paleta de sus pintores los tintes más delicados, y puso en los labios de sus poetas toda la miel de sus panales, y en sus oídos el rumor de las ondas y el canto agreste de la cigarra.

Pueblo eminentemente artista llenó su Olimpo, no de mujeres consumidas por la oración ó el éxtasis, de ojos extraviados y piel amarillenta; ni mucho menos de hombres de lengua barba y facciones duras, de cuerpos exangües y rostros demacrados, sino muy por el con-

trario, de entes perfectos, amables por lo bello y por ser la más alta imagen de la humana naturaleza. Podría decirse de sus dioses que fueron, entre helenos, los seres más acabados por cuanto no representaron sino las cualidades más sobresalientes del espíritu griego.

La quietud de sus bosques y el ruido de sus torrentes no los interrumpió jamás el fantasma errabundo de las almas en pena, sino la flauta de los dioses músicos, las correrías de las diosas ó de las ninfas ó el canto engañoso de las sirenas.

La belleza huyó del mundo y con ella el arte al advenimiento de los siglos cristianos. Todo fue en ese entonces retroceso y barbarie. Sin los días luminosos del Renacimiento por los cuales corrió uno como soplo de vida griega, la tradición artística se habría borrado del espíritu humano.

La belleza, contemplada en sí misma por una raza enérgica y varonil como en otros tiempos gloriosos, recuperó su antiguo dominio y el arte tornó á ser esplendoroso y grande.

En este siglo de marcado intelectualismo se ha desarrollado de manera tal la inteligencia, hállase tan despreciada la cultura del cuerpo, son tan inquietantes y torturadores los nuevos hábitos y las nuevas luchas engendrados por la vida de las naciones y por la vida social, que si aún existe algún amor por el arte no es aquel amor plácido y sereno conocido de los antiguos sino otro muy distinto, hijo de una aspiración muy vaga é inquieta—llena de hastío y de dolor—como la vida moderna.

II

Como una reacción contra los lamentos ya insufribles de los románticos y también con el objeto de purificar la lengua francesa, surgió hace algunos años una escuela literaria que traía inscritos en sus vistosos pendones, como voces de combate, el amor por la forma intachable, el culto de la belleza primitiva y el olvido de las emociones personales. Querían esos poetas de 1857 desterrar de la poesía las inquietudes de la vida moderna; ser, en una palabra, completamente impasibles, no ante la suprema belleza por ellos adorada con invencible ardor, sino ante la vaga, dolorosa, torturante lucha del alma de nuestros días, con el fin de devolver al arte, por entonces tan descuidado, la serenidad inalterable que los griegos supieron comunicarle. Para ellos, según el decir de Mendès,

*La grande muse porte un peplum bien sculpté
Et le trouble est banni des âmes qu' elle hante,*

y el poeta, como lo expresó Gautier, es un obrero cuya inteligencia no ha de ser superior á la de cualquiera otro obrero, el cual no necesita saber sino su oficio, circunstancia esta, sin la cual no podrá hacerlo bien. Atraídos sin cesar por los antiguos modelos, la forma perfecta era su gran pasión; y el verso salía de sus manos sonoro, pulido, brillante, obra, más bien que de poeta, de escultor ó de orfebre.

En el cenáculo hoy disuelto del Parnaso, bien pudo figurar y con muy buenos títulos el argentino Leopoldo Díaz. Para convencerse de ello basta haber leído su precioso libro *Bajo-Relieves*.

Su alma esencialmente pagana concibe el arte á la manera de los Leconte de Lisle y José María de Heredia. Acaso sea él, por el modo cabal de interpretar las ideas que con respecto á la poesía concibió el primero y llevaron á la práctica estos dos maestros del verso, el más grande de los parnasianos de la América.

Sus versos, claros y sonoros, tienen las deseadas condiciones de un mármol bello; no se encuentra uno, en leyéndolos, con ningún choque de palabras mal sonante al oído. El ha tenido el cuidado de elegir con esmero el voca-

blo rico en color y en armonía de manera que cada uno de sus endecasílabos va depositando en el oído un conjunto de notas cristalinas y al finalizar un soneto, el ritmo de las estrofas conviértese para nosotros en himno magnífico de deliciosas melodías. Por eso, sus sonetos mitológicos son otros tantos bajo-relieves en donde cada uno de los personajes muestra, además de la actitud en que el artista nos lo presenta, el libre juego de todos sus órganos.

Es también Leopoldo Díaz un enamorado de la luz y el color y muchos de sus sonetos muestran el esplendor de ciertos lienzos. Pero la luz y el color que alumbran sus cuadros son vivos y radiosos, sin que asome jamás en ellos el claro-oscuro ó el tinte desmayado. Esto nos hace ver cuan distante manteniése su espíritu de las impenetrables nieblas hacia las cuales ha emigrado, en los últimos años, tanto ingenio exquisito del luminoso medio-día. A diferencia de las aves melancólicas del decadentismo, él no podría vivir en medio de una luz indecisa y bajo un cielo eternamente gris; porque esa atmósfera no sería, en manera alguna, propicia á los dioses y á los héroes que, como en procesión triunfal, recorren las páginas de su libro.

Una cultura especial de su espíritu lo ha hecho ver con ojos propios y mente amorosa las cosas olvidadas del mundo antiguo. De allí, que sus versos no sean simples enumeraciones de palabras de un vocabulario reducidísimo sobre asuntos griegos tomado en préstamo á cualquier enciclopedia, como es hoy costumbre entre tanto pseudo-parnasiano de ambos continentes. Un personaje, una época, un paisaje, se convierten para él en imagen real, engrandecida y completada por su alma de artista, de modo, que la visión radiosa al caer en el molde armonioso de sus versos nos da la sensación plena del asunto por él sentido tan hondamente. Luégo de haber leído uno cualquiera de sus sonetos, nuestros ojos conservan por mucho tiempo la visión blanca y esplendente, de formas bellas, de un sér animado con delicia y primor.

No necesitamos gran esfuerzo intelectual para comprender y sentir la belleza inalterable que, como flotante túnica, envuelve estos versos. Altamente sencilla, sosegada y riante se nos insinúa con facilidad; concepción de un alma juvenil y sana, no nos produce ofuscación alguna, hecha de falsas pederías y luces fatuas; no se nos escapa para luégo exhibirse bajo otra faz, dejando inquieto el ánimo, sino que, soberbia en su unidad, la imagen por ella suministrada al principio va creciendo y tornándose más luminosa á intento de mostrar mejor sus naturales encantos bajo la aureola de luz discreta que la circunda. No causa esta belleza de tanta sencillez desasosiego ni hastío, escozores en la piel ni heridas en lo íntimo, sino alegría infinita, amor profundamente risueño por las cosas y los seres, y aun más, ella invita á contemplar las escenas inefables de los cielos perpetuamente azules, de las aguas mansas, de los bosques vestidos de flores entreabiertas.

Las pasiones, las luchas, las inquietudes de nuestros días, no tienen en el libro del poeta argentino sino un puésto insignificante. Apenas una corriente imperceptible del aire frío que hoy trae quebrantos al alma, pasa rozando, sin lograr inclinarlas, las bellas hojas divinizadas por el genio de Calímaco, hojas, á cuyo cultivo se ha dado el poeta, sin duda alguna, con el fin de adornar con ellas un capitel corintio. Pero aun en esos versos el poeta aparece tal cual es. Las emociones, al llegar á su alma cuasi impasible de artista vigoroso, como que pierden toda su intensidad y toman el aspecto sereno de los mármoles queridos del poeta.

Mucho más que á Leconte de Lisle, este poeta argentino se acerca á José María de Heredia. Con efecto el maestro excelso del

Parnaso sintió plenamente la amargura de los días en que viviera. Además de ser griego por el estudio y por las inclinaciones de su alma, era luchador por temperamento y partidario exaltadísimo de la filosofía moderna. De ahí que su grande amor por la vida y el arte antiguos sufrieran de continuo los embates del medio en que le tocara moverse y que su existencia se deslizara por una vía accidentada y dolorosa. Por tales motivos, de esos sus poemas admirables, que él quiso hacer impasibles, se desprende un marcado nihilismo contra los siglos medios y la época actual; se siente en ellos el fragor de la lucha que él mantuvo, en su recorrida por todas las teogonías, con el propósito de aniquilar la idea de lo infinito. La imprecación, el anhelo por otra existencia y por otra civilización aparecen constantemente en su obra y le arrebatan parte de su fuerza á la doctrina de la impasibilidad.

*Ilex, séjour des Dieux! Hellas, mère sacrée!
Oh! que ne suis-je né dans le saint Archipel,
Aux siècles glorieux où la Terre inspirée
Voyait le Ciel descendre à son premier appel!*

Tal decía el poeta de los *Poemas Antiguos* ante el mármol de Milo, mientras que el poeta de los *Bajo-Relieves* ni aun ante el recuerdo de Atenas abandona su actitud olímpica.

*Tierra del mito y la sagrada encina!
Allí agitan su elávide divina
Los epónimos héroes del combate,
Y el regio Parthenón alza la frente,
Cual un himno de mármol esplendente
En donde el alma de la Grecia late.*

Por el contrario, el autor de *Los Trofeos* es completamente ajeno á nuestras cosas y á nuestras ideas. Ama y siente lo bello como podrían sentirlo y amarlo un ateniense contemporáneo de Fidias ó un florentino del Renacimiento; no suministran sus versos más sensaciones de las que pudiera engendrar la belleza perfecta en un alma inocente; y su obra toda, generosa y magna, hecha con paciencia y cuidado infinitos, semeja una inmensa galería de mármoles paganos. Ora traiga á nuestra vista las páginas más bellas de la griega mitología, ora nos deslumbre con el esplendor ó la decadencia de la grande Roma, ya en fin nos diga de los paisajes del cielo ó de las maravillas ocultas de la mar, de esta su América ó de sus ambiciosos conquistadores, su alma permanece como extasiada ante el simple espectáculo de belleza amable que él ha creado, más que todo, para gloria y dicha de sus sentidos.

No vaya á creerse por esto que Leopoldo Díaz sea un simple imitador de Heredia. El no ha hecho sino asimilarse el modo, los procedimientos heredianos para encerrar sus soberbias creaciones artísticas. Como el autor de *Los Trofeos*, y únicamente por esa oculta atracción que une dos almas gemelas, se ha dedicado él, en este libro, exclusivamente al soneto; y le ha comunicado á esta forma poética tal esplendor, tal majestad y tal brillo, que sus versos pueden soportar con los del poeta cubano la prueba, en veces dolorosa, de la comparación. En efecto, sus imágenes vivientes de las cosas muertas, van desarrollándose gradualmente ante nuestra vista, hasta alcanzar con el último verso del soneto toda la alteza, y toda la grandiosa pompa de un poema. Poema diminuto, es verdad, pero poema en fin, en cada uno de cuyos versos el poeta cincelador ha fijado un rasgo, un contorno, una línea, que al formar, por obra del conocimiento exacto de la composición, un todo armónico, reproducen en nosotros y de manera cabal, el espectáculo lejano en el cual se inspirara por largo tiempo el envidiable artista.

La pasión por el vocablo armonioso y raro, la limpidez marmórea del verso, la plasticidad, y la música orquestal de las composiciones, casi corren parejas en los poemas del poeta cu-

bano y del poeta argentino. Y llega á tal punto la afinidad anímica de estos dos artistas, nacidos en un mismo continente pero educados en medios distintos, que, por la manera de concebir la belleza, por la serenidad con que contemplan la vida humana y los atractivos de la Naturaleza, por el carácter de vida sana en que rebosan sus versos, por la radiosa luz que se desprende de sus obras y por la ardiente persecución del mismo generoso ideal, se siente uno tentado á creer que este poeta argentino ha vivido en comunión íntima con el maestro, oyendo desde sus primeros años de los labios de Heredia las reglas de la Escuela y los secretos de su arte.

Como ligera comprobación de cuanto acabamos de decir, veamos estos dos tercetos de cada uno de ellos. En *Fleur séculaire* dice Heredia:

*En fin dans l'air brûlant et qu'il embrasse encore,
Sous le pistil géant qui s'érige, il eclate,
Et l'étamine lance au loin le pollen d'or;
Et le grand aloès à la fleur écartelée,
Pour l'hymen ignoré qu'a rêvé son amour,
Ayant vécu cent ans, n'a fleuri qu'un seul jour.*

Y Díaz en *Eidelweiss*:

*Como trémula virgen indecisa,
Ostenta grácil la nevada toca
Al roce gemebundo de la brisa.
Y su blancura sideral, evoca
Un escorzo de pálida sonrisa
En el semblante adusto de la roca.*

Ojalá los lectores inteligentes se procurasen el libro de Leopoldo Díaz para que, con despaño y cuidado hiciesen el estudio de sus poesías. Así vendrían al convencimiento de cómo el autor de *Bajo-Relieves* es el discípulo más aventajado del académico francés y el parnasiano más exquisito de la América.

Muchos, estoy cierto de ello, verán en este poeta un hombre excepcional desviado de la corriente avasalladora de su siglo; y desdeñarán sus poesías por el hecho de que no pueden suministrarle uno sólo de los torturantes estados de alma á que están acostumbrados.

Yo por mi parte sé decir que lo admiro muchísimo por su amor inmenso al incomparable arte hacia el cual todos, en momentos de calma, vuelven la vista para imprimir en ella un reflejo luminoso, para solicitar la envidiable serenidad del artista de otros tiempos y para conservar, en lo más íntimo del sér, las formas no igualadas de la belleza antigua.

Consuelo y grande es el que nos suministra el libro de Leopoldo Díaz. Atormentados por la inquietante lucha de los días que corren, nuestra alma se sirve del arte, no como de un objeto amable que nos haga más dulce la existencia, sino como de un intermedio para expresar nuestras angustias y nuestros dolores infinitos. Y en medio á esta honda tristeza que domina todo el arte moderno, es para el alma un placer inmenso, hallar un libro como éste, en el cual la emoción artística tiene de las palpitaciones de un cuerpo sano y de los encantos sencillísimos de un día de luz y de arreboles.

Al recomendar este poeta á la admiración de las gentes ilustradas de mi país, no hago sino solventar en parte lo mucho que le debo por los momentos de alegría y de goce que su libro me ha proporcionado.

ANGEL C. RIVAS.

Caracas:—1897.



LA PRIMERA CARTA

Mi querido Fernando:

Tu carta ayer por fin he recibido,
Y la estaba esperando
Como si dentro del papel viniera
Encerrado un pedazo de la gloria.
Leyéndola he llorado y he reído,
¡Y tantas, tantas veces la he leído,
Que ya casi la digo de memoria!
Las palabras trazadas por tu mano
Tu voz me recordaron y tu acento;
A veces el papel se obscurecía,
Y entonces te veía
En un rayo de luz del pensamiento.
Perdóname que, ciega y obstinada,
Recordando el pasado venturoso,
Te diga que, luchando con la ausencia,
Ni vivo ni reposo,
Y que me falta luz en la conciencia.
Siempre te cito en las serenas horas
De la noche callada,
En los jardines plácidos del sueño.
Y al llamarte amorosa y desvelada,
Llorando mis perdidos idóneos,
Sólo me ha respondido
El monótono ruido
De la lluvia botando en los cristales.

¡ Muchas veces el alba soñolienta,
Traspassando los bordes del Oriente,
Apaga mi encendida fantasía,
Y derrumba la luz del claro día
Un palacio de sueños en mi frente!
¡ Aborrezco la luz, y me da enojos
El sol, que siempre encuentra
Las lágrimas del cielo y de mis ojos!
La noche siempre acude compasiva
Trayéndome la sombra que deseo;
Con la lumbre del sol, siendo tan viva,
¡ Ni se ven las estrellas ni te veo!

¡ Los sueños me tornaron tan celosa,
Me trajeron tal nube de dolores,
Que á veces..... desconfío;
Pero muchas más veces confiada.....
Perdona si me río,
Te aguardo más que nunca enamorada!

Otra vez la florida primavera
Viene llena de luz y de colores,
Y al soñoliento albor de la mañana
Llegan á despertarme á la ventana
Los pájaros cantando,
Y la brisa moviendo pasajera
La cortina de ramas y de flores,
Donde llega temblando
El tenue rayo de la luz primera.
En mi jardín florecen los almendros,
Se inclinan á su peso los rosales,
Y estallan en la atmósfera encendida
Rayos de luz y gérmenes de vida
Que bajan en espléndidos raudales.
¡ No puedo sujetar el pensamiento,
Y en todas partes sin querer te miro,
En la luz, en las flores y en el viento,
Creyendo en todas partes
Encontrar un aliento de tu aliento!
Y ¡ á qué negarlo! enamorada y loca.....
Cuando digo tu nombre.....
Se me escapan los besos de la boca.

Mas ¡ ay! que en vano triste y confiada
Me pretendo engañar inútilmente.
¡ Imágenes risueñas del consuelo
Van pasando, pasando por mi frente,
Como pasan las nubes por el cielo!
¡ Malhaya la que ciega
Al pasajero viento se confía
Y los misterios de su amor le entrega!
¡ Los sueños amorosos
Son como los celajes, vagarosos,
Y el viento que los trajo..... se los lleva!

Ni te quise jamás, ni te quería
Con la pasión liviana y borrascosa
Que busca regocijo en los temores;
Mas te aguardo amorosa
Con el más puro amor de los amores;
¡ Con el amor tranquilo de la esposa!
Y es tanto lo que lloro, ¡ que me arredra!
Y es tan larga la ausencia, ¡ que me espanta!
¡ Qué he de hacer, ay de mí! ¡ Firme es la piedra,
Y al golpe de las aguas se quebranta!
¡ Al fin mujer! ¡ y la mujer que adora

No sabe más que amar, tan ciegamente
Que nada le amedrenta!
¡ Al torbellino del amor se lanza,
Duda..... teme..... se irrita..... se impacienta.....!
Luégo viene risueña la esperanza
De sombras y temores triunfadora,
Y cuando se deshace la tormenta
Temblando ríe, se convence y llora.

¡ Abandónalo todo! Yo te espero;
Abandona esa gloria que deseas;
¡ Quiero decirte que te adoro, á solas!
¡ Qué locura! ¡ perdona! no me creas.
¡ Se agitan en mi mente las ideas
Como se agitan en el mar las olas!
Adiós..... ya el sol poniente
En el tranquilo espacio apenas arde,
Y vaga por mi frente
El beso misterioso de la tarde.
En las altas veletas
Resplandecen sus últimos fulgores,
Y hasta aquí van llegando
De la ciudad confusos los rumores.
Ya las aves medrosas
Buscan su nido inquietas,
Y el aire va cargado del perfume
Que en mi jardín despiden las violetas.

¡ Allá la luna en el tranquilo espacio
Velada resplandece
Entre tules finísimos de plata!
¡ Al fin la luna, muda compañera,
Las nubes de mi espíritu esclarece!
¡ Y tengo comparada mi fortuna,
Que tanto se ilumina y se oscurece,
A la nube que pasa por la luna!

¡ Las lágrimas se agolpan á mis ojos!
¡ Siento á la vez calor y siento frío!
¡ La mano tiembla! ¡ El corazón se agita!
¡ Adios, adiós, bien mío!
La que siempre te adora,—*Margarita.*

M. PASO.

Los dos santos

(POR JULES LEMAITRE)



El villorio de Champignolles-Raisins tenía un viejo cura, una vieja iglesia y, en esta iglesia, un viejo santo. El santo era San Vicente, patrón de los viñeros. Tallado en madera, tenía un vientre excesivamente grueso, y un largo rostro cándido pintarrajado de bermellón. El rostro del santo respiraba bonhomía. No era propiamente bello pero el cura y los fieles estaban habituados á su cara.

El buen santo gozaba de la más grande consideración en la parroquia; y consideración que él merecía pues corrientemente hacía milagros.

El viejo cura murió. Un joven sacerdote recién salido del seminario vino á instalarse en el prebiterio de Champignol, con una señora de treinta y cinco años, hermana de él, y un granuja de diez á doce años, que era sobrino del cura y á quien éste enseñaba el latín.

Cuando el abate Jubal (este era el nombre del nuevo cura) vio la estatua de San Vicente la encontró "ridícula." Esta fue su palabra. Como la fábrica de la iglesia tenía una centena de francos de economía, él resolvió reemplazar el viejo santo por un santo nuevo.

Un día se fué á la capital de la provincia, con el mayor sigilo, pues quería dar una sorpresa á los parroquianos. Ya en el lugar compró un San Vicente, moderno, salido de los talleres de Bouasse-Lebel: un diácono rosado, rubio, lleno de dorados á lo largo de su dalmática. La víspera de la fiesta patronal, el abate lo colocó cuidadosamente en el lugar del antiguo santo, en un nicho encima del altar.

Cuanto al pobre santo destronado, fue puesto sin el menor carifio en un rincón de la iglesia, cerca del confesionario. El abate Jubal después de todo tenía preparado para la ocasión un bello panegírico del patrón de Champignol-les-Raisins y contaba como seguro el éxito.

El abate Jubal se engañaba. En cuanto los feligreses advirtieron la sustitución, un largo murmurio corrió por la iglesia. Y cuando el cura, desde el púlpito, quiso explicar su golpe de Estado y osó calificar de "simulacro inconveniente" la antigua estatua venerada en el pueblo, los murmurios redoblaron. Sobre todo la palabra "simulacro" pareció una injuria insoportable á una parte del auditorio. Tanto fue así que el orador, desconcertado, se embrolló en un período y, masculando esta frase: "es lo que yo deseo para vosotros, de todo corazón, amén," descendió confuso sin concluir su bella oración.

* * *

Se formaron dos partidos en la parroquia. Los unos, seducidos por los colores tiernos y el rostro amable del nuevo santo, aprobaron al señor cura. Pero la mayor parte de los lugareños no tenían ninguna confianza en el bello diácono tan elegantemente peinado, y permanecían fieles al antiguo San Vicente rubicundo y paternal, al cual los unían tantos lazos de gratitud y de costumbre. Entre otras cosas preferían al viejo santo porque ellos lo sentían más cerca de sí y más capaz de comprenderlos.

Fue sobre todo entre las muchachas del catecismo de perseverancia que la lucha tomó mayor carácter, y se hizo más viva. Las que abogaban por el nuevo santo tenían á su cabeza á la señorita Ursula, la hermana del cura, persona angulosa de carnes y ruda de genio. Las otras estaban comandadas por Lucila Mariot, una trigüeña de veinte años, lavandera de oficio, y que, como iba muy á menudo á casas de burgueses, había aprendido maneras fáciles, y una osadía que raramente se encuentra en muchachas del campo.

Lucila Mariot, seguida de su banda, hizo cerca del cura y en favor del viejo santo, una diligencia que no fue atendida. El abate Jubal las recibió con bastante sequedad.

Pero Lucila era muchacha inteligente. Tenía un novio, Juan-Luis, muchacho fuerte, de maneras un poco bruscas. Por lo demás era él franco como el oro y Lucila lo manejaba por la punta de la nariz. Ella le demostró que los buenos cristianos no podían tolerar el ultraje infligido por el abate Jubal al patrón de la parroquia, y que era menester obrar enérgicamente.

Juan-Luis no tenía religión, y apenas si iba á la misa, por mirar á las mozas, el día de pascua. Pero hasta él medio creía en el viejo santo y sobre todo creía en los bellos ojos de Lucila.

—Estáte tranquila, contestó á su amada; yo no conozco sino un San Vicente. Así es que.....

Algunos días después, volviendo Juan-Luis de las viñas al caer de la tarde, con su herramienta al hombro, encontró al sobrino del cura jugando en plena plaza entre otros muchachos:

—Germán! Sabes dónde guarda tu tío la llave de la iglesia?

—Sí, señor.

—Quieres ganarte dos centavos?

—Sí, señor.

—Entonces traeme la llave, bien entendido que tu tío no debe advertirlo.

—Sí, señor.

Germán decía siempre «señor» como que estaba muy bien educado por el cura. Este muchacho era un precoz ganapán.

Regresó al cabo de unos instantes, ocultando una enorme llave bajo su blusa.

Juan-Luis se hizo de una escalera, abrió la puerta de la iglesia, quitó el santo nuevo, lo puso en un rincón volviéndolo hacia la pared y reinstaló en su nicho al verdadero patrón de Champignol-les-Raisins.

Al día siguiente, que era domingo, el abate Jubal montó en cólera porque supo la ocurrencia y en medio de una plática violenta maldijo "á los autores desconocidos de este sacrilegio." Habló de la audacia páfida y del espíritu de revuelta y citó el ejemplo del judío fulminado por haber tocado el Arca.

Los asistentes permanecían silenciosos. Juan Luis que había venido á la misa ese día para ver el efecto de su obra, radiaba de satisfacción. Lucila Mariot bajaba los ojos con aire contrito y Germán, en el coro, atolondrado echaba al suelo el facistol.

Pero la señorita Ursula, blanca de rabia, lijo en alta voz, al salir de la iglesia, que los que habían osado semejante empresa eran revolucionarios, ateos y franc-masones.

No bien hubo concluido la misa cuando el abate Jubal hizo colocar el joven santo en el nicho y el viejo en el rincón del confesonario. En medio de este vaivén, entre estos rápidos cambios de fortuna, el viejo santo guardaba su sonrisa indulgente, como si su bondad secular lo mantuviese impasible por encima de las tempestades. El joven santo conservaba su sonrisa de petimetre como si le bastase estar risado y sentirse hermoso. Ambos santos eran seguramente dos sabios.

Entre tanto las palabras agrias de la señorita Ursula y la reinstalación del joven diácono que, en su nicho, parecía ultrajar, cuando menos mofar á los amigos del viejo santo, redobló la exasperación de estos. Estaban en cuaremas. Cerca de la puerta de la iglesia estaba "La despensa." Se llamaba así una casuca miserable alquilada por los reclusos del año, y donde, según el uso, los mozos se reunían de noche para libar vino del país y para divertirse honestamente. A la hora en que concluían en el templo las oraciones vesperales, dejan todos "La despensa" para ver desde la plaza la salida de las muchachas, y los que tenían novias aprovechaban para conducir las á la casa, tomando siempre el camino más largo.

Quizás había esta noche alguna cosa particularmente ruda y provocante en los ojos grises y en la nariz puntiaguda de la señorita Ursula, cuando ella pasó por delante de las filas de mozos. Lo cierto del caso es que Juan-Luis la tomó de súbito como si fuese un haz de paja, se la echó al hombro y mientras ella se debatía y agitaba sus piernas secas gritando "Jesús," él la metió en "La despensa" en medio de las risas de los reclusos.

Allí se quiso, por burla, hacerla beber á la salud del viejo San Vicente. Ella continuó debatiéndose; entonces Juan Luis la sostuvo rudamente por los brazos delgaduchos, lo que hizo que su cólera subiese de punto, y empezaba á gritar cuando entró en la sala Lucila Mariot:

—Tú no tienes vergüenza, Juan-Luis. Yo no te creía tan mal educado con las damas. Inmediatamente deja tranquila á la señorita Ursula!

Juan-Luis, penado, aflojó á la hermana del cura. Antes de franquear la puerta la señorita Ursula se volvió y dijo con gran dignidad:

—Yo me quejaré á la justicia.

Pero no se quejó sino á su hermano, quien, temeroso del escándalo, no quiso que corriese de boca en boca la aventura. Pero los partidarios del viejo santo comprendieron que aquello había sido una injusticia y temían que otra violencia perdiera su causa. Lucila Mariot tuvo entonces una idea feliz. Juan Luis, aconsejado por ella, fué á casa del señor cura y quitándose el casquete le dijo:

—Señor cura, yo no he tenido razón el otro día. Yo pido á usted excusas. Lo que hicimos fue con objeto de reírnos un poco.

—Acepto las excusas en nombre de la señorita Ursula, dijo severamente el abate Jubal.

—Gracias, señor cura. Entre gentes honradas se acaba siempre por entenderse. Yo tengo alguna cosa que proponeros. Sabéis que la madre Guezitte ha tomado una pleuresía, y que la madre Luzette está enferma no se sabe de qué, acaso de vejez. Ellas, según se dice, son de la misma edad, con diferencia de semanas. La madre Guezitte tiene confianza en nuestro San Vicente y la madre Luzette tiene fe en el vuestro. Encended un cirio por Luzette; nosotros encenderemos uno por Guezitte. El de los dos santos que cure su enferma será el bueno y tendrá derecho al nicho. ¿Os parece bien?

El abate Jubal en el fondo era un buen hombre. Pensó que también él había procedido en el asunto un poco á la ligera; creyó aceptable la propuesta de Juan-Luis y le repuso suavemente:

—Hijo mío! Es de descarsarse siempre que las imágenes de los santos correspondan, en cuanto posible sea, á la eminente dignidad de que están investidos en el cielo. Es necesario, pues, que las imágenes sean decentes y hasta agradables á los ojos del cuerpo. El simulacro antiguo, causa primordial de esta lamentable diferencia, además de que no es capaz de inspirar sentimientos elevados, está hecho como para aligir la mirada de las gentes de gusto. Es por eso por lo que yo había querido reemplazarlo por una elige más artística. Pero en fin, no es á la estatua á lo que se ruega sino al santo que ella representa. Así, pues, yo consiento en lo que usted me propone.

—Muy bien, señor cura, exclamó Juan-Luis. Pero habéis dicho que no es la estatua quien hace los milagros. Yo creo que sí; y creo que mientras más envejece la estatua más milagros hace. Porque, creedlo, el santo acaba por vivir dentro de ella. Esa es mi opinión.

Cada uno de los dos partidos veló con celo por su enferma, no dejando acercarse á ella sino las personas del mismo campo. La señorita Ursula se encargó de Luzette, y Lucila Mariot de Guezitte.

Aunque la señorita Ursula tenía confianza y fe en el joven santo, ella hizo beber á su enferma agua de Lourdes; y aunque ella tenía fe en la agua de Lourdes, hizo venir al médico.

Lucila iba á hacer lo mismo con su enferma, pero Juan Luis se lo impidió, é hizo que Guezitte tomara buenos asados con vino y aguardiente, alternando.

Y por eso sin duda murió Guezitte un día después que Luzette.

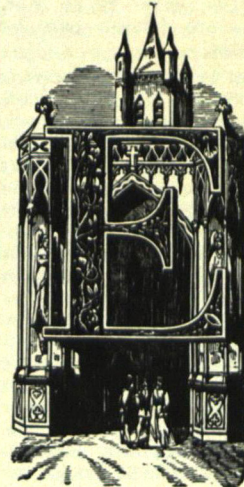
En suma, la cuestión no estaba resuelta todavía. Entonces el abate Jubal propuso que el viejo San Vicente guardara su nicho, y encima de él se haría otro nicho para el nuevo santo.

—Por qué encima?—preguntó Lucila.

—De este modo el vuestro estará más cerca de los fieles—respondió el digno sacerdote—y el mío más cerca de Dios

El puente del Amor

(POR P. VIGNÉ D'OCTON)



El corazón del joven pastor Juan Behiol, de la granja de Roque, saltaba de júbilo desde la noche en que, para calmar sus celos, Juanita Poubignol había jurado atravesar con él, el próximo día de San Amando, el puente del amor, enlazando así sus vidas para siempre ante todos los habitantes de la montaña.

El juramento lo había pronunciado ella tomando por testigo la luna errante, la luz de las estrellas y á Nuestra Señora

de Poubignac, protectora de las pastorcillas; y hay que tener en cuenta que los montañeses del Escandorgue no conservaban memoria de un solo caso en que dos prometidos hubiesen faltado á la fe jurada, después de haber atravesado el día de la fiesta del santo, con las manos unidas, el temible é histórico puente. Pues Justina Sauvagnac, que después de haber hecho la prueba en compañía de su amigo Casimiro Dúr lo había abandonado para unirse con Donato Gailhardet, de Castegarde, murió á las seis semanas de verificado el matrimonio; y Juanita lo sabía. Por consiguiente, si llegado el día atravesaba con él los tres arcos de Villeneuve, Juan Behiol podía desde entonces considerarla como su mujer.

De modo que á su regreso de la cita, Juan saltaba, deliraba, lanzaba los clamores de su triunfo á través del firmamento donde hormigueaban las estrellas. Y á fe que tenía razón, pues aquella Juanita á quien adoraba desde que á su barba de pastor asomaron los primeros vellos fue largo tiempo desafiadora á sus protestas de amor; y aun aceptándolas, él la había sorprendido conversando debajo de un castaño con Savi, el boyero de Peyreplantade, su mortal enemigo. Por cierto que Juan, compañero inseparable de la pastora por aquellos campos que ella recorría con la ligereza de una cervatilla, á la cual se asemejaba por la elegancia inquietada y delicada y hasta por la perpetua oscilación de su vida laboriosa, no se explicaba que lo hubiese abandonado por el malandrín de Savi, sér malvado, feo y brutal, que aterrizzaba la aldea. Pero; ¿á qué las reprimaciones cuando había vuelto á él, más dulce y tierna después de la famosa promesa?

Desde aquel momento Juan Behiol no pensó sino en hacer los preparativos para la jornada decisiva.

II

Mediaba el mes de julio y la fiesta caía á principios de agosto, en los momentos en que recogidas y entrojadas las mieses, no queda sino guardar las hoces y esperar con paciencia la vendimia.

No era Juan Behiol el único que sentía fiebre á la aproximación de la fiesta: de un extremo á otro de los eriales, de los lugarejos del Escandorgue y las aldeas del Larzac, todos los enamorados y enamoradas participaban de igual impaciencia. Las amantes parejas, seguras de su mutuo afecto, no tenían nada que temer de la prueba tradicional y esperaban anhelantes el momento en que,

estrechamente unidos, mostrarían á sus amigos la dicha de sus esponsales, atravesando con pie firme el delgado arco tendido sobre las mugidoras olas; pero aquellas cuyo afecto carecía de sinceridad esperaban angustiadas el terrible día, porque, como ya se sabe, la prueba del puente era funesta para los traidores y los inífeles.

Aquella prueba no carecía por otra parte de peligro, porque el Puente del Amor no era en realidad un puente, sino un acueducto estrechísimo que los señores de Villeneuve habían hecho construir antiguamente sobre el Dourbie para llevar á sus jardines las aguas de una fuente distante. Se elevaba diez metros sobre el río y sostenía una acequia cuyos dos bordes apenas tendrían un pie de anchura; y si á esto se agrega que, roídos por la escolopendra, por la yedra y por seiscientos años de existencia, sus tres arcos amenazaban ruina, se comprenderá que para marchar por él dos de frente, del uno al otro extremo, se necesitaba un escaso valor. Pero Juan y Juanita estaban decididos á tenerlo y así fue que, llegado el día, tomaron cantando el camino de Villeneuve, acompañados de todos los criados de la granja, en el carro de su amo, convenientemente preparado con algunos bancos.

III

Cuando se aproximaban á la orilla advirtieron adelante y á alguna distancia una carreta, que maese Roublac reconoció ser la de Peyreplantade: un hombre montado en una mula la escoltaba, y á todos les fue fácil reconocer al boyero Savi. A este nombre pronunciado por Roublac, Juanita, que hasta entonces había estado habladora como una cotorra y más alegre que unas pascuas, se puso seria y enmudeció de súbito; y Juan se sintió invadido por lúgubre presentimiento que heló en sus labios la sonrisa.

El boyero de Peyreplantade se había hermo-seado: llevaba un fieltro montañés cuyas anchas alas disimulaban lo que su mirada tenía de hosca; traje completo de terciopelo azul y polainas amarillas; y había enjaezado su mula á la española. Desde que advirtió el carro de Roublac, volvió su cabalgadura, la picó con ambas espuelas y so pretexto de saludar á sus amigos caracoleó al rededor del vehículo, envolviendo en terrible mirada á Juan y á Juanita, quienes cogidos del brazo, hablaban alegremente de sus cercanos esponsales. Cuando, ya presentados sus cumplimientos, reemprendió al galope su camino, estaba pálido y arrojaba espuma como la mula.

El también amaba á Juanita hacía largo tiempo, pero con amor salvaje, imperioso, brutal, como el que arrastra á las fieras. Hijo único, heredaría un día una pequeña granja sobre el Larzac; y si á esto se agrega que poseía algunos ahorros, se comprenderá que no era un mal partido, sobre todo para una pobre pastora. Juanita lo sabía y no le había rechazado, si bien amaba á Juan Behiol cuya fortuna consistía en el cayado de pastor. Durante algún tiempo atendió á uno sin desanimar al otro; luego, en un instante de pasión y arrastrada por Juan, se dejó arrancar la promesa de esponsales en el Puente del Amor.

Cuando Savi lo supo juró que la haría suya y que se vengaría de Juan Behiol; y á partir de aquel día se dedicó á buscar los medios de hacerlo. Sin duda lo había encontrado á juzgar por los espumarajos de sus labios y la ferocidad de sus ojos en tanto que cabalgaba por el camino de Villeneuve.

La capilla de Nuestra Señora de Poubignac estaba llena de gente cuando llegó la de maese Roublac; y mozos y mozas, hombres y mujeres, se apresuraron á dirigirse, unos

al puente y otros á la feria que aquel día rebosaba de campesinos.

A los sonidos de la gaita y del oboe los enamorados que debían atravesar el puente se dirigían al Dourbie cuyas orillas estaban llenas de curiosos; ya detrás de los matorrales algunas parejas se descalzaban riendo, porque aparte de que la tradición exigía que se pasase el puente sin calzado, hubiera sido peligroso hacerlo de otra manera, tan estrechos eran ambos bordes de la acequia.

La primera pareja que pasó se componía de un mozo y una muchacha de Cabrières, que no contaban cuarenta años entre los dos. Pasaron, él con la pupila triunfante y la musculosa pantorrilla en tensión y ella modesta y ligera; y cuando llegaron al otro extremo la multitud aplaudió ruidosamente aquella radiante juventud, en tanto que mozos y mozas cantaban:

Pasad gentiles enamorados
Flores radiantes de aquestos prados
De Languedoc;
Del otro lado la dicha espera
Y á San Amando por vez primera
Hay que decirle
Que sí ó que nó.

Otros y otros pasaron en triunfo, radiantes, hermosos, con la belleza de los veinte años; iban con la mirada repleta de ilusiones saludando la aurora de su nueva vida desde lo alto del Puente del Amor.

Y, destacándose sobre el fondo claro del cielo, dijérase que aquel desfile se componía de jóvenes dioses y ninfas!

Era ya el medio día y no había llegado el turno de Juan Behiol y de Juanita, porque las parejas más atrevidas de la llanura tomaban la delantera á las más tímidas de la montaña. Los músicos estaban ya cansados de tocar y todo el mundo sentía hambre ó sed; de modo que los "Jefes de la juventud" de cada aldea resolvieron interrumpir la fiesta para que pudiesen ir á comer á los bosques vecinos los que así lo deseasen. Los enamorados de la granja de Roublac pasarían los últimos.

IV

Cuando se anunció aquello, Juan, á quien sus vagos presentimientos no abandonaban, se sintió más entristecido y Juanita respiró tranquila, tanta zozobra le causaba en aquel momento el acto á que tan decidida se había mostrado hasta entonces. ¿Qué hubieran ambos pensado si hubiesen visto oculto en el centro de un mimbral del otro lado del Dourbie al boyero de Peyreplantade riendo con diabólica risa? Reía el horrible bribón y con la paciencia del lobo que asecha su presa, esperaba que la multitud se dispersara y por grupos y caseríos se sentase á comer en los claros del bosque. Cuando no hubo nadie en los alrededores del puente salió de su escondite y con las corvas dobladas como las de un zorro se lanzó sobre los tres arcos; llegó al paraje más peligroso, el que estaba sobre lo más profundo del precipicio; regó sobre los bordes de la acequia el contenido de un saquito lleno de tiestos, vidrios rotos y espinas de acacia; lo disimuló todo con algunos puñados de cenizas; ganó de nuevo su escondrijo y se agasapó en él, asestando sus miradas á la orilla opuesta.

Las gentes de Roque se instalaron debajo de un roble; y no lejos de ellos habían hecho lo mismo bajo una encina los vecinos de Peyreplantade. Maese Roublac hizo observar á los suyos que no se hallaba el boyero Savi entre aquéllos; sin duda se había vuelto á su lugar. Esto volvió un poco de alegría á Juan y á Juanita, quienes saltando y bailando se entremezclaron á la multitud que, vaciadas ya las cestas y satisfecho el apetito

afuyó de nuevo hacia el puente, más turbulenta que antes.

V

De repente, descalzos y con las manos enlazadas, aparecieron sobre el primer arco Juan y Juanita. Eran ambos tan lindos, tan gentiles y tan jóvenes, que la multitud les hizo una ovación calurosa como á los muchachos de Cabrières. Las gaitas y los oboes se enternecieron y fue evidente la simpatía con que la juventud les saludó entonando su cantar:

Pasad gentiles enamorados
Flores radiantes de aquestos prados
De Languedoc.....

Súbitamente se vio al mozo detenerse, palidecer, y se oyó un alarido de espanto que lanzó la muchacha. La muchedumbre creyó que tenían miedo y para darles ánimo aplaudió más y más; y estallaron algunas risas burlonas apagadas inmediatamente por las gaitas y los oboes.

Mientras tanto, sin que nadie lo notase, un hilo de púrpura salpicaba la piedra amarilla del arco: era la sangre del pobre Juar á quien un casco de vidrio había hendido el pie en toda su anchura.

Lívido, hizo mención de sentarse protegiendo siempre con los brazos á su amiga; entonces la turba se desagradó, algunas puyas partieron como cohetes contra los amantes á quienes se acusaba de que retrocedían, en tanto que la juventud proseguía con voz irritada:

Del otro lado la dicha espera
Y á San Amando por vez primera
Hay que decirle
Que sí ó que nó.

Empujado por la vergüenza Juan ordenó á Juanita que permaneciese inmóvil y avanzó un paso.

¡Es la novia la que no quiere, se oyó gritar; y las rechiflas llovieron sobre ella.

Pero hé aquí, que heridos por los rayos del sol, centellearon los tiestos y los pedazos de vidrios resplandecieron, y entonces se pudieron ver los pies descalzos de Juan sangrando como los de Cristo en el Calvario. Se advirtió también á Juanita aterrorizada que perdía la cabeza, asiéndose á él tan violentamente que casi le hizo perder el equilibrio. Juan vaciló algunos instantes y la muchedumbre, estremecida de horror, cerró los ojos para no verlos rodar al fondo del precipicio.

Pero el mancebo fue suficientemente fuerte para resistir.

Entonces se elevó formidable un grito de reprobación contra el desconocido criminal —un celoso abominable, sin duda—y antes de que nadie hubiese podido acudir á socorrerlo, concentrando todo el valor que le quedaba, el heroico pastor asíó bruscamente su zagala, la levantó en los brazos, y lentamente con feroz energía, pasó pisando tiestos y espinas.

De sus piés brotó la sangre como un arroyo y enrojeció totalmente el arco del Amor.

Clamores de admiración sucedieron al angustioso silencio de la multitud embargada por la grandeza del espectáculo.

Por fin, extenuado, más pálido que un muerto, llegó al extremo del puente, tuvo todavía fuerza bastante para depositar suavemente sobre la yerba á su prometida desmayada y cayó en tierra como una mole.



SUELTOS EDITORIALES

Celebración del Año Nuevo.—Hoy es el día prefijado para la entrega de los premios discernidos por el Jurado del Certamen que promovió nuestra Revista para la celebración de su entrada en el séptimo año de existencia.

El acto se efectúa en la Biblioteca Nacional, de acuerdo con el programa que á continuación publicamos. No podemos, por tanto, hacer referencias á él, sino para adelantar nuestras expresiones de gratitud á las damas y caballeros que con su colaboración directa y su asistencia á la festividad contribuyen á dar realce á estas solemnidades estimuladoras del mérito y del esfuerzo.

PRIMER CERTAMEN LITERARIO DE "EL COJO ILUSTRADO."

Programa:

del acto de la entrega de los premios adjudicados por el Jurado el 1º de Diciembre, y que se verificará en el local de la Biblioteca Nacional á LAS TRES DE LA TARDE DEL DÍA DE AÑO NUEVO.

1ª Parte:

- 1º A la llegada del Presidente de la República será saludado por la orquesta con el Himno Nacional.
- 2º AMBROSIO THOMAS: Sinfonía de la Opera Raymond.
- 3º Apertura del acto y lectura del Veredicto del Jurado literario.
- 4º THURNER: *Tarantela* para piano, por la señorita Mercedes Domínguez O.
- 5º Entrega del premio de Verso, y lectura del poema premiado.
- 6º MASCAGNI: *Racconto* de la Cavalería Rusticana, cantado por la señorita Anita Budriesi, acompañada al piano por la señorita María Irazábal.
- 7º Entrega del premio de Prosa.
- 8º KAULICH—*Sur la montagne*—por la orquesta.

2ª Parte:

- 1º JENŐ HUBAY: *Carmen*—Fantasía para violín por el señor R. Hass, acompañado al piano por la señorita Mercedes Domínguez O.
- 2º Entrega de la pluma de oro al autor del poema intitolado "*Luz*," y lectura de éste.
- 3º Entrega de la pluma de oro al autor del cuento intitolado *Flor de las Selvas*.
- 4º PINSUTI: *Il libro profano*.—Romanza cantada por la señorita Anita Budriesi, con acompañamiento de piano y violoncello por la señorita María Irazábal y el señor Emilio J. Mauri.
- 5º Clausura del acto por el Presidente del Jurado.

NOTAS.—Las composiciones de prosa, premiadas, no se leerán por no dar mayor extensión al acto.

Recibirán en el local á las familias invitadas, los señores Joaquín Nofre Meneses, José Herrera Manrique, Inocente Palacios Hernández, Simón Mendoza Aguerrevere, José Antonio Olavarría Matos, Manuel Martínez Brandt, Henrique Valarino y Miguel Herrera Mendoza.

Excmo. señor William Henry Doveton Haggard.—El día 11 del mes anterior, el señor Presidente Constitucional de la República, recibió en audiencia solemne, en el salón elíptico del Palacio Federal, al nuevo representante de S. M. Británica, Excmo. señor William Henry Doveton Haggard, acreditado con el carácter de Ministro Residente ante el Gobierno de la República.

Acompañaban al Primer Magistrado, en aquel acto, los Ministros del Despacho Ejecutivo, el Gobernador del Distrito Federal, el Consejo de Gobierno, la Alta Corte Federal, la Corte de Casación, el Consejo Militar y el Clero Metropolitano. Un batallón de las fuerzas del Distrito hacía los honores militares de ordenanza.

Al llegar el representante británico fue saludado con el himno inglés. Entre las palabras que el Excmo. señor Haggard dirigió al Presidente, en el momento de hacer entrega de sus credenciales, encontramos éstas: "Inglaterra ha dado antes muchas pruebas de su sincera amistad y simpatía hacia Venezuela en el camino que ésta lleva de

libertad y de progreso, y mi presencia aquí muestra que aún viven esos sentimientos."

Nuestros votos son porque en el seno de la civilización, de la cultura y de la equidad internacionales se concilien y se manejen los múltiples intereses de los pueblos, en obsequio y pro de la humanidad.

Respetuosamente saludamos al Excmo. señor Ministro Residente del Soberano del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda.

Dr. José María de Rojas.—Nuestro distinguido compatriota, el señor Dr. José María de Rojas, se encuentra de nuevo en Venezuela, después de una larga ausencia de más de veinte años. Vuelve á prestar servicio notable á la Patria en el Alegato que la República ha venido sosteniendo con la Gran Bretaña, relativo á nuestros límites por Guayana.

El Gobierno de la Nación ha encargado al Dr. Rojas para que asista, con el carácter de Agente de Venezuela, al Tribunal Arbitral que ha de decidir la cuestión.

Al saludar al compatriota y deseárselo gratas impresiones durante su permanencia entre nosotros, le felicitamos por la honrosa designación que en su persona se ha hecho y hacemos votos porque sea para lucimiento y honra propia, á la vez que para provecho y dignificación de la Patria, el desempeño de su misión.

Soneto de D. Jacinto Gutiérrez-Coll.—En nuestro número anterior publicamos la carta que el Dr. Alirio Díaz Guerra escribió desde Nueva York al señor R. Mayorra Rivas, anunciándole la sentida muerte de JOSÉ ANTONIO CALCAÑO; y en aquella carta apareció inserto el soneto que en la tumba del poeta leyó el señor Gutiérrez-Coll. Pero cuando hicimos la reimpresión no advertimos que en la referida carta está alterado el soneto en uno de sus versos. De nuevo lo publicamos á continuación, tal como lo escribió el autor, y como está en las columnas de nuestro colega *El Tiempo*.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

La mort aime à poser sa
main sur des fronts couronnés.
V. H.

Dormido estás..... Y el mundo ya te mira,
Antes que el polvo tus reliquias guarde,
Como el astro fulgente que en la tarde
A otro cielo más puro se retira.

Llena el espacio el eco de tu lira;
Y de pompa la Fama haciendo alarde,
Al templo llega donde el numen arde,
Y allí entre palmas triunfador te admira.

Las patrias Musas en tu muerte lloran,
Y con las perlas ornan de su llanto
Las flores de tu féretro doliente.

Las almas en la tierra se evaporan.....
Mas, como el Sol, no morirá tu canto,
Ni el gran laurel glorioso de tu frente.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.

Alfonso Daudet.—A las 7 y 30 minutos p. m. del día 15 de los corrientes falleció en París, casi repentinamente, el ilustre escritor francés. Rodeábalo su familia, feliz y contenta, en la mesa del comedor, cuando lanzó un grito de dolor y dejó caer hacia atrás la cabeza. Transportado luego á su lecho, falleció pocos instantes después sin haber recobrado el conocimiento.

Daudet era provenzal, nació en Nimes el 13 de mayo de 1840, y su vida, al decir de Simond, es la más conocida y la más limpia de todas las de los hombres de letras del presente siglo. Calumniado en más de una ocasión, su hermano mayor, E. Daudet, desarmó la calumnia con el libro biográfico intitolado *Mi hermano y yo: 1882*. Página intensamente sentida es también aquella en

que el famoso autor de *El Nabab* se lamenta de las hipocresías de Turgueneff.

Muy conocida es la leyenda de la llegada de Daudet á París. Venía á conquistar el gran pueblo, y no traía más elementos de conquista que una humilde maleta y unos cuantos versos acurrucados en el cerebro. A los pocos meses, París fue suyo. Cuando Zola le vio por primera vez, todavía vivía en un rincón apartado, en compañía de alegres bohemios; pero ya colaboraba en un periódico muy leído.—Era hermoso, de una belleza delicada y nerviosa de caballo árabe, de abundante melena, de sedosa barba partida, ojos grandes, nariz delgada, boca amorosa, y sobre todo eso, un golpe de luz, un aliento de tierna voluptuosidad, que bañaba todo su semblante de una sonrisa espiritual y sensual á la vez. Tenía algo del pilluelo francés y de la mujer oriental. Desde su llegada á París le sopló la suerte: se granjeó un protector y amigo en el duque de Morny, que lo hizo su secretario. Esa posición no le hizo afectar ni por un momento aires de rigidez y empaque: azotaba las calles de París con el vértigo de un colegial escapado; y lanzaba versos y besos á los cuatro rumbos de la ciudad. En esa época publicó *Las Amorousas*, su único libro de poesías: puñado de flores cogidas en la primera juventud. Luego adoptó por molde la estrecha fórmula del cuento con las *Cartas de mi molino*, *Cartas á un ausente* y *Cuentos del lunes*, alcanzando éxito inmediato y grandísimo. Era en 1866, y tenía á la sazón veintiséis años. Más tarde presentaba todos los perfiles del escritor de raza, y fue el gran novelista á quien el mundo ilustrado ha venido batiendo palmas. Sus principales obras son *El Nabab*, *Jack*, *Los reyes en el destierro*, *Numa Roumestán*, *Sapho*, *Fromont menor* y *Risler mayor*, *La Evangelista*, *El inmortal* y todas las novelas en que pone en escena al ilustre *Tartarín de Tarascón*.

Daudet perteneció al grupo de los naturalistas que creen en la necesidad de los medios exactos y de los personajes estudiados según el natural; pero, como lo asienta el más ilustre de sus críticos, jamás descendió al lodazal humano: lo dejaba adivinar y de allí no pasaba. Obraba con lealtad respecto de la naturaleza y no mentía. Se limitaba á extraer los elementos buenos, y los colocaba en primer término, relegando á la sombra los elementos malos.

La obra monumental de Daudet está sintetizada en este párrafo de Zola:

"Una cualidad sola parecía que debía faltarle: la fuerza. Pues bien: por un milagro de ductilidad, por un beneficio extraordinario de la suerte, ha crecido y se ha hecho fuerte de pronto. Del cuentista adorable ha salido un gran novelista. Es una de las transformaciones literarias más maravillosas que yo conozco."

Jockey Club.—La Junta Directiva del «Jockey Club de Venezuela» nos ha remitido, junto con atenta esquila, el Programa formulado para la tercer temporada de carreras, que se inaugurará el día 23 del mes actual.

El monto de los premios para este meeting es de B 42.550, garantizados por las respetables firmas que figuran en la Junta Directiva.

Las matrículas para las primeras cinco carreras se recibirán hasta el 19 de enero, á las 3 de la tarde, en la oficina del Jockey Club; y hasta el 20, á la misma hora, se declararán los forfaits.

Las matrículas para las carreras subsiguientes se recibirán hasta los días 26 de enero, 2, 9 y 23 de febrero, y 2, 9 y 16 de marzo. Esperamos que el Jockey Club obtendrá un éxito satisfactorio en esta temporada, ya que á las condiciones de la estación escogida, se sumará indudablemente la acogida que

prestarán al meeting los sportmen de dentro y fuera de Caracas. Sabemos que además de la cantidad de caballos *pur sang* existentes aquí, han llegado otros de Norte-América y acaso vengan más de Trinidad.

Folleto recibido.—*Biografía del prócer trujillano General Cruz Carrillo y un poema intitulado "Boyaó,"* por Manuel Briceño Valero. Curazao, 1897.

Apoteosis de Miranda—El empirismo contemporáneo—tesis sustentada por el Doctor A. Smith, en el acto literario que la Universidad Central celebró en honor del Generalísimo Miranda, el día 3 de Julio de 1896. Caracas, 1897.

Mi ofrenda á la hermana de la caridad. Barquisimeto, 1897.

Mensaje que el presidente constitucional del Estado Falcón dirige á la Asamblea legislativa del mismo en sus sesiones ordinarias de 1897. Coro, 1897.

Damos las gracias á los señores remitentes.

Errata.—En el poema de Mata, donde dice:

se contempla á la tierra con ternura,

debe leerse:

se contempla la tierra con ternura.

Así fue como escribió el poeta.

NUESTROS GRABADOS

Retratos

Presentamos en este número los retratos de los jóvenes laureados en el primer certamen literario celebrado por EL COJO ILUSTRADO.

Todos ellos son bien conocidos de nuestro público, que los aplaude y admira.

EL COJO ILUSTRADO les presenta en esta ocasión sus más sinceras congratulaciones.

Cromofotografados

Muestra de los esfuerzos que á menudo hace la Dirección de EL COJO ILUSTRADO para corresponder al favor del público, son los nuevos cromofotografados con que hoy ilustra sus páginas.

Obras de reputados artistas, *La fiesta de las flores* es una fantasía en que resplandece la pompa oriental; *Cuento de ninfas* evoca las divinidades que en la leyenda griega habitaban magníficos bosques, el nacimiento de los ríos, las verdes praderas; y *En el pozo palpita* la clásica tradición de las costumbres sevillanas.

Año nuevo

Esperanzas y alegrías, anhelos y ensueños, y todas esas inquietudes que se despiertan en los corazones al brillar el sol de un nuevo año, están artísticamente simbolizados en la acuarela de Schram: en la bella bailarina flamenca que, con la sonrisa en los labios, cierra el puño para sonar la ruidosa pandereta.

Aurora

Gabriel Max, alejándose de los usados procedimientos que se valían de símbolos complejos para representar el nacimiento del día, personifica la Aurora en un bello rostro de mujer joven y hermosa, suelta la abundante cabellera sobre los hombros, y la mirada, llena de luz suave, como queriendo penetrar en el país de los ensueños castos.

Música

Las páginas musicales del presente número van autorizadas por las siguientes firmas: señora Isabel P. de Mauri, y señores Doctor Eduardo Calcaño, Francisco de Paula Magdaleno, J. M. Hurtado Machado y Caio Andreoli, maestro italiano.

Leda y el cisne

Tanto en el arte antiguo como en el moderno ha sido muy repetida la representación de los amores de Júpiter y Leda, aquí en forma de cisne y ésta bajo forma humana y de belleza que rememora la de Venus.

Leda es una personificación de la noche que, unida al Dios del cielo, concibe y da á luz á los dos astros que alumbran al mundo, conjetura ésta que queda confirmada por la leyenda griega de Castor y Pólux, que son dioses luminosos.

Hebe

En el olimpo griego personifica la juventud femenina, como Gáminedes la del hombre, á quien precedió en el cometido de escanciar el néctar divino en la copa de los inmortales. Las imágenes de Hebe responden al tipo de una doncella que se diferencia de Iris en la carencia de alas y en que lleva en la mano un jarro. Sin embargo, la Teogonía representa á Iris, sobre el mar, vertiendo en una jarra de oro el agua de la Estigia, por la que juraban los dioses.

La obra escultórica moderna que presentamos hoy, obedece al rito de la plástica antigua, con la sola diferencia de que el artista ha simbolizado acertadamente en la figura de un águila la grandeza de los dioses.

Euterpe

En este cuadro, el artista se alejó del dogma antiguo que la representaba con una doble flauta, instrumento del culto dionisiaco; y así, la Musa de la poesía lírica y de la Música, surge del pincel moderno coronada la frente de laureles y en las manos un bandolín que pulsa, al par que dos futuros poetas ó cantores siguen los acordes de las cuerdas de oro.

La nueva concepción no desmerece del símbolo griego.

La Música

Puesto que la música es el arte de combinar los sonidos de la voz humana ó de los instrumentos, ó unos y otros á la vez, de suerte que produzca recreo el escucharlos, conmoviendo la sensibilidad, ya sea alegre, ya tristemente, bien pudo el artista en un arranque de inspiración representarla idealmente, como aparece en la alegoría de la presente edición.

Secreto amor

Respira vida y movimiento la escena que reproduce la tela del pintor alemán.

La hermosa joven abandona por un instante la rueca para atender al amoroso reclamo del galán que, de vuelta de la caza, cree poder depositar un beso en los labios de su prometida, burlando la vigilancia de la anciana.

Pero la buena madre presiente el suceso y asomada por la ventana interrumpirá el tierno coloquio.

Daniel

Habiéndose negado el gran Profeta á adorar á Evilmerodach, emperador de Babilonia, protestando que sólo al Dios de Abraham reconocía como señor del mundo, alórese el monarca y mandó encerrar con sus leones para que fuese víctima de ellos. Pero sucedió que los leones respetaron á Daniel durante siete días, y asombrado el monarca de tal milagro mandó sacar de entre ellos restituyéndole todas sus riquezas, y entregó á las fieras á los envidiosos, que en breves instantes fueron destruidos.

La imponente escultura que aparece en nuestras páginas evoca, con toda la fuerza del arte, el momento de prueba á que fue sometido el cuarto de los profetas cristianos.

Narrando un cuento

El cuadro de Normand es una página sugestiva de la vida oriental. Las figuras del grupo tienen la poesía indolente y pintoresca de las regiones del Levante, iluminadas siempre por un horizonte espléndido.

El Regocijo de una madre

El grabado que publicamos hoy es la reproducción de una de las telas que más nombre ha dado á Bouguereau, el poeta romántico de la pintura.

El asunto ha sido admirablemente tratado por el artista de los colores suaves y de los tonos pálidos y la idea ha sido perfectamente interpretada por el pintor galó.

"Cuento rojo"

Ilustra el artículo de nuestro colaborador Díaz Rodríguez, una hermosa figura de mujer, que tiene la belleza seductora de las recluidas en los palacios otomanos. Enamorado del Oriente el aplaudido estilista de *Sensaciones de Viaje*, le será grato el recuerdo que despertará en su espíritu la imagen á que sirven de marco los períodos del laureado prosista.

Abuelo y nieta.

En la pintura de Gebhardt se juntan con un beso del alma el ocaso y el orto de una vida: dulce vida, en la cual parece que han huido las sombras para que la tarde y la aurora se contemplan frente á frente, se amen, se digan confidencias íntimas y luego se confunden en un glorioso crepúsculo.

La choza del pescador

Amable serenidad reina en la humilde morada del pescador; y es que á la luz crepuscular que entra por la ventana, madre ó hija esperan ver con el alma y con los ojos, la blanca vela del esquiife que ha de traer al esposo fiel y amoroso padre.

Tesoro de una madre

Nitsch lo representa fielmente en la figura de un hermoso niño, quizá el primogénito, para el cual parecen pocos todos los afectos y todos los cuidados, como que es la causa de donde arranca el amor más puro y desinteresado de la tierra.

El sentimiento de la maternidad palpita en la tela del artista y el detalle de la cuna concurre á hacer más adorable la inspirada concepción del pintor.

Coquetería

El artista, sin poner á prueba su imaginación, ha creado su simpático cuadro copiando del natural un momento bastante conocido en la vida diaria de la mujer: el del estudio ante el espejo para agrandar en los salones con la actitud, el gesto ó el ademán que, aun cuando se cuente con la belleza del rostro, siempre son armas de amable seducción.

Las cigarras

La poesía griega y latina diviniza la canción monótona del insecto que ama los cielos sin nubes y estalla y muere en una nota aguda al beso del sol ardiente. La leyenda antigua la simboliza el artista moderno en dos hermosas campesinas que á la sombra de un árbol, en pleno bosque, elevan un himno al sol, en la estación canicular y en la hora del bochorno.

Ofelia

Caprichosa la imaginación del artista, saca partido de la locura de Ofelia para representarla en un columpio, en pleno campo, mecido sus sueños que van á perderse en la infinita soledad de horizontes sin límites. Así ha creído humanizar el pintor la vaga y poética concepción del trágico inglés.

Abstracción

Apagadas la última nota del canto y la postrera vibración de las cuerdas del bandolín, la inspirada joven se abstrae en la contemplación del ideal que surge, ante sus miradas, envuelto en la niebla luminosa del recuerdo.

De vuelta al hogar

Simple y conmovedora es la escena de familia que reproduce Payer, no sin poner de relieve detalles de ejecución que dan vida intensa al conjunto.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: **QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO**, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Polvos para los dientes. [Del cirujano dentista señor Doctor Ricardo]. Los hay á la venta en La Empresa El Cojo.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasiticida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

Los expertos en el arte de curar, médicos cuya opinión vale mucho por su larga experiencia y gran reputación profesional, hacen justicia á la Emulsión de Scott.

"Con frecuencia receto á mis enfermos la Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, obteniendo siempre muy buen éxito."

Guayama, Pto. Rico, Julio 20 de 1894.

DR. BLONDET.

LAS MUJERES de este país tienen el cutis naturalmente bonito aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el bochorno, grietas, barros y hasta las manchas de pecas, empleese para la toilette de todos los días, la **CREMA SIMON, Polvos de arroz y el Jabón Simón**. No confundir con otros productos análogos.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

AMORI DI FARFALLE (AMOR DE MARIPOSA)

FANTASIA CARATTERISTICA PER PIANO FORTE

Al Signor Emilio J. Mauri, Direttore dell' Istituto di Belle Arti di Caracas

Andante

Caro Andreoli

Musical score for "Amori di Farfalle (Amor de Mariposa)" by Carlo Andreoli. The score is for piano and includes various musical notations such as dynamics (p, mf, f, ff, fff), articulation (leggerissimo, crescendo, pilling, rallent, rallentissimo, con eleganza), and performance instructions (estremamente forte, con eleganza). It features complex rhythmic patterns, triplets, and slurs across multiple staves.

The score begins with a tempo marking of *Andante* and a time signature of 4/4. The first staff includes the instruction *Leggerissimo come un fremito d'ali*. The piece progresses through several systems of music, each with its own set of dynamics and performance directions. Key markings include *mf*, *f*, *ff*, *fff*, *leggerissimo*, *estremamente forte*, *rallent*, *rallentissimo*, *con eleganza*, *con allegria*, *accelerando*, and *rallentando*. The score concludes with a final *rallentando* marking.

First system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 2/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. Dynamics include *p*, *acc*, *f*, *rall*, and *sf*. There are also markings for *p/p* and *3*.

Second system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. Dynamics include *acc*, *f*, *rall*, *p/p*, and *sf*. A marking *accelerando fino alla fine* is present. A measure number *8* is indicated.

Third system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. The tempo is marked *Largo* with a metronome marking $(\text{♩} = 52)$. The mood is *Melodioso*. Dynamics include *ff*. Pedal markings *Ped* and *8^a baja* are present.

Fourth system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. Dynamics include *ff*. Pedal markings *Ped* and *8^a baja* are present.

Fifth system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. Dynamics include *ff*. Pedal markings *Ped* and *8^a baja* are present.

Sixth system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. The tempo is marked *rall. con grande espressione*. Dynamics include *ff*. Pedal markings *Ped* and *8^a baja* are present. The mood is *con choro languino*. The system ends with *ritardando* and *affrettando*.

Seventh system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. The mood is *come un brivido*. Dynamics include *f con passione*, *8^a baja*, *fff*, *p/p*, *Leggerissimo*, *un martino piano*, and *Dolce st.*

Eighth system of the musical score. It consists of two staves. The upper staff has a treble clef and a 4/4 time signature. The lower staff has a bass clef and a 4/4 time signature. The tempo is marked *Come prima* with a metronome marking $(\text{♩} = 76)$. Dynamics include *p/p*, *meno p*, *crescendo sempre*, and *fino al*. There are markings for *3* and *8*.

Andante Capriccioso (♩=80)

ff *ff* *p* *schorzando* *ritardando molto p* *ritard* *ritard* *affet.*

rubando *ritard* *affet.*

rall *ff* *e. p. p.* *Memo* *p* *Schorzando ed allargando sempre*

progressivamente pp *pp* *ppp* *ff sccea*

LIBROS EN BLANCO

FÁBRICA «EL COJO»

Interiores de cristal conados

el cojo

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Excelente surtido en EL COJO

TABLAS DE MONEDAS

De venta en EL COJO

MARCO-ANTONIO SALUZZO

Los Tres Máximos Oradores Griegos

3 bolívaes el ejemplar

TINTAS DE IMPRIMIR—EL COJO

CIGARRILLOS RECORTE N. 17 DE EL COJO

Las mejores tintas de escribir y de copiar se venden en La Empresa El Cojo

La perfumería que se vende en EL COJO es importada de las mejores fábricas.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

•••

Para Resfriados, Tos, Bronquitis, Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al Pectoral de Cereza del Dr. Ayer. Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos fortuitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer y Ca.,
LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales
Exposiciones Universales.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de -Ayer's Cherry Pectoral- aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.

DE MIS ROMERIAS

POR

M. Díaz Rodríguez

De venta en la Librería Española, Librería Francesa, Carranza Hermanos y Empresa "El Cojo" á 5 reales el ejemplar.
Para el Interior, 5 y medio reales.

DR. FELIPE GARCIA CAÑIZARES

Médico - Cirujano

ESPECIALISTA EN PARTOS Y CIRUGIA

Llegado de París, ofrece al público sus servicios profesionales.

Trata las enfermedades de las vías urinarias, respiratorias, del hígado, estómago, etc., etc., con arreglo á los adelantos de la ciencia.

Consultas y operaciones, de 2 á 5 p. m. Gabinete Médico-Quirúrgico: Avenida Sur, Núm. 28, frente al "Banco Caracas."

Teléfono viejo número 892. Apartado número 314.

Manual de Historia de Venezuela

POR

FELIPE TEJERA

IMPORTANTE OBRA EXORNADA CON 74 GRABADOS

PRECIO

Empastada. . . . 14 rls. el ejemplar
A la rústica. . . . 10 rls. el ejemplar

Sozodonte

PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO.



Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la "Dentistería Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, E.E. UU.

LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

PORQUE

- Son un TÓNICO para el cutis.
- Son MEDICINALES.
- El Boratado es SALUDABLE.
- El Azufre es PURIFICADOR.
- Curan todas las ERUPTIONES.
- Curan todos los GRANOS.
- Son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciosamente perfumado. Lo: mas blancos de todos los Polvos. Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte pagado. Preparados por el Eminente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., E.E. UU.

151.

MIS VERSOS

— POR —

Víctor M. Racamonde

DE LA BIBLIOTECA SELECTA DE EL COJO

(Primera serie de este autor)

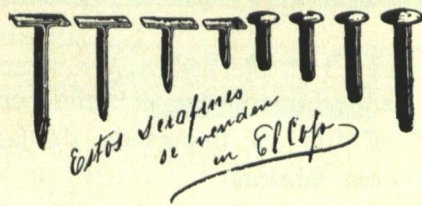
A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS

á 3 reales ejemplar

En el Interior de la República: en todas las Agencias de EL COJO ILUSTRADO, á 3½ reales ejemplar (½ real más por el porte.)

TABLAS PARA CALCULAR DERECHOS DE ADUANA

De venta en EL COJO



FIN DE SIGLO

Al señor José H. Beluche

por Francisco de P. Magdaleno

poco cre- scen - do *P* *p*

poco cre- scen-
do sensible *P*

ff

P

f

P *f*

First system of musical notation. The treble clef staff begins with a piano (*P*) dynamic marking. The bass clef staff features a series of chords. A forte (*f*) dynamic marking appears in the middle of the system.

Second system of musical notation. The treble clef staff starts with a fortissimo (*ff*) dynamic marking, followed by piano (*P*) markings. The system concludes with a fortissimo (*ff*) dynamic marking.

Third system of musical notation. The treble clef staff contains two phrases labeled "1ª vez" and "2ª vez". A forte (*f*) dynamic marking is present at the end of the system.

Fourth system of musical notation, consisting of two staves with complex rhythmic patterns in the treble clef and chords in the bass clef.

Fifth system of musical notation. The treble clef staff features two phrases labeled "1ª vez" and "2ª vez". The system ends with a double bar line.

SIN NOMBRE

por J. M. Hurtado Machado

Introducción

Vals

The musical score is written for piano and violin. It begins with an introduction in 3/4 time, marked *Lento*. The piano part features a series of chords, while the violin part has a melodic line. The main section is a waltz in 3/4 time, marked *espress*. The piano part has a steady accompaniment, and the violin part has a more active melody. The score includes several dynamic markings: *animato*, *dolce*, and *graz.* (grazioso). The key signature is one sharp (F#), and the time signature is 3/4. The score is divided into measures by vertical bar lines, with repeat signs and first/second endings indicated.

This musical score is arranged in four systems, each consisting of a treble and bass staff. The key signature is two sharps (F# and C#), and the time signature is 2/4. The first system begins with a treble staff melody and a bass staff accompaniment. A double bar line is followed by the word "Lusing" written above the bass staff. The second system continues the piece with similar notation. The third system features the word "grazoso" written above the treble staff and "gua....." below the bass staff. The fourth system concludes with the word "Fin." at the end of the piece. The notation includes various note values, rests, and dynamic markings.